

DANI SINCLAIR

*La tercera  
hija*

eLit

e<sup>lit</sup>

LA TERCERA HIJA  
DANI SINCLAIR

 HARLEQUIN™

# Índice

[La tercera hija](#)

[Sinopsis](#)

[Personajes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

# Sinopsis

Encuentra Heartskeep, no confíes en nadie y ¡corre!

Con las palabras de su padre aún retumbándole en los oídos y un pistolero pisándole los talones, Alexis Ryder huyó hasta aquella mansión abandonada llamada Hearstkeep donde descubrió la increíble verdad: ella no era Alexis Ryder, sino una trilliza perteneciente a una rica familia... y aquél era un secreto por el que había alguien dispuesto a matar. Ansiosa por saber algo más, asumió la identidad de una hermana a quien no conocía... y se lanzó a los fuertes brazos de la ley.

Los cálidos ojos y la sexy sonrisa del oficial Wyatt Crossley prometían ofrecerle seguridad... y la tentaban para que olvidara que Wyatt la creía otra persona. Lo más prudente era intentar evitar al agente, pero en mitad de aquella locura, resultaba muy fácil abandonar la prudencia por un deseo prohibido...

# Personajes

**Livia Walsh:** Era fiel a la familia Hart. Es una lástima que ya no pueda hablar.

**Dennison Hart:** ¿Asesinaron al patriarca de la familia porque descubrió lo que había sucedido veinticuatro años atrás?

**Kathy Walsh:** La hija de Livia puede tener muchas respuestas, si consiguen encontrarla a tiempo.

**Bernie Duquette:** ¿El novio de Kathy ha apostado más de la cuenta?

**Amy Hart Thomas:** ¿Podía no saber una madre que había dado a luz a una hija?

**George y Emily Walken:** ¿Eran algo más que amigos de la familia y vecinos de Heartskeep?

**Brian y Lois Ryder:** ¿Sabían la verdad desde el principio?

**Hayley y Leigh Hart Thomas:** Quieren ser las primeras en encontrar a Alexis.

**Alexis Ryder:** ¿Quién es en realidad?

**Wyatt Crossley:** Un policía con un asesinato que resolver.

**Bram Myers y Gavin Jarret:** Se han comprometido a proteger a las mujeres que aman.

**Marcus Thomas:** ¿Él fue el chantajeado o el chantajista todos esos años?

**Eden Voxx Thomas:** Si se descubre la verdad, irá a la cárcel.

**Jacob Voxx:** ¿Hasta dónde llegará el hijo de Eden para proteger a su madre?

**Mario Silva:** ¿Qué sabe este ex presidiario del pasado?

*Querida lectora,*

*Heartskeep estaba vigilante, esperando que llegara este día. La propiedad está dispuesta a divulgar sus secretos a la persona indicada... siempre que viva el tiempo suficiente para encontrar las respuestas.*

*Alexis Ryder lleva una vida normal hasta el día que vuelve a casa del trabajo y descubre que nada en su vida es lo que parece. Sus padres no son sus padres y su familia de verdad tiene motivos para desear su muerte, y uno de esos motivos es un maletín lleno de dinero e instrucciones de no confiar en nadie. Alexis, que huye de asesinos sin rostro, no tiene más remedio que ir al pueblo de Stony Ridge en busca de respuestas. Pero sólo encuentra más preguntas y a un hombre muy atractivo que la confunde con otra persona. Si consigue ignorar esa atracción mutua suficiente tiempo, quizá descubra lo que necesita saber.*

*Os espero una vez más en las sombras de Heartskeep, donde sólo el amor puede borrar la oscuridad de la traición y abrir el futuro a las herederas de la familia Hart.*

*El policía Wyatt Crossley tiene que resolver un asesinato de siete años atrás y pagar una deuda familiar. No esperaba sentir tanta atracción por una de las mellizas Thomas. La antipatía de ellas por la policía en general y la familia Crossley en particular dificulta ya bastante la investigación sobre la muerte de su madre sin necesidad de empezar además una relación personal con una de ellas. Wyatt sabe que Alexis le oculta secretos. Y si no consigue ganarse su confianza, esos secretos pueden hacer que los maten a los dos.*

*Feliz lectura.*

*Dani Sinclair*

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2003 Patricia A Gagne  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
La tercera hija, n.º 140 — septiembre 2018  
Título original: The Third Twin  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978—84—9188—921—2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## Acerca de la autora

Dani Sinclair, lectora empedernida, no descubrió las novelas románticas hasta que su madre le prestó una en una ocasión en que estaba de visita y desde entonces está enganchada a este género, pero no empezó a escribir en serio hasta que sus dos hijos fueron mayores. Desde entonces Dani no ha dejado de escribir. Su tercera novela fue finalista del premio RITA en 1998. Dani vive en las afueras de Washington, lugar que, en su opinión, es una fuente fantástica de intriga y humor.

# Capítulo 1

El olor la asaltó en cuanto sacó la llave de la cerradura y abrió la puerta de su apartamento. El olor ácido del whisky se había vuelto algo familiar desde la muerte de su madre, pero Alexis Ryder sintió que se le revolvía el estómago de asco y de rabia.

¿Qué hacía su padre en su apartamento? Sólo había ido allí una vez desde que ella lo alquilara con su antigua compañera de cuarto en la universidad y sólo porque Alexis se había sentido obligada a invitarlo. Después de todo, era su padre. Pero había llegado tan borracho que se había desmayado cinco minutos más tarde y se había pasado la noche roncando en el sofá.

¿Por qué estaba allí ahora? ¿Y por qué precisamente esa noche, que tenía una cita a menos de una hora más tarde?

Alexis luchó por controlar su amargura.

— ¿Papá?

Dejó el bolso y el correo en la mesa al lado de la puerta y se inclinó a recoger un sobre que había caído al suelo. Entonces vio la sangre. Un color rojo vivo que brillaba contra el tono dorado pálido de la moqueta.

Buscó instintivamente la cerradura de la puerta, dispuesta a salir corriendo mientras seguía con la vista un rastro de gotas hasta la minúscula cocina.

Entonces se impuso el sentido común. El olor a whisky contaba su propia historia. Allí no había un ladrón. ¿Qué había hecho su padre?

— ¿Papá?

Dentro no había ruido, pero no le sorprendió que no contestara. Sin duda estaría inconsciente. Soltó la puerta y entró lo suficiente en la estancia para ver la cocina a través del mostrador del desayuno. El armario en el que guardaban el poco alcohol que había en la casa

estaba abierto. En la encimes había una botella tumbada. La sangre manchaba la etiqueta, el armario blanco barato y la encimera. Whisky derramado se mezclaba con los restos rotos de un vaso, cuyos cristales brillaban en el suelo de linóleo blanco.

Alexis sintió miedo. ¿Qué había hecho su padre? El rastro de sangre se alejaba por el pasillo en dirección a los dormitorios. Dio un paso en aquella dirección. Las gotas de sangre en el suelo se hacían más gruesas. Una mancha mojaba la pared blanca, como si alguien se hubiera apoyado un momento antes de entrar en el cuarto de baño.

Sintió una opresión en el pecho y el ruido de los latidos del corazón en los oídos.

—¿Papá?

El cuarto de baño amarillo apenas resultaba reconocible. Alexis no sabía que la sangre tenía olor, pero lo tenía; y ni siquiera el whisky derramado podía enmascararlo. En el fregadero había un paño de cocina manchado de sangre.

El armario de las medicinas estaba entreabierto. Frascos de cosméticos y de lociones habían caído al suelo. Un tubo de crema antiséptica yacía abierto encima de la cisterna, testigo mudo del intento de curar una herida. ¿Qué había hecho su padre?

Alexis respiraba muy deprisa y le temblaban las extremidades. Miró otra mancha de sangre cerca de la puerta de su dormitorio, puerta que no estaba cerrada del todo.

Sus piernas amenazaron por un momento con sucumbir al peso del miedo, pero tenía que saber. Tal vez no fuera tan malo. Era evidente que su padre se había cortado y había acudido allí a buscar ayuda. Y seguramente se había emborrachado hasta quedarse inconsciente.

Empujó la puerta con el pie.

Por un segundo horrible pensó que iba a perder el control sobre su estómago. Se tambaleó en dirección a la figura que yacía postrada en la cama.

—¿Papá?

Se frotó los ojos para secarse las lágrimas que le bajaban por las mejillas.

—No estés muerto. Por favor, no estés muerto. Sus palabras susurradas sonaban muy lejanas. Como si procedieran de otra fuente.

Brian Ryder estaba tendido de espaldas a lo ancho de la cama. No se movía. Sus rasgos delgados estaban crispados por el dolor y su piel pálida parecía más cera tallada que tejido vivo. Se había quitado la camisa y una de las toallas amarillas del baño cubría su abdomen. La sangre manchaba la toalla y los dedos huesudos que la apretaban contra la piel.

Otro olor se mezclaba ahora con el hedor de la sangre y el whisky. Alexis no lo había notado antes, pero lo reconoció. Olor a muerte.

Cerró los ojos y unos sollozos rasgaron su pecho. Ella los oyó como si pertenecieran a otra persona.

Debería haber sido mejor hija. Tendría que haberse esforzado más por comprender. El alcoholismo era una enfermedad, empujaba a la gente a hacer cosas que no haría normalmente, destruía fortunas y familias. Su padre no tenía toda la culpa de haber dejado de ser su héroe. Su madre había muerto en una carretera resbaladiza por la lluvia y su padre, que amaba a su mujer más que a nada en el mundo, no había podido soportar la pérdida. Ahora los dos se habían ido y ella estaba sola. Y él había muerto sin saber que su única hija todavía lo quería.

Los sollozos le salían del corazón.

Cuando abrió los ojos, él la miraba fijamente.

Alexis corrió a la cama.

—¡Oh, Dios mío! Te pondrás bien, papá. Pediré una ambulancia. No te muevas. Todo irá bi...

La mano de él le agarró la muñeca, que manchó con su sangre.

—Escucha...

Su voz sonó fuerte por un segundo. Ella se inclinó sobre él y olió el whisky en su aliento. Pero la mirada de sus ojos no era la de un borracho.

—¡Vete de aquí ahora mismo!

—Papá...

—... ahora... vendrá... aquí —luchó por respirar y sacó las palabras

con un esfuerzo desesperado—. Llévate... el maletín. No dejes que nadie... lo encuentre... ¡Huye! Prométemelo.

Sus dedos se clavaban con insistencia en el brazo de ella.

—Sí. Huiré —estaba dispuesta a prometer lo que fuera con tal de acabar con aquella pesadilla—. Me llevaré tu maletín y huiré. No dejaré que nadie me lo quite.

Los dedos de él relajaron la presión, aunque siguió sujetándola. Cerró los ojos.

—Tenía que... haberte dicho... la verdad.

Su pecho se elevaba por el esfuerzo. Y emitía un sonido sordo que aterrorizaba a la joven.

—No importa. No intentes hablar más, papá. Déjame llamar a una ambulancia.

El abrió los ojos. La mirada vidriosa había desaparecido. Volvía a ser el padre que recordaba.

—Te quiero, papá.

Él sonrió. Un chorro de sangre salía por la comisura de su boca.

—Buena... hija —susurró—. La hizo... feliz. Ojalá... hubieras... sido mía.

—¿Qué?

El ruido del pecho se hizo más intenso.

—¡Corre!... Hart... skeep.

De su boca salió más saliva, manchada de sangre. Suspiró y la mano que sujetaba la de ella se quedó inmóvil.

—¡Papá!

Ella lo sacudió. Los ojos de él estaban fijos y vacíos. La muerte daba una paz extraña a sus rasgos.

Alexis no supo cuánto tiempo permaneció allí, sosteniendo su mano muerta y llorando, pero cuando se enderezó, le dolía el cuerpo, la cabeza le palpitaba y se mareó un poco. Todos los músculos de su cuerpo parecían tensos y tenía tanto frío que los dientes le castañeteaban de modo incontrolable.

Unos ojos rojos hinchados le devolvieron la mirada en el espejo de la cómoda. Su rostro estaba manchado por las lágrimas. En su muñeca había sangre. La limpió con una esquina de la toalla.

Sonó el telefonillo del apartamento y recordó entonces su cita. No importaba, tendría que esperar. Todo tendría que esperar. Su padre estaba muerto y ella no sabía qué o quién lo había matado.

Salió de la habitación como una sonámbula, apenas capaz de pensar más allá del horror. El telefonillo volvió a sonar, esa vez con impaciencia. En ese momento no quería ver a su cita. Su padre había muerto. ¡Estaba tan inmóvil en la muerte!

Entró en la sala de estar. El timbre del telefonillo era muy irritante y deseó que parara. Sentía mucho frío. Avanzó automáticamente hacia la puerta y se detuvo a mirar la mancha brillante de sangre en el suelo.

—Te necesito, papá.

Su susurro terminó en un sollozo roto. Pero ya no podía llorar más. Se sentía vacía; además, las lágrimas no le devolverían la vida.

El telefonillo terminó de sonar. Alexis se tambaleó, sintiéndose enferma. No podía pensar. Tenía que pedir ayuda, pero no había a quién pedírsela. Su padre había muerto.

Y le había dicho que huyera.

El miedo atravesó la barrera del dolor. Hasta entonces no había pensado en cómo había muerto ni por qué; ahora intentó centrar un poco su mente.

Su padre le había ordenado huir; con sus últimas fuerzas le había pedido que se marchara. Recordó la sangre, la toalla apretada contra el abdomen. Aquello no había sido un accidente de un borracho descuidado, sino algo mucho más horrible.

¡Huye!

Su mirada se posó en un maletín grande, casi una maleta, de cuero negro que no se parecía nada al marrón de piel gastada que solía llevar su padre.

Lo levantó y le sorprendió su peso. El maletín estaba pegajoso de sangre. La adrenalina la ayudó a superar el shock. Su padre había muerto esforzándose por decirle que tomara el maletín y se marchara.

Miró a su alrededor en busca de algo con lo que limpiarse la sangre de la mano. El objeto más cercano era el cojín favorito de Linda, pero

no le importó; nunca le había gustado aquel tono naranja.

El ascensor se detuvo en el pasillo, fuera de su apartamento, con un ruido extraño, amenazador. Ninguno de los que vivían en el edificio usaban el ascensor y la mayoría de las visitas lo miraban una vez y optaban por las escaleras.

Oyó pasos en el pasillo y el terror se apoderó de ella. Recordó que había dejado la puerta entreabierta.

Ahora vendrán aquí. ¡Huye!

Había esperado demasiado, ya no había adónde huir. Abrazó el maletín contra su pecho y tomó su bolso. El correo cayó al suelo. Lo ignoró, se metió en el armario de los abrigos del vestíbulo y cerró la puerta.

El corazón casi se le salió del pecho cuando oyó que los pasos paraban delante de su apartamento y sintió, más que oyó, abrirse la puerta.

Contuvo el aliento mientras esperaba que alguien abriera el armario y la matara también a ella. Pasaron los segundos. ¿Qué hacía el visitante? ¿A qué esperaba?

Los pasos avanzaron hasta la sala de estar. El pánico la mantuvo inmóvil mientras se esforzaba por escuchar.

El sonido de cristales pisados situó al intruso en la cocina. Alexis abrió el armario. El intruso había cerrado la puerta. La abrió con dedos paralizados por el miedo y salió al pasillo.

El ascensor estaba abierto delante de ella como una trampa mortal. Pero alguien subía las escaleras y no tardaría en estar a la vista. O peor, el intruso del apartamento podía abrir la puerta a sus espaldas.

Corrió al ascensor, se aplastó contra el panel sucio de metal y rezó para quedar oculta a la vista mientras luchaba por controlar su aliento jadeante. La persona de las escaleras llegaba al pasillo. El terror tensaba sus músculos mientras combatía el impulso de huir.

Se abrió la puerta de su apartamento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz de hombre que ella no reconoció.

La respuesta fue un murmullo que no pudo entender.

—Olvídalo —dijo la misma voz de antes—. Ella se ha ido. Y

nosotros también debemos irnos.

El perro de la señora Nicholson empezó a ladrar de alegría cuando su dueña y él avanzaron hacia las escaleras un piso más arriba. El ruido cubrió las voces.

—... encontrarla. Entra.

Se cerró la puerta del apartamento y Alexis pulsó el botón que llevaría el decrepito ascensor al piso de arriba. Se cerraron las puertas viejas de metal y el ascensor empezó a subir con terrible lentitud.

Ella siguió apretada contra el lateral hasta que el ascensor se detuvo y se abrió una vez más. El pasillo de ese piso estaba vacío y silencioso. Alexis subió piso por piso y luego corrió a las escaleras de atrás.

Pero correr no era buena idea. Correr llamaría la atención. Y ella no debía llamarla. No sabía qué aspecto tenía aquella gente, pero estaba segura de que ellos sí la reconocerían. Su coche estaba en el garaje, calle abajo. Tendría que recorrer una manzana para llegar allí.

Salió andando a la calle y respiró aliviada al ver a la gente que caminaba hacia su casa para huir del calor de las calles de Nueva York, pero la temperatura de casi cuarenta grados no logró calentarla. A cada paso que daba combatía el pánico que la urgía a correr y mirar atrás para ver si la seguían.

Cuando llegó a su coche, casi lloró de alivio. Buscó las llaves en el bolso y lo abrió con manos temblorosas. Dejó el maletín en el asiento del acompañante, se sentó al volante, cerró las puertas y se permitió el lujo de descansar unos minutos hasta que remitieron sus temblores.

Puso el coche en marcha y salió marcha atrás y despacio. Conducía raramente y estaban en hora punta. Respiró hondo y se metió en el tráfico sin saber adónde se dirigía. Sólo necesitaba dejar atrás la ciudad, así que siguió los coches hasta que llegó a una autovía.

No sabía adónde ir ni lo que hacer. Pensó en sus amigos y conocidos. ¿Cómo podía meter a nadie en aquello cuando ni siquiera sabía lo que era «aquello»?

Su padre había muerto, no sabía por qué ni cómo y ya no le quedaba familia. Su madre había sido huérfana y su padre hijo único.

Estaba sola.

Se estremeció. Pensó en la policía, pero su padre no le había dicho que acudiera a la policía, sino que huyera. ¿Por qué?

Miró el maletín, pero se sentía reacia a tocarlo de nuevo, por lo que siguió conduciendo hasta que se encendió la luz del indicador de gasolina. Tendría que parar pronto, pero seguramente no la habría seguido nadie. Ni siquiera ella sabía dónde estaba.

Al fin paró en una zona de descanso de la autovía y permaneció un momento sentada intentando pensar lo que iba a hacer. No podía dejar a su padre allí. Tenía que llamar a alguien. ¿Pero a quién? ¿Y qué podía decirles?

Se quitó el cinturón con dedos temblorosos. Ya no podía esperar más. Quizá el contenido del maletín le dijera a qué venía aquella pesadilla. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie muy cerca y abrió el maletín. Un grito se formó en su mente, pero no llegó a sus labios. Debajo de un sobre marrón grueso, el maletín estaba lleno de lo que parecían fajos de billetes de cien dólares. Cerró los ojos con fuerza y deseó que desaparecieran.

¿Qué había hecho su padre? Sólo los traficantes de drogas o los secuestradores manejaban tanto dinero.

Soltó un gemido de angustia, que sonó increíblemente alto en el silencio del coche.

Por algo estaba muerto y por algo querían ese maletín. ¿Pero de dónde había salido? Su padre no era un traficante de drogas ni un criminal; trabajaba en una compañía de seguros. ¿Blanqueo de dinero?

Bajó la tapa y cerró los ojos. ¿Qué iba a hacer? Podía deshacerse del maletín, pero las personas que la buscaban la seguirían de todos modos.

¡El sobre! Quizá su contenido le dijera algo. Abrió de nuevo el maletín, lo sacó y vio con horror que iba dirigido a ella. Lo abrió con cautela. Encima había una hoja de papel, arrancada de una libreta.

*Querida Alexis,*

*Si lees esta nota es que estoy en apuros y no he tenido ocasión de*

*explicarme. Guarda este maletín. Una mujer llamada Kathy puede contarte el resto. No recuerdo su apellido, pero estoy seguro de que ella te buscará.*

*No dejes que nadie sepa que tienes esto. Siento ponerte en este aprieto, pero quizá no tenga elección. No estoy seguro de la legalidad de este dinero. Hace años confié en la persona equivocada y, como resultado de ello, sufrió mucha gente. Es demasiado tarde para arreglarlo ahora, pero lo voy a intentar. Lo siento, Alexis, sé que he sido un mal padre. Tampoco fui un gran marido. Lois merecía mucho más de lo que yo podía darle.*

*Sé que decir que lo siento no sirve de mucho, pero no puedo hacer desaparecer el pasado ni cambiar la decisión que tomamos. Soy un hombre débil, Alexis. Una persona mejor y más fuerte hace tiempo que te habría contado esto.*

*Siento también eso, pero, en realidad, ni yo mismo he sabido la verdad hasta hace poco. Y todavía no la sé entera. ¡Ah, cómo me gustaría haberte dicho esto en persona! Tu madre y yo no podíamos tener hijos. Lois quería desesperadamente uno y nos apuntamos para adoptar. Nos dijeron que podíamos tardar años. Tú sabes cuánto la quería; le habría dado la luna si hubiera sido posible. Sabía que una espera indefinida, sin ninguna certeza, la mataría. Y conocí a alguien que conocía a un médico dispuesto a violar un poco las normas. Lo siento, Alexis, sabía que sería una adopción ilegal, pero en aquel momento no me importaba.*

¿Ella era adoptada? No podía ser cierto. Era imposible. ¿Toda su vida había sido una mentira? Quería arrugar el maldito papel y tirarlo, pero él la había mirado con ojos de moribundo y le había dicho que le hubiera gustado que fuera suya.

El papel temblaba tanto que apenas si pudo sostenerlo para seguir leyendo.

*El doctor nos dijo que conocía a una chica soltera dispuesta a entregar a su bebé a cambio de dinero suficiente para ir a la universidad y empezar una nueva vida. Si podíamos pagarles a él y a la chica, correría el riesgo de ayudarnos. Me gustaría decir que, de haber sabido la verdad, no habríamos seguido adelante con la adopción, pero Lois deseaba tan desesperadamente*

*un bebé, que no losé.*

*No hicimos preguntas ni conocimos a tu madre biológica. Tú sólo tenías unas horas de vida cuando la enfermera del doctor le puso en los brazos de Lois. Eras una niña hermosa, perfecta y te quisimos en el acto. Tienes que creerme. Siempre te he querido, aunque no haya estado mucho a tu lado desde la muerte de Lois. Me dejé consumir por el dolor en vez de pensar más en ti. Y sólo puedo decir que lo siento.*

*Hace poco me enteré de que acababan de asesinar al doctor que falsificó tu partida de nacimiento. Investigué un poco y descubrí la terrible verdad. Tu verdadera madre no te entregó en adopción, Alexis. Creo que ni siquiera supo de tu existencia.*

*¿Cómo era eso posible? Aquello no tenía sentido. Alexis no quería seguir leyendo. Las palabras de su padre estaban destrozando su mundo. ¿Por qué le había ocultado todo aquello? Habían asesinado al doctor y también a su padre. ¿Sería ella la siguiente?*

*Cuando comprendí lo que había hecho aquel hombre, me sentí enfermo. Creo que si no hubiera estado ya muerto, habría sentido tentaciones de matarlo yo. ¿Cómo es posible que un hombre, especialmente un médico, no tenga alma? Te sacó de su cuerpo y te entregó a nosotros sin remordimientos. Me enferma pensar en ello. Me llevaré este horror a la tumba. Me pregunto si Dios me perdonará por mi parte en esto, pero creo que pronto lo sabré. Te he mentado sobre algo más que tu nacimiento. Sé que pensabas que bebo por el dolor de la muerte de Lois. Y empezó así, sí, pero la verdad es que hace tiempo que me siento mal. Me estoy muriendo. Tengo un cáncer que no se puede operar y no quería que lo supieras. El alcohol ayuda a adormecer el dolor.*

*He intentado arreglar las cosas todo lo que pudiera, pero la verdad de tu nacimiento... bueno, no puedo devolverte esos años. Ni a ti ni a tu verdadera familia. Pero he reunido todas las pruebas que puedas necesitar para convencerlos de la verdad. Lo que sucede es que, cuanto más cosas descubro, más nervioso me pone la situación.*

*La enfermera que te trajo a nosotros estaba aquel día en el cementerio y estoy casi segura de que me vio. Ella no querrá que aparezcas, Alexis. Lo*

*que hirieron el doctor y ella no sólo fue horrible, sino también ilegal y ella iría a la cárcel. Por eso tendrás que ir con mucho cuidado y creo que necesitarás ayuda antes de ir a ver a tu familia. La verdad es que no sé cómo te recibirán ellos. Porque tú eres una de las herederas legítimas, ¿entiendes?*

No, no entendía nada. Todo aquello le parecía el guión de una película mala. ¿Cómo podía estar ocurriendo?

*Este sobre contiene todas las pruebas que necesitas para reclamar lo que por derecho te pertenece. Llévaselas a Ira Rosencroft. Es un abogado de un pueblo del estado de Nueva York. El pueblo se llama Stony Ridge y Rosencroft tiene fama de ser honrado. Es el administrador de Heartskeep y te ayudará; no le queda otro remedio. Pero ten cuidado y no te fíes de nadie. Me gustaría haber hecho esto de otro modo, pero temo que se me acaba el tiempo. Hoy he visto a alguien vigilando la casa. Puede que me esté volviendo paranoico, pero tengo miedo. No por mí, sino por ti. Muéstrale al señor Rosencroft el contenido de este sobre, pero no le enseñes la carta ni le hables del dinero. No hables con nadie del dinero hasta que converses con esa Kathy. Creo que puedes fiarte de ella. Yo no sabría todo esto si ella no me hubiera buscado. Eres la mejor hija que un hombre pudiera desear. Sé que es egoísta por mi parte, pero me alegro de haberte tenido con nosotros.*

*Por favor, no pienses muy mal de mí. Siempre serás la hija de mi corazón.*

*Tu padre que te quiere,  
Brian Fitzpatrick Ryder*

Alexis permaneció largo rato sentada llorando. Intentaba encontrarle sentido a todo aquello, pero no lo conseguía. Ni a la nota, ni al dinero del maletín ni mucho menos a la muerte de su padre.

Que no era su padre.

El mundo que había conocido acababa de derrumbarse a su alrededor.

Un coche paró al lado del suyo y ella guardó la carta en el maletín y lo cerró. El aparcamiento se había llenado de coches y de gente. Una

pareja joven discutía en el coche aparcado al lado del suyo. Aunque no la miraban, sabía que no podía permitirse seguir allí sentada con un maletín lleno de dinero.

El motor hizo un amago por ponerse en marcha, pero se paró de nuevo. Se había acabado la gasolina.

Tomó el pesado maletín y salió del coche. Nunca había oído hablar de Stony Ridge y en la guantera sólo llevaba un mapa de la ciudad de Nueva York. Tendría que intentar comprar otro en el restaurante. Después llenaría la lata de gasolina del maletero para poder acercarse al coche hasta el surtidor. Pero mientras hacía todo aquello, había un pensamiento que no la abandonaba.

¿Cómo era posible que una mujer no supiera que tenía una hija?

## Capítulo 2

A Wyatt Crossley no le gustaba tener mucho tiempo libre. Comprendía que su tío, el jefe de policía, no hubiera tenido más remedio que darle vacaciones mientras investigaban la muerte de Nolan Ducort, pero no le gustaba. En Stony Ridge había pendiente una investigación por asesinato y era suya.

Por desgracia, la familia Ducort estaba muy bien relacionada políticamente y exigían respuestas. Los dos agentes de policía y él, que habían disparado sus armas dos noches atrás, se veían obligados a esperar hasta que las pruebas de balística determinaran de qué pistola había salido la bala que matara a Ducort y los investigadores concluyeran que el tiroteo había estado justificado.

En realidad no se cuestionaba el resultado, pero los tres habían sido suspendidos de sus cargos hasta que la investigación limpiara sus nombres. Wyatt estaba decidido a no permitir que eso le impidiera investigar un poco de modo extraoficial.

Los huesos descubiertos en el jardín de Heartskeep pertenecían, casi con seguridad, a Amy Hart Thomas, la mujer que todos creían que había desaparecido en Nueva York siete años atrás. Todos menos sus hijas. Y ahora parecía que las mellizas tenían razón todo el tiempo y la policía, y más concretamente su tío, habían permitido que el asesinato permaneciera siete años sin descubrirse. Leigh y Hayley Thomas siempre habían insistido en que su padre, Marcus, había matado a su madre. Ahora que Marcus había muerto, sólo quedaba una persona que pudiera tener respuestas sobre lo que de verdad había ocurrido siete años atrás.

Wyatt frunció el ceño al pensar en Eden Vox Thomas, la enfermera que había trabajado con el doctor Thomas desde antes de que nacieran sus hijas. El escenario más evidente para la muerte de Amy

Thomas era un triángulo amoroso que había terminado en asesinato, pero Wyatt había aprendido que, con la familia Hart, era mejor no dar nada por sentado y las cosas raramente eran tan sencillas como parecían a primera vista.

Confiaba en que encontrar a Eden resolviera una parte del misterio. Su huida y desaparición a raíz del descubrimiento del cuerpo de Amy sugerían culpabilidad por su parte.

Su tío había entregado la investigación a la policía estatal. Stony Ridge no tenía ni hombres ni equipo necesarios para lidiar con un caso de esa magnitud. Wyatt era el único agente del Cuerpo con experiencia en investigación criminal; por eso su tío lo había designado como enlace con la policía estatal. Un equipo de forenses exhumaba lentamente los restos del cuerpo mientras otro equipo registraba la enorme propiedad en busca de posibles pruebas. Como Wyatt no podía hacer nada oficialmente, había optado por investigar por su cuenta.

Después de la muerte de su esposo, Eden había intentado llevarse todo lo que pudiera de la casa, pero cuando aparecieron los restos de Amy, Eden salió huyendo, dejando atrás un montón de libros, dentro de los cuales habían encontrado varias notas de chantaje.

Sabían ya que Marcus se había apoderado ilegalmente de más de seiscientos mil dólares del dinero de Heartskeep y, sin embargo, había muerto en la ruina. La impresión era que había robado el dinero para pagar chantajes, pero Wyatt no quería dejarse llevar por lo evidente. Si los auditores que había contratado el abogado Gavin Jarret conseguían hacer encajar las notas de chantaje con las cantidades de dinero retiradas por Marcus, quizá entonces sabrían si este último era el chantajista o el chantajeado.

Wyatt deseó, no por primera vez, que las notas no fueran tan ambiguas. No sólo no indicaban quién era el chantajeado sino que tampoco daban ninguna pista sobre el porqué del chantaje.

Como de momento Heartskeep le estaba vedado, esa mañana se había acercado a casa de los Walken. Emily y George, los vecinos más cercanos, habían abierto su casa a las mellizas y a Gavin. Pero el viaje de Wyatt había sido en vano, ya que sólo había encontrado en la casa

a Nan, el ama de llaves, quien lo había informado de que todos los demás se habían ido hasta que la prensa dejara de interesarse por el caso.

Hasta el momento, había perdido el día. Con algo de suerte, Gavin estaría en su despacho supervisando la auditoria, pero, de no ser así, no tendría nada que hacer en toda la tarde.

Consiguió aparcar enfrente del edificio quemado donde antes estaban la tintorería y el apartamento de Gavin y al verlo pensó en lo lejos que estaba dispuesta a llegar una persona con tal de guardar un secreto. Se preguntó hasta dónde llegaría Eden.

Salió del coche al aire cálido y se secó las gotas de sudor que inmediatamente le cubrieron la frente. Junio estaba batiendo récords, tanto de altas temperaturas como de tormentas de verano.

Mientras caminaba por la calle, saludó a varias personas sin detenerse. La familia Hart y Heartskeep habían sido motivo de conversación en Stony Ridge desde el día en que el primer Hart se asentó allí. Y ahora el pueblo hervía de cotilleos y especulaciones sobre el cuerpo y los últimos sucesos ocurridos en la propiedad, pero Wyatt no estaba dispuesto a añadir más leña al fuego.

Cuando se acercaba al edificio estrecho de ladrillo que albergaba el despacho de abogados, la suerte le sonrió por fin. Leigh, ¿o Hayley? Thomas, estaba de pie en la acerca sujetando un maletín grande contra el pecho.

Después de haber visto varias veces a las mellizas, le sorprendió la excitación física que sintió de pronto al verla. Eran jóvenes atractivas, pero ninguna de las dos había hecho antes que se le acelerara el pulso. Claro que era la primera vez que veía a una a solas. Hayley casi siempre iba acompañada de Bram Myers y los dos parecían encantados.

Wyatt decidió que aquélla debía ser Leigh. Gavin y ella parecían muy unidos y, desde luego, no podía culpar a su amigo. Las mellizas eran mujeres esbeltas y atractivas, con un rostro en forma de corazón y una estructura ósea delicada, pero el agotamiento tensaba ahora el rostro de aquélla y le hacía doblar el cuello.

Sabía que no debería fijarse tanto en la chica de su amigo, pero le

resultaba imposible no hacerlo. Tenía unas piernas sorprendentemente largas para una mujer tan pequeña y había algo muy atrayente en su modo de estar allí parada, con una blusa blanca y verde y una falda azul oscura. La ropa no era provocativa precisamente, pero sí resaltaba su figura.

Ella se apartó del edificio y lo vio observándola. Lo miró sin dar señales de reconocimiento y él decidió arriesgarse con el nombre.

—¿Leigh? ¿Sucede algo? —cruzó la distancia que los separaba—. ¿Gavin está dentro? —señaló con la cabeza la puerta.

Ella lo miró confusa.

—El despacho está cerrado.

Su voz sonaba plana y vacía. El apenas si pudo controlar el impulso de ponerle una mano en el brazo.

—¿Ha ocurrido algo más?

Una expresión de miedo cruzó el rostro de ella.

—Lo siento —dijo con firmeza—. Tengo que irme.

Su reacción era muy rara. Y su aparición también. ¿Dónde estaban Gavin o su hermana? Leigh no debería estar allí sola. Parecía exhausta.

Wyatt le bloqueó el paso y señaló el maletín.

—¿Son los archivos de tu abuelo?

Ella apretó el maletín contra el pecho hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Tengo que irme —repitió.

Wyatt le tocó el hombro para detenerla y ella lo miró sobresaltada y retrocedió rápidamente.

—¿Qué quieres? —preguntó.

A él se le ocurrieron varias respuestas poco apropiadas. ¿Qué demonios le ocurría? Aquella mujer era Leigh, estaba casi seguro de que era ella. Aunque conocía poco a las mellizas, Hayley tenía fama de poner a un hombre en su sitio con tres palabras.

—Yo no soy tu enemigo —dijo.

—Me alegra oírlo. Y ahora, si me disculpas...

—¿Podemos hablar?

—En otro momento. Tengo que irme.

—¿Adónde?

La pregunta la detuvo. Lo miró un momento consternada. Wyatt habría jurado que había un asomo de desesperación, incluso miedo, en aquellos ojos expresivos. Algo iba mal.

—Déjame pasar —su voz seguía siendo firme.

—Podría hacer esto oficial —repuso él.

Definitivamente, era miedo.

—¿Qué quieres decir?

Él sintió remordimientos. La expresión vulnerable de ella empezaba a afectarlo.

—Sé que no nos hemos conocido en las mejores circunstancias, Leigh, pero yo no soy mi tío; yo estoy de vuestro lado.

Ella respiró hondo y levantó la barbilla.

—¿Y qué lado es ése exactamente?

Wyatt aplaudió mentalmente el desafío. Aquella mujer podía estar asustada, pero no se amilanaba fácilmente.

—Permíteme invitarte a un café y lo discutimos.

—Hace casi cuarenta grados.

—Cierto —sonrió él—. ¿Un té helado, mejor?

—Gracias, pero tengo que irme... a casa.

Wyatt movió la cabeza.

—Supongo que no te refieres a tu casa de Boston y, si lo dices por la de los Walken, vengo de allí y Nan me ha dicho que se han ido todos para evitar a los periodistas. Siguen acampados delante de las dos propiedades. Y si te refieres a Heartskeep, la policía estatal aún no ha terminado la investigación.

La expresión de ella se cubrió de pánico. Aunque tenía muchas razones para desconfiar de la policía, aquel miedo empezaba a no tener sentido.

—Una bebida —dijo él con gentileza—. Mejor aún, ¿un helado?

—¿Helado?

—Helado —repuso él con calma—. Esa cosa congelada que se deshace en la lengua cuando lo lames.

Ella abrió mucho los ojos.

—No puedo.

—No hace falta que hablemos —le aseguró él—. Ya te dije que para eso pediría una cita. De momento sólo quiero compañía. No estoy habituado a no tener nada que hacer en todo el día.

Ella lo miró confusa y Wyatt iba a explicarle lo de su suspensión temporal, pero optó por no recordarle el tiroteo. Después de todo, había estado a punto de morir allí.

—Podemos ir al Golden's, comprar un helado y volver.

Ella negó con la cabeza.

—Puedes llamar a Gavin e invitarlo a acompañarnos.

—¡No!

Una negativa instantánea y vehemente. O sea que había algún problema entre ellos. ¿Riña de amantes?

—Ahora no quiero hablar de Gavin —dijo ella—. No me... no me apetece hablar con nadie en este momento.

—Entonces no hablaremos —insistió Wyatt, que no quería dejarla marchar cuando era evidente que se encontraba muy alterada—. Pero vamos a salir de este sol antes de que nos aseamos.

Ella observó su rostro y, después de un momento de vacilación, echó a andar a su lado. A pesar de aquella atracción inesperada, no tenía intención de entrometerse en su relación con Gavin. Aquello era sólo trabajo. Él era policía y le interesaba el contenido de aquel maletín. Se mostraría amable e impersonal y, cuando se ganara su confianza, le preguntaría por el caso.

Aunque, por supuesto, lo difícil sería ganarse su confianza.

Alexis se preguntó si se habría vuelto loca. Era una locura ir a alguna parte con aquel desconocido tan guapo, pero sólo había necesitado una mirada a sus ojos marrones cálidos para sentir una conexión instantánea con él y el impacto la había alterado más de lo que quería admitir.

¿Pero qué la había inducido a hacerle creer que era otra persona?

Le había parecido el modo más rápido de librarse de él, pero obviamente había sido un error por su parte, ya que no tenía ni idea de quiénes eran Leigh, Gavin ni él mismo.

Su padre le había dicho que acudiera allí en busca de respuestas, pero la recepcionista la había informado de que Ira Rosencroft había

muerto y le había ofrecido una cita para ver al señor Jarret la semana siguiente.

Alexis había rehusado. La nota de su padre decía claramente que no confiara en nadie fuera del abogado y de una mujer llamada Kathy. Y a ésta última no sabía cómo encontrarla.

—¿Por qué no me dejas llevarte el maletín? —preguntó su acompañante.

Alexis lo miró asustada.

—No.

La expresión de él cambió al instante. Tenía que ir con cuidado. Sus reacciones exageradas suscitaban la curiosidad de él y había sido una estupidez atraer su atención hacia el maletín. Si veía todo ese dinero...

—Perdona, no pretendía gritar. He dormido muy poco y tengo los nervios de punta.

La expresión de él se relajó. La miró compasivo.

—Lo sé —dijo—. No importa. Ven, mi coche está justo ahí.

No le quedó más remedio que seguir andando. La amabilidad de los ojos de él resultaba peligrosa, porque hacía que quisiera confiar en él. ¡Estaba tan cansada! ¡Tan asustada! Se había debatido toda la noche entre la pena y el miedo. Había tornado habitación en un motel cerca de la autopista, pero no había conseguido dormir ni un instante.

La media taza de café que había tomado esa mañana le quemaba todavía un agujero en el estómago. Y le costaba mucho trabajo pensar.

Su compañera de piso estaría toda la semana en California, lo que implicaba que nadie había descubierto aún el cuerpo de su padre. Excepto sus asesinos.

Sabía que lo más correcto sería llamar a la policía, pero no tenía respuestas a nada y por eso había pensado dejarlo hasta después de hablar con el señor Rosencroft. Pero si él también había muerto, ya no sabía qué más hacer.

Su padre había dicho que los asesinos irían a por ella. ¿Pero quiénes eran? ¿Y qué tenía que hacer con todo aquel dinero?

Su compañero se detuvo en un coche aparcado enfrente de un edificio quemado, abrió la puerta del acompañante y empezó a pasar carpetas al asiento de atrás.

Aquello era una locura. ¿Qué hacía entrando en un coche con un desconocido?

—Perdona. Me temo que esto parece un armario.

El embarazo de él la reconfortó un tanto.

Era un hombre alto y delgado, con un pelo moreno rizado y modales tranquilos, que daban una sensación de seguridad y fuerza. Y lo más importante de todo, aquel hombre sabía cosas que ella necesitaba desesperadamente saber.

¿Quién era Leigh? Debían estar emparentadas para parecerse tanto. Stony Ridge tenía respuestas y aquel hombre también. Sólo tenía que acertar con las preguntas.

—Gavin y tú tuvisteis suerte la otra noche —dijo él de pronto, mirando el edificio quemado—. Si llegáis a estar arriba cuando explotó el gas...

Alexis levantó la vista y comprendió que antes había habido una casa encima de la tienda. La idea de que hubiera alguien dentro resultaba terrorífica.

—¿Quieres dejar el maletín ahí atrás? —preguntó él.

Alexis vaciló y él esperó con calma. Ella le tendió el maletín y él lo depositó en el asiento de atrás sin hacer comentarios sobre su peso y le sostuvo la puerta para que entrara.

—Me temo que el aire acondicionado tardará un par de minutos en salir frío —comentó cuando se sentó al volante—. Jezzy no está acostumbrado a lidiar con este calor.

—¿Has bautizado a tu coche? —preguntó ella.

El sonrió.

—La culpa es de mi madre. Mis hermanas y ella siempre ponían nombres a los coches y supongo que se me pegó la costumbre.

—¿Jezzy? —preguntó ella.

—Sí —repuso él, con una sonrisa.

Alexis apartó la vista, consciente de pronto de su ropa arrugada. No tenía nada para cambiarse, así que tendría que ir de compras.

Había visto una tienda en el pueblo y confiaba en que no sería muy cara, ya que su cuenta corriente no estaba muy boyante en ese momento.

—Pareces cansada —dijo él.

—Lo estoy —cerró los ojos con desesperación.

—Todo saldrá bien, Leigh.

Ella abrió los ojos.

—Mira, ríe quiero ser grosera, pero...

—No lo eres. Estás cansada. Estos últimos días han sido muy duros.

Alexis respiró hondo, pero no contestó.

—Eh, ¿qué tal un batido? ¿Chocolate, vainilla o algo más exótico?

¿Un batido? Le costaba mucho concentrarse en algo tan trivial. Estaba segura de que no iba a poder tragar nada.

—Sorpréndeme.

—De acuerdo, pero te advierto que a mí me gustan los exóticos.

La heladería Golden's resultó ser un lugar al aire libre situado en mitad de ninguna parte, aunque, a juzgar por el número de coches amontonados en el aparcamiento, aquello no era un problema. A un lado del aparcamiento, había un grupo de mesas entre los árboles y todas estaban ocupadas.

—¿Quieres venir conmigo o prefieres esperarme aquí? —preguntó él.

—Prefiero quedarme.

El abrió todas las ventanillas antes de salir del coche.

—¿Seguro que no tendrás demasiado calor? Procura no derretirte antes de que vuelva, ¿vale?

Alexis le sonrió.

—Vale.

Aquel hombre le gustaba; no sólo era muy atractivo sino también buena persona. Lo vio acercarse a la cola de clientes que esperaban que los atendieran. Más de una persona lo saludó al pasar.

—¡Hola, Wyatt!

—¡Wyatt! ¿Sigues en pie el partido de béisbol de mañana?

—Sí, pero, si vuelve a llover, vamos a necesitar tubos de bucear.

Se llamaba Wyatt y jugaba al béisbol. Tenía un cuerpo atlético que se movía con gracia y producía una sensación de energía reprimida a duras penas.

Alexis apoyó la cabeza en el cabecero y cerró los ojos. Tenía que dejar de pensar en Wyatt y forjar un plan de acción. Pero ¿cómo hacerlo si carecía de la información más básica y estaba tan agotada que apenas podía pensar?

—¿Leigh? Despierta, Leigh.

La voz cálida y profunda se abrió paso hasta su mente a través de la barrera del sueño. Alexis abrió los ojos y por un segundo no supo dónde estaba ni quién era el desconocido atractivo que se inclinaba sobre ella.

—Sé que estás cansada, pero hace mucho calor para quedarse sentada en el coche. He conseguido una mesa a la sombra; puede que no esté mucho más fresca, pero el batido ayudará.

Ella miró sus rasgos apuestos y subió los dedos hacia la línea fuerte de su mandíbula.

—Eh, ¿estás despierta?

Ella bajó la mano, confusa.

—No sé.

Él pasó el brazo por encima de ella para desabrocharle el cinturón; le rozó el pecho y los pezones de Alexis se endurecieron. Él fingió no darse cuenta, retrocedió y le tendió la mano. El cuerpo de ella respondió como si se tratara de una invitación muy diferente.

La mano larga de él envolvió la suya, haciendo que se sintiera pequeña, delicada y sorprendentemente femenina. Sus ojos se encontraron un momento y ella salió del coche y se tambaleó un poco.

—Despacio —dijo él.

Le soltó la mano y retrocedió con rapidez.

—¿Por qué no vas a sentarte? Yo te sigo ahora mismo.

Él también lo había sentido. Sus ojos habían brillado con la misma chispa de excitación que había tensado el vientre de ella.

¿En qué estaba pensando?

Se volvió y empezó a cruzar el aparcamiento.

Aquello era una locura. Estaba tan agotada que su mente le jugaba malas pasadas. Se dirigió con rapidez a la mesa vacía que él había indicado. Varias personas la saludaron con la cabeza cuando pasó; algunas sonrieron con simpatía, pero, por suerte, nadie se acercó con ganas de hablar. Se sentó rápidamente, de espaldas a las otras mesas.

Wyatt había dicho que no conocía bien a Leigh y sin duda por eso había conseguido engañarlo, pero no podría hacer lo mismo con alguien que conociera más a la tal Leigh.

Wyatt se acercó unos minutos después con una bandeja llena de comida.

—¿Qué es eso?

—El almuerzo.

—Has dicho un helado.

—Sí, señorita. Los mejores batidos del estado —le puso delante un vaso de plástico enorme lleno de un líquido espeso.

—No puedo beber esto.

—También hacen unas hamburguesas maravillosas. He pensado que podíamos compartir las patatas fritas.

Alexis miró la gruesa hamburguesa con desmayo.

—Pero yo soy... —estaba a punto de decir que era vegetariana, pero se contuvo. La tal Leigh bien podía no serlo.

—¿Desde cuándo no comes? —preguntó él. A ella se le quedó la mente en blanco.

—No sé...

—Lo suponía. Das la impresión de que te volaría un soplo de viento. Por favor, Leigh.

Ella miró la hamburguesa y la expresión decidida de él.

—¿Puedo empezar por las patatas fritas?

Wyatt sonrió.

—Sírvete.

Estaba segura de que no podría tragarlas, pero al primer mordisco, su estómago le dejó ver que tenía otras ideas. No sabía que tenía hambre, pero así era. El batido era tan espeso que necesitaba una cuchara y sabía aún mejor que las patatas fritas.

—Vaya. He olvidado las servilletas. Voy a devolver la bandeja y a

buscar algunas. Vuelvo enseguida.

En cuanto salió hacia el edificio, Alexis sacó la carne del pan y la arrojó detrás de los arbustos cercanos. Con toda la lechuga y el tomate, quizá él no se daría cuenta. Mordió el pan y su estómago también aceptó agradecido la oferta.

—Los Krolberth me han pedido que te dé el pésame —dijo Wyatt cuando volvió—. Les he dicho que no estás en condiciones de hablar con nadie en este momento.

Alexis tragó saliva con rapidez.

—Gracias.

Wyatt asintió y mordió su hamburguesa. Comieron varios minutos en silencio. Ella lo observaba de soslayo. Su instinto le decía que podía confiar en él y necesitaba contarle la verdad a alguien.

—¿Quieres hablar de ello?

Levantó la cabeza con brusquedad. ¿Le había leído el pensamiento?

—¿Hablar de qué?

—Puedes contarme qué es lo que te preocupa —dijo él—. O podemos empezar por el asesinato de tu padre.

## Capítulo 3

Por un segundo, Alexis pensó que Wyatt había dicho que quería hablar del asesinato de su padre. Su padre había sido asesinado, el abogado estaba muerto, ¿y ahora habían asesinado también a la madre de la mujer que se parecía a ella? ¿Por qué? ¿Qué ocurría allí?

¡El maletín!

No podía creer que se hubiera olvidado de un maletín lleno de dinero. Lo había dejado a la vista de todos, en el asiento de atrás del coche de Wyatt. No sólo eso, sino que esa mañana había metido su bolso dentro.

Se levantó y echó a correr con pánico, eludiendo a la gente y los coches. Quizá aquella tal Kathy querría recuperarlo. ¿Y qué pasaría si lo perdía?

—¡Leigh, espera!

No había nadie cerca del coche. Estaba a punto de llegar cuando él la sujetó por el brazo y la obligó a volverse. Alexis se soltó de un empujón. El corazón le latía con violencia en el pecho.

—¡No me toques!

Wyatt miró rápidamente a su alrededor.

—Cálmate.

Por lo visto, no quería hacer una escena. Pero eso a ella no le importaba.

—No quiero calmarme —dijo—. «No hace falta que hablemos, Leigh» —dijo con burla—. Sólo quiero compañía.

—Tienes razón —asintió él—. Perdona.

Su sinceridad hacía que resultara muy difícil fingir indiferencia. Le gustaba Wyatt y, hasta cierto punto, incluso confiaba en él. Pero no podía contarle la verdad. Además, la verdad podía matarlo.

—Vuelve a terminar de comer.

—He terminado —sus sentimientos personales no tenían nada que hacer allí; debía alejarse de él.

Se volvió hacia el coche. A pesar de que las ventanillas seguían abiertas, el maletín estaba exactamente donde lo habían dejado. Respiró aliviada.

—¡Eh, Wyatt! Sabía que era tu coche —dijo una voz—. ¿Hayley?

—Leigh —corrigió Wyatt con voz tensa. Alexis sacó el maletín del coche y se volvió. Otro hombre guapo y moreno avanzaba hacia ellos. Sostenía un cono de helado en una mano y un plato de cartón con un helado grande en el otro.

—Perdona, Leigh. Nunca he podido distinguiros a tu hermana y a ti.

Leigh debía tener una hermana gemela llamada Hayley. Alexis no sabía por qué aquella idea la asustaba, pero así era.

—Deja el maletín ahí —dijo Wyatt—. Te llevaré al pueblo.

—No, gracias. Prefiero andar.

El apretó los dientes.

—No creía que fueras tan mezquina.

Ella recordó algo que él le había dicho antes.

—Y yo no creía que fueras como tu tío. Supongo que los dos nos equivocábamos.

Wyatt apretó los labios. Antes de que pudiera contestar, sonó su teléfono móvil. Lo sacó automáticamente del bolsillo.

—Me temo que no he sido muy oportuno —dijo el recién llegado con sequedad—. Pero él no es como su tío.

—Aceptaré tu palabra —repuso ella.

Wyatt gruñó algo en su móvil. Alexis tuvo el presentimiento de que se le acababa la suerte.

—¿Crees que puedes llevarme al pueblo? —preguntó.

—Ah, no voy al pueblo. Tengo que pasar por Heartskeep para recoger unos materiales.

Su padre había intentado decirle algo de Heartskeep y Wyatt había implicado que Leigh vivía allí.

—Todavía mejor —dijo ella.

El hombre miró a Wyatt, pero éste atendía el teléfono con rostro

inexpresivo.

—Ah, voy a darle este helado a Lucky antes de que se derrita — Alexis siguió al desconocido hasta una camioneta, donde un perro negro enorme los saludó con un ladrido y saltó al suelo. Siempre le habían gustado los perros, pero aquél era muy grande, aunque, por suerte, movía la cola con gesto amistoso.

—Aquí tienes, Lucky.

El animal la miró a ella y luego al helado. Alexis respiró aliviada al ver que elegía el helado, que empezó a devorar con su larga lengua rosa.

—Sé que no es de mí incumbencia, ¿pero quieres decirme lo que pasa? —preguntó el hombre.

—Wyatt prometió no interrogarme cuando me trajo aquí, y ahora no para de hacer preguntas.

—¿Preguntas oficiales?

Alexis recordó unas palabras que había dicho antes. «Puedo hacer esto oficial». Generalmente no era tan lenta en sus reacciones. ¡Wyatt era policía!

El otro hombre la miraba con el ceño fruncido.

—Sabía que tenías que haberle hablado a Wyatt de la habitación oculta. ¿Ha descubierto la policía la entrada a través del armario?

Alexis intentó no mostrarse muy sorprendida. ¿Policía y habitaciones ocultas? Movié la cabeza y respondió:

—No veo cómo van a haberlo descubierto. ¿Y tú?

El se encogió de hombros.

—Lo están registrando todo a conciencia desde que Lucky encontró la tumba de tu madre. Yo hubiera dicho que no era probable, pero supongo que uno de ellos ha podido dar con la entrada.

¿Su perro había encontrado una tumba? Alexis no sabía cómo seguir.

—¿Eso es probable? —preguntó.

—No lo sé. Yo tapé el agujero en el lado de la pared y ya sabes lo bien escondida que está la entrada del armario. Tendrían que pasar las manos por todos los paneles de madera para encontrar el hueco

que abre la puerta. Pero quizá hayan visto el agujero que yo tapé en el otro lado. No pensé que lo notara nadie, ya que estamos trabajando allí, pero...

Se interrumpió con brusquedad y Alexis no tuvo que volverse para saber que Wyatt estaba detrás de ella.

—RJ, ¿puedes llevar a Leigh a Stony Ridge?

Alexis se volvió a mirarlo, extrañamente decepcionada porque hubiera cambiado de idea.

—Tengo que ir a Heartskeep —explicó él.

—Creía que no tenías nada que hacer en todo el día.

—A veces tiene sus ventajas ser pariente del jefe. Me han devuelto al servicio activo —miró al hombre llamado RJ—. La esposa de Peter se ha puesto de parto. El jefe le había dicho que ocupara mi puesto como enlace, pero ahora tengo que volver a ocuparme yo.

—Supongo que necesitaremos a otro para el partido de mañana —dijo RJ—. Y yo también iba ahora para Heartskeep. Necesito mi generador portátil. ¿Crees que me dejarán llevármelo?

—No veo por qué no. Yo te dejaré entrar. ¿Podrás llevar luego a Leigh al pueblo?

Miró con intención el maletín que llevaba en las manos.

—Ah, claro. No hay problema.

—Gracias.

Wyatt no volvió a mirarla a ella. Se volvió y echó a andar hacia el coche. La sensación de pérdida que sintió Alexis era completamente irracional. Ella quería alejarse de él, y más al saber que era policía. ¿Por qué, entonces, no se sentía aliviada?

Una cabeza negra peluda la empujó en el costado y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Lucky la miraba con ojos amigables color chocolate. Por lo menos le gustaba al perro.

—Te acariciaría, pero tengo las manos ocupadas.

—Perdona, Leigh —dijo RJ—. Pásamelo y lo dejaré detrás.

Alexis vació. Miró el perro grande.

—¿Se lo comerá?

R.J. pareció pensar en la pregunta.

—No lo creo, pero le dejaremos ir en la cabina con nosotros.

Antes de que ella pudiera protestar, le quitó el maletín y lo lanzó a la parte de atrás de la camioneta, donde cayó con un golpe seco.

—¿Qué llevas ahí? ¿Ladrillos?

—Papel.

—Sube. Wyatt está esperando.

Lucky saltó inmediatamente a la parte de atrás. No le interesaba entrar en la cabina caliente de la camioneta y Alexis no podía culparlo. Como no quería llamar más la atención sobre el maletín, le dijo a RJ que no importaba y cruzó los dedos.

Quando el hombre puso el motor en marcha, se apresuró a apagar la radio, pero no antes de que ella notara que estaba puesta en una emisora de música clásica.

—Puedes dejarla —dijo—. Me gusta la música clásica.

RJ enarcó las cejas. ¿Quizá porque a la auténtica Leigh no le gustaba esa música?

—Me gusta cambiar un poco. Mis obreros escuchan todo el día música country —explicó él.

A juzgar por sus vaqueros polvorientos, la camiseta oscura, las botas de trabajo y el casco que había en el asiento de atrás, Alexis dedujo que RJ tenía algo que ver con la construcción.

—¿Cómo está la mano de Gavin? —preguntó él—. ¿Crees que podrá jugar mañana?

Ella deseó que hubiera vuelto a poner la radio en vez de intentar conversar.

—¿Todos los hombres del pueblo juegan al béisbol con Wyatt? —preguntó.

—La mayoría —dijo él—. Si no juegan en nuestro equipo, juegan en el de Granger.

—¡Oh!

Alexis se mordió el labio inferior, consciente de que no podría mantener el engaño mucho más tiempo. Antes o después diría algo equivocado. Miró por la ventanilla, al campo que se extendía en todas direcciones. Pronto empezó a ver caminos bien cuidados que desaparecían de la vista y estaban marcados sólo por carteles con nombres y buzones. Al parecer, habían entrado en la zona de

propiedades grandes donde criar caballos era un negocio además de un hobby.

Se lamió los labios con nerviosismo. Hayley y Leigh debían tener dinero si vivían por allí. Pero estaba demasiado cansada para pensar con lógica.

Un bostezo la pilló por sorpresa.

—¿Por qué no cierras los ojos? —sugirió RJ—. Pareces cansada.

—Es lo que ha dicho Wyatt —repuso ella, que inmediatamente se arrepintió de mencionar su nombre.

—Wyatt es un buen tipo, Leigh. Gavin y él son muy amigos.

Ella intentó concentrarse en sus palabras.

—¿Quieres decirme algo con eso?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no. Recuerda que yo me crié con Gavin. Cuando George y Emily lo trajeron a vivir con nosotros, nadie podía acercarse a él. Hayley y tú erais muy jóvenes entonces y tu madre y tu abuelo os protegían mucho, pero seguro que oísteis algunas historias —sonrió—. La mayoría eran ciertas. Los Walken tenían mucho que hacer con nuestro grupo en aquellos tiempos. Gavin era tan duro como dicen.

Alexis no sabía cómo contestar. Por suerte, él no parecía esperar respuesta.

—El tío de Wyatt acababa de ser ascendido a jefe de policía. Creo que no le gustaba que George y Emily trajeran delincuentes juveniles a esta comunidad. Sé que el jefe Crossley siempre estaba buscando una excusa para encerrar a alguno de nosotros, en especial a Gavin. Y si no hubiera sido por ti, habría intentado colgarle el asesinato del viejo Wickert.

Alexis no pudo ocultar su sorpresa.

—Sí, sé que ninguno queríais que nadie supiera que tú le diste una coartada aquella noche, pero ya sabes cómo son las lenguas de Stony Ridge. A los cinco minutos de que soltaran a Gavin, todo el pueblo sabía la historia. Gavin nunca dijo nada, pero sé que se enfadó mucho cuando tu padre os envió a tu hermana y a ti a Boston poco después.

RJ le estaba pintando una imagen fascinante, aunque confusa, de la dinámica de Stony Ridge.

—Mira, Leigh. Leigh, lo que quería decir es que tanto Gavin como Wyatt son grandes tipos. Y no quiero que sufra ninguno. Todo el mundo sabe lo que pensáis Hayley y tú de la policía, pero no juegues con ninguno de los dos, ¿vale? Si Gavin y tú tenéis problemas, no metas a Wyatt en medio.

—¿De qué estás hablando?

—No estoy ciego, Leigh. Hasta yo he podido ver las chispas que saltaban entre Wyatt y tú hace unos minutos.

Alexis respiró con fuerza.

—No quiero meterme en tus asuntos, pero no olvides ser antes sincera con Gavin. Tú no quieres enfrentar a dos hombres fuertes como ellos. El resultado sería muy feo.

—Yo no haría eso —repuso ella.

—Me alegro. Quizá quieras agacharte —dijo él—. Nos acercamos a la entrada y parece que la prensa sigue acampada en la verja. Si te ven, no podremos entrar.

Alexis vio varios vehículos aparcados al lado del camino. Se quitó el cinturón e intentó hacerse invisible contra el suelo. Lo último que necesitaba era que le colocaran un micrófono en la cara.

RJ detuvo la camioneta fuera de la verja. Lucky ladró, su dueño gritó algo y el vehículo empezó a moverse de nuevo, aunque saltaba como si avanzaran campo a través.

—Lo siento —dijo él—. Pensábamos empezar a arreglar el camino pasado mañana. Espero que Wyatt me diga si tengo que cancelar la entrega de grava. Ya no nos ven desde la verja. Puedes levantarte.

Alexis se incorporó y vio que viajaban bajo unos árboles viejos cuyas ramas se extendían hasta oscurecer el cielo. Cuando apareció Heartskeep detrás de un recodo, reprimió un respingo. ¿Esa era la casa de Leigh?

Sólo alguien muy rico podía llamar casa a algo así. El edificio se elevaba hacia el cielo, silencioso, desafiante, sombrío. En la zona de Nueva Jersey donde había crecido ella, un edificio de ese tamaño se habría considerado un hotel.

RJ paró en la sección circular del camino, llena ya de coches patrulla y otros vehículos. Un ala del edificio parecía estar en remodelación. Y a juzgar por los escombros que llenaban un contenedor enorme de metal, el fuego había atacado también aquella casa. Un escalofrío de aprensión subió por su columna.

—Sólo tardaré un minuto —dijo RJ.

Wyatt ya había salido de su coche. Lucky saltó al suelo y se reunió con él. Alexis abrió su puerta y Wyatt se acercó con rostro inexpresivo, le puso las manos en la cintura y la bajó de la camioneta sin esfuerzo.

A ella le dio un vuelco el corazón. Cuando la dejó en el suelo, sus manos se deslizaron por los hombros de él, en una caricia espontánea. La falda se le había subido hasta los muslos. Se sonrojó y se la colocó, agradecida por tener un motivo para apartar la vista de aquellos ojos penetrantes.

RJ se acercó a ellos y Wyatt se volvió hacia él.

—Ve a buscar lo que necesites —le dijo—. Si alguien te dice algo, diles que hablen conmigo.

RJ frunció el ceño. Los miró un momento y se encogió de hombros. Subió los escalones del porche y desapareció en la casa, con Lucky pegado a sus talones.

Wyatt la miró y Alexis deseó que hubiera algún modo de no encontrarlo tan fascinante.

—Te debo una disculpa —dijo él—. Quiero ayudarte. Si tú me lo permites.

Por un momento, ella sintió tentaciones de nuevo de darle el maletín y contárselo todo.

El sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo, anotó algo, arrancó la página y se la tendió.

—Es el número de mi móvil y está siempre encendido. Llámame cuando quieras hablar.

Alexis sentía el pecho tan oprimido por la emoción que creía que iba a explotar. Lo vio subir los escalones del porche y se preguntó si habría cometido un error al no decirle la verdad. Tomó una decisión.

—Perdone, ¿me ayuda a sacar algo de la camioneta? —preguntó a

uno de los policías.

Segundos más tarde, entraba por la puerta de la casa con el maletín en la mano. Se detuvo al cruzar la puerta. El vestíbulo era más grande que todo su apartamento. Nunca había visto nada igual.

Debajo de una escalinata amplia y abierta había un piano de cola y, más allá, la sala de estar más grande que había visto en su vida, grande como el vestíbulo de un hotel e igual de poco acogedora, a pesar de los muebles caros. Casi totalmente abierta en tres lados, daba la impresión de prolongarse en todas direcciones. Columnas de mármol sostenían una galería que rodeaba casi toda la estancia. No había techo, la habitación se prolongaba hacia arriba como un túnel de madera oscura que terminaba en dos tragaluces enormes en el tejado de la casa.

A su izquierda estaba la zona acordonada donde trabajaban los obreros. A la derecha, unas puertas dobles abiertas mostraban lo que parecía una biblioteca, con una chimenea en la pared más alejada y el resto de la estancia lleno de libros que descansaban en estanterías que cubrían todas las paredes.

Avanzó unos pasos con nerviosismo. La respuesta a todas sus preguntas debía estar allí, en algún lugar de la amplia casa.

La biblioteca era también espaciosa, pero al menos producía una sensación de bienvenida. Vio que conectaba con otra habitación y se acercó a mirar con curiosidad. La otra estancia era un despacho, con equipo informático y más libros.

Las proporciones de las habitaciones eran increíbles. La casa debía haber sido diseñada para gigantes.

Alexis se acercó a la mesa y dejó el maletín en el suelo. El corazón le latía con fuerza. Había dos puertas más. Una daba al vestíbulo y la otra mostraba un cuarto de baño amplio, con salida al vestíbulo. Cerró las tres puertas, ya que no quería que la vieran cotillear.

En los estantes había varias fotos enmarcadas. Se acercó a examinarlas y se quedó sin respiración. Aunque ya sospechaba algo así, encontrarse con sus rasgos le produjo emociones tan contradictorias que se echó a temblar.

Era imposible saber cuándo se había hecho la primera foto, pero

las dos chicas parecían tener dieciséis años. Y ambas eran exactas a ella. Sólo su estilo de pelo resultaba distinto. Las dos llevaban el pelo hasta la mitad de la espalda y Alexis jamás lo había tenido tan largo.

—Oh, estás aquí —dijo RJ.

Alexis, sobresaltada, se apresuró a dejar la foto en su sitio.

—Podemos irnos en un minuto —siguió él—. Wyatt dice que la policía terminará esta tarde con la casa. ¿Quieres que traiga mañana a los obreros?

—Supongo que sí —repuso ella, nerviosa—. Siempre que la policía no tenga nada que objetar.

—De acuerdo. Tengo que cargar el generador en la camioneta y podemos irnos.

—Yo me quedo aquí.

—Mmm, Leigh. No creo que te lo permitan.

Ella lo miró a los ojos.

—No voy a pedir permiso.

—Gracias por todo, RJ.

El la miró un momento.

—¿Seguro que quieres quedarte?

—Sí.

—Está bien. Te dejaré que lo discutas con Wyatt. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Cuando se quedó sola, Alexis miró de nuevo las fotos esparcidas por los estantes. Muchas eran de las gemelas a distintas edades, pero también había algunas que sólo podían ser de su madre.

Miró el rostro de la mujer. El parecido era inconfundible. La invadió una sensación de traición y dolor. ¿Por qué? ¿Cómo? Se sentía vacía por dentro.

Tomó la fotografía de la mujer que probablemente era su verdadera madre. A pesar del parecido de los rasgos, era una perfecta desconocida. Recorrió con la uña su rostro en forma de corazón. Sus hermanas y ella se parecían a su madre.

Cerró los ojos y respiró con fuerza. Cuando los abrió, dejó la fotografía y miró a las dos mujeres jóvenes que tenían su rostro. Leigh y Hayley. Sus hermanas. Y todo aquello sólo se podía explicar si

eran trillizas. Tenía que ser eso. Pero si era eso, tenía que haber fotos de sus hermanas más mayores. Empezó a buscar.

Registró los cajones y después volvió a la biblioteca y miró en las estanterías, donde encontró una Biblia de familia que databa de varias generaciones atrás. En la parte de atrás había páginas para anotar a los miembros de la familia. No le interesaba el pasado, sino las tres últimas entradas.

Alexis Mary Ryder aparecía escrito en tinta azul. Una línea recta acabada en flecha iba desde su nombre, al final de la columna, hasta un punto de inserción situado encima de Hayley Hart Thomas. Al margen, al lado de la línea, aparecían las letras DBH.

No tuvo que buscar mucho para hallar el nombre al que pertenecían las iniciales. DBH: Dennison Barkely Hart, su abuelo materno.

En vez de respuestas, sólo encontraba más preguntas. ¿Cómo se había enterado su abuelo de su existencia? ¿Por eso le habían advertido de que no confiara en nadie?

Miró a su alrededor, los muebles caros, las hileras de libros, la chimenea de piedra. ¿El dinero del maletín había sido un soborno para intentar comprar el silencio de su padre? Y en ese caso, ¿quién era Kathy?

Miró de nuevo la lista de la Biblia, pero no aparecía nadie con ese nombre.

Se mordió el labio inferior y recordó las advertencias de su padre. Sus hermanas tenían razones para quererla muerta. Heartskeep debería haber sido también su casa. Ella era una heredera.

Si antes le había resultado difícil pensar, ahora era ya imposible. Pero sabía que quedándose allí quieta como un vegetal no lograría nada. Tenía que esconder el dinero hasta que pudiera pensar lo que iba a hacer y supiera en quién confiar.

Tomó el maletín y se asomó al vestíbulo. Oyó voces en la parte de atrás de la casa, pero no vio a nadie, por lo que corrió escaleras arriba. El segundo piso estaba en silencio y el vello de la nuca se le puso de punta. Sintió una impresión de malevolencia, como si su presencia molestara a algo que no la quería allí.

La idea era ridícula, fantasía sin duda de una mente cansada. Se acercó a la puerta más cercana y se asomó. Un dormitorio espacioso, con una cama vacía, sin usar. Seguramente un cuarto de invitados. Se disponía a alejarse cuando recordó lo que había dicho RJ de habitaciones secretas escondidas en el armario.

Se acercó. El armario estaba forrado de madera de cedro y contenía perchas vacías, almohadas y varias mantas dobladas. Estudió los paneles de madera, pero no vio nada raro. Oyó voces y le pareció que sonaban cerca.

Las mantas y almohadas le dieron una idea. Si el cuarto no se usaba a menudo, podía esconder allí el dinero de momento. Acercó una silla y se subió en ella para alcanzar el estante más alto. Abrió el maletín y sacó su bolso. Uno de los billetes de cien dólares se pegó al cuero blanco.

Alexis vaciló. Le quedaban unos cuarenta dólares en el bolso y quizá no pudiera usar las tarjetas de crédito en el pueblo. Aunque se sentía como una ladrona, metió el billete y dos más en el bolso, sacó el sobre de su padre, y cerró el maletín. Lo escondió entre las mantas y almohadas, devolvió la silla a su sitio, tomó el bolso y el sobre y salió de la habitación.

Oyó voces en el pasillo y se metió apresuradamente en el cuarto siguiente. No quería tener que explicar lo que hacía allí, pero deseaba explorar y descubrir lo más posible antes de conocer a su familia.

La decoración de esa habitación era completamente femenina y a su ocupante le gustaba leer. Alexis se acercó a las fotos enmarcadas de encima de la cómoda y observó una de sus hermanas más pequeñas, tallando calabazas con un hombre mayor. ¿Dennison Hart o su verdadero padre?

El parecido familiar con su madre era tan fuerte que Alexis estuvo segura de que se trataba de su abuelo. ¿Pero por qué no había fotos de su padre? ¿Había muerto cuando eran pequeñas?

Se movió por la habitación, tocando objetos, hasta que se acercó al armario, atestado pero ordenado. Aunque ella prefería los colores brillantes a los pasteles, aplaudió los cortes clásicos y le impresionaron las etiquetas de algunas prendas. El contenido de ese

armario posiblemente costaba más que su sueldo de un año.

No le sorprendió descubrir que su hermana y ella tenían la misma talla de ropa y zapatos. Y no tuvo que pensarlo mucho. Necesitaba un cambio de ropa y allí había mucha que podía tomar prestada. Eligió una camiseta sin mangas amarilla pálida y unos pantalones blancos. La ropa interior de su hermana era sencilla pero femenina, a base de encaje y nailon.

Tomó lo que necesitaba y entró en el baño. La bañera era casi una piscina y en la ducha, separada, cabían varias personas. El baño estaba unido a otra habitación. Una mirada al lavabo doble le indicó que lo compartían dos personas muy distintas.

Se asomó al segundo dormitorio. Las paredes estaban decoradas con pósters típicos de la adolescencia. Entró en el cuarto, confusa, pero las fotos eran de las mismas personas que había visto ya. El armario contenía colores brillantes y estilos de ropa que solían estar de moda cuando iba al instituto. Alexis estaba muy cansada para pensar en ese momento en todo aquello. Además, tenía que darse prisa si no quería que la pillaran.

La ducha suponía una tentación, pero lo último que quería era que Wyatt la encontrara allí desnuda. Se limitó a lavarse la cara y cambiarse de ropa, pero eso no sirvió para despertarla y cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos. Decidió que tenía que tumbarse unos minutos y así recuperaría energía para continuar.

Guardó el sobre largo en una de las almohadas y se tumbó en la cama de su hermana. Tendría que pedir ayuda a Wyatt; no podría lograr mucho deambulando sola por un lugar tan grande.

Luchó por mantener los ojos abiertos, pero sus párpados se negaban a cooperar. No debía quedarse dormida. A Ricitos de Oro la habían descubierto los osos, pero a ella podía ocurrirle algo mucho peor si se dejaba vencer por el sueño.

## Capítulo 4

—¿Cómo que no has llevado a Leigh al pueblo? —preguntó Wyatt por su teléfono móvil.

—Ha dicho que quería quedarse en Heartskeep —repuso RJ, con voz preocupada—. No podía obligarla a venirse conmigo. He supuesto que quería hablar contigo.

Wyatt lanzó un juramento. A menos que hubiera ido alguien a buscarla, Leigh seguía todavía en Heartskeep... sola.

—Está bien, perdona. Gracias por avisarme. Y sí, por lo que a la policía respecta, podéis reanudar el trabajo mañana. Luego te llamo.

Desconectó la llamada y marcó el número de Gavin. Éste no había contestado al teléfono en todo el día ni le había devuelto las llamadas, y la única conclusión posible era que lo estaba evitando. Wyatt sospechaba que el motivo tenía algo que ver con el maletín que llevaba Leigh.

La imaginó sola en Heartskeep y se le encogió el corazón. Aunque aquélla era su casa, estaba lejos del pueblo y seguramente se quedaría sin electricidad e incluso sin teléfono si las predicciones del tiempo resultaban acertadas.

Stony Ridge no necesitaba otra tormenta, pero las nubes se acercaban sin remisión. Wyatt acababa de salir de informar a su tío sobre la situación de la investigación policial. El registro de la casa no había proporcionado ninguna información y su tío sólo le había escuchado a medias, porque otra tormenta implicaba unas horas extra que el Departamento no podía permitirse.

Wyatt tamborileó con los dedos en el volante y miró la banda oscura de nubes que avanzaba. Los problemas presupuestarios de su tío no eran de su incumbencia, Leigh sí. La cena tendría que esperar. Volvería a Heartskeep y descubriría qué llevaba Leigh en aquel

maletín.

Mientras cruzaba el pueblo, un coche azul atrajo su atención. El vehículo, viejo, parecía fuera de lugar aparcado cerca de los bloques de oficinas, cerradas ya. Además, era un coche pequeño, apropiado para la ciudad pero no para aquella zona, donde casi todo el mundo conducía camionetas o todo terrenos.

Paró detrás de él, tomó la radio y dio el número de matrícula. Poco después le daban el nombre de Alexis Ryder y una dirección en Nueva York. El vehículo no tenía muchas pendientes, pero Wyatt lo miró con el ceño fruncido. Stony Ridge no era un lugar turístico, como Saratoga Springs. Para empezar, estaba lejos de la autopista, por lo que la gente que iba allí solía hacerlo por un motivo. Alexis Ryder no era una reportera conocida, así que, ¿quién era? O más concretamente, ¿dónde estaba?

Wyatt abrió la puerta de su coche y una ráfaga de aire fresco y húmedo le dio en la cara. Se acercó a examinar el auto azul. En el asiento del pasajero había un mapa del estado de Nueva York mal doblado, encima de una chaqueta de traje blanca. Tal vez Alexis Ryder se había perdido, o quizá tuviera problemas mecánicos, cosa nada sorprendente teniendo en cuenta la edad del coche. Si se había quedado parada allí, seguramente habría ido andando hasta la gasolinera o uno de los talleres.

Pasó la linterna por el interior. De uno de los bolsillos de la chaqueta blanca asomaba un pañuelo azul. Estaba a punto de volverse cuando algo debajo del bolsillo le llamó la atención. Una mancha curiosa, que se parecía mucho a sangre seca.

Un relámpago cruzó el cielo. Se disponía a sacar la radio para pedir un agente de uniforme, cuando vio a Jim Lowe, su amigo y compañero, aparcando un coche patrulla.

—Eh, Wyatt. ¿Qué sucede?

—Echa un vistazo.

Empezó a llover y otro relámpago cruzó el cielo. Wyatt se alegró de poder dejar el asunto del coche en manos de Jim y ponerse en camino hacia Heartskeep.

A Alexis siempre le había gustado el olor a rosas y ahora llenaba

sus sentidos. Unas manos invisibles la despertaban con gentileza. Luchó por controlar sus párpados, pero no podía abrirlos. Una voz de mujer la urgía a hacerlo. Alexis lo consiguió con esfuerzo y de mala gana. La rodeaba la oscuridad, pero podía sentir todavía el toque ligero de la mano que había imaginado que intentaba despertarla. Por un segundo pensó incluso que podía oler las rosas. Se estremeció. En la oscuridad que la rodeaba no sentía a nadie.

Por un momento no supo dónde estaba. Confusa, yació inmóvil, mientras su cerebro se debatía entre el sueño y la realidad. Al fin consiguió recordar.

Estaba en la cama de su hermana, sola en Heartskeep.

Se sentó con rapidez. Se había quedado dormida. ¿Qué hora sería?

Un relámpago iluminó la estancia, seguido del rugido del trueno. Alexis saltó de la cama. Su pie chocó con el bolso, que debía haberse caído al suelo mientras dormía. Salió disparado debajo de la cama y ella tendió una mano hacia la lámpara de la mesilla. La lluvia golpeaba los cristales con un ruido muy fuerte.

¿Por qué estaba la casa tan vacía y oscura? ¿Dónde estaba todo el mundo?

Pasó las manos temblorosas por la lámpara, hasta que encontró el botón. Oyó un click, pero no sucedió nada más. No se encendió la luz. Se esforzó por vencer el miedo. No le gustaban las tormentas en la oscuridad, pero seguramente sólo se había fundido la bombilla. O quizá había un interruptor de pared que controlaba la lámpara.

Otro relámpago iluminó el camino hasta la puerta del baño. El sonido del trueno fue tan fuerte que se estremeció. Avanzó hasta la puerta del baño. Quería luz y cuanto más brillante, mejor. ¿Cuánto tiempo hacia que duraba la tormenta?

Recorrió la pared con los dedos hasta que encontró el interruptor. Lo apretó, pero no sucedió nada.

Tenía que conservar la calma. Ya no era una niña pequeña a la que asustara la oscuridad. Era normal que se fuera la luz en el campo durante una tormenta, no había motivos para el pánico. La policía estaba en la casa, seguro que sí. Ella no estaba allí sola.

Se agarró al marco de la puerta, inmovilizada por un miedo

repentino. RJ había dicho que la policía esperaba acabar con la casa ese día. ¿Y si habían terminado y se habían marchado? ¿Y si estaba sola? Su coche se hallaba en el pueblo. Estaría atrapada allí.

Se obligó a respirar despacio y soltar la puerta. Si estaba sola, no sería el fin del mundo. Podía aprovechar para buscar información sin interrupciones... siempre que volviera la luz.

En el siguiente relámpago, regresó a la cama. En su llavero había una linterna pequeña. Seguramente su hermana tendría otra cerca para esos casos. Sólo tenía que conservar la calma y esperar el siguiente relámpago para mirar debajo de la cama.

Oyó un golpe seco en el interior de la casa. Después de todo, no estaba sola. Todo iba bien. Excepto que no sentía que fuera bien, sino muy, muy mal.

Algo la impulsó a mirar hacia la puerta. Un relámpago iluminó el picaporte, que giraba lentamente, como si una mano invisible quisiera abrirlo en silencio. Se oyó el trueno y Alexis no se detuvo a pensar, se dejó caer al suelo y se metió debajo de la carpa.

Se quedó inmóvil. Un rayo de luz iluminó la estancia y unos pasos cruzaron la habitación hasta la puerta del baño. Un segundo después se dirigieron al armario. Alguien movió las perchas y el rayo de luz recorrió el cuarto. Su cuerpo tenía que haber dejado marca en la almohada y el edredón. El intruso sabría que alguien había estado allí.

La sangre le latía con fuerza en los oídos. Estaba sorda a todo lo que no fueran sus propios pensamientos. Alguien llamado Ducort había intentado matar a Leigh. ¿Habría vuelto a terminar el trabajo?

O peor, ¿era la gente que había matado a su padre y que la habían localizado de algún modo?

Los pasos se detuvieron a centímetros de donde estaba ella. Alexis nunca había conocido un terror semejante. Estaba atrapada. En cualquier momento se levantaría la colcha y la linterna revelaría su escondite.

El relámpago y el trueno llegaron a la vez. El ruido de la explosión fue tan alto que su cuerpo se estremeció. Una voz de hombre lanzó una obscenidad.

Contuvo el aliento y esperó a ser descubierta. ¿Había hecho algún ruido? ¿La había oído? Los pasos se alejaron. Un segundo más tarde, oyó los zapatos del hombre en el suelo de baldosas del baño.

Alexis anhelaba salir de debajo de la cama. ¿Por qué se había escondido? ¿Por qué no había usado la defensa propia que ella misma enseñaba?

Porque parte de la enseñanza era evitar situaciones donde pudiera verse obligada a usar su entrenamiento. Esconderse era de sentido común. Si puedes, evita la confrontación. ¿Cuántas veces había dicho eso en sus clases?

Por eso se obligó a esperar incluso cuando sintió calambres en los músculos. No podía saber por qué estaba tan segura de que el hombre no era policía, sólo sabía que su instinto la empujaba a no dejarse descubrir.

Aquello también era parte de su entrenamiento. Escucha a tu instinto. Si percibes algo como malo, seguramente lo sea.

A medida que los segundos se convertían en minutos, se preguntó cuánto tiempo tenía antes de que él volviera. Y esa vez quizá mirara debajo de la cama.

Hizo acopio de valor y se obligó a salir de debajo de la cama. Se golpeó la cabeza y se arañó un hombro en el proceso, pero eso no importaba. Sólo importaba escapar. Aunque temblaba de pies a cabeza, fue un gran alivio estar de pie.

Con la luz de un relámpago, vio que él había dejado las tres puertas abiertas. Si la oía, volvería en un segundo. Quiso correr al pasillo, ¿pero y si la esperaba allí? Debía saber que estaba en la casa.

No se lo pongas fácil. En el pasillo sería vulnerable, estaría en desventaja. Ella no conocía la casa.

Se acercó al armario. Acababa de entrar cuando lo oyó volver. La linterna recorrió el cuarto por delante de él. Alexis se aplastó contra la pared opuesta a la puerta abierta.

Pasaban los minutos mientras ella se esforzaba por oír y averiguar lo que hacía. Oyó una especie de gruñido y el sonido de una cremallera. ¿Sabía que estaba allí y jugaba con ella?

Se obligó a tranquilizarse, ensayó mentalmente las técnicas que tan

alegremente enseñaba y que nunca había usado.

El rayo de la linterna se alejó de pronto, pero ella no se movió; esperó, esforzándose por permanecer tranquila. Ya no podía oírlo. ¿Dónde estaba?

Esperó un rato más y obligo a sus músculos tensos a moverse. Se acercó en silencio a la puerta y se asomó. La habitación estaba en silencio y a oscuras.

Percibió que estaba sola y cruzó la habitación. Se dejó caer debajo de la cama y tanteó con la mano en busca del bolso, pero sin resultado. Su bolso había desaparecido.

¡El sonido de la cremallera! El intruso la había buscado debajo de la cama y había encontrado el bolso.

Procuró controlar su pánico. ¿Cuántas veces había estado en una clase de mujeres maltratadas y heridas y les había dicho que el pánico era su peor enemigo? Practica lo que enseñas. Piensa.

No era probable que él volviera a mirar debajo de la cama. Podía quedarse allí toda la noche de ser necesario y seguramente sería el lugar más seguro. La otra opción era intentar salir de la casa. Menos seguro y no sabía adónde ir. Se empaparía y no podría ver el camino.

Lo mejor era quedarse allí, pero la espera no la seducía nada. Si conseguía llegar hasta un teléfono, podía llamar a la policía. Y aunque no recordaba haber visto un teléfono en la habitación, sin duda lo habría.

Esperó unos minutos más y, como no oyó ningún ruido aparte de la lluvia y los truenos, se animó a salir de debajo de la cama. Tanteó en la mesilla y encontró un teléfono fijo.

Pero no daba señal.

Debatió sus opciones de espaldas a la ventana. Una voz en el interior de su cabeza la impulsaba a correr. No tenía sentido abandonar el refugio de la habitación, pero la presión por huir era muy fuerte. ¡Tenía que salir de allí!

Cruzó corriendo la habitación. Un rayo y un trueno estallaron a la vez encima de su cabeza cuando llegaba al cuarto de baño. Oyó un estruendo. Una rama pesada entró por la ventana donde ella estaba de pie .unos momentos antes.

Alexis cruzó el baño hasta el otro dormitorio. El ruido había atraído al intruso, que corría por el pasillo. No tenía tiempo de llegar al armario ni debajo de la cama. Cuando pasó por la puerta abierta del dormitorio, vio una sombra detrás de una luz trémula.

Salió al pasillo en el momento en que la luz desaparecía dentro del dormitorio de su hermana. No había opción. Corrió todo lo silenciosamente que pudo por el vacío oscuro del pasillo interminable.

Cuando Wyatt llegó al fin a Heartskeep, se encontró la verja abierta y dio gracias en su interior porque Leigh no estuviera sola en la casa. Avanzó con cuidado por el camino de entrada, observando los árboles altos que se inclinaban y agitaban sobre su cabeza.

La escasa visibilidad hacía imposible evitar los baches, por lo que se sintió aliviado cuando llegó al camino circular de delante del porche. No había otros coches allí, pero eso no era de sorprender. Seguramente Gavin aparcaba en la parte de atrás, pero no había ninguna luz en la casa.

Wyatt sacó su linterna de la guantera y corrió hacia la puerta. Tocó el timbre, pero no se oyó nada. Con tantos rayos, era probable que aquel día cayera más de un árbol y seguramente la electricidad estaría ya cortada.

Volvió al coche, tomó su revólver y se lo colocó en el cinturón. Guardó la radio en el bolsillo de la gabardina y corrió de nuevo a la casa bajo la lluvia. Los relámpagos iluminaban de vez en cuando la zona.

No había coches aparcados detrás de la casa y la puerta cercana a la cocina estaba también cerrada. Empezaba a sospechar que estaba perdiendo el tiempo; Leigh seguramente estaría a salvo en casa de los Walken.

Aun así, como era un hombre concienzudo, decidió probar la puerta de atrás y apenas había empezado a andar cuando un rayo de luz lo detuvo. La luz procedía de arriba, del interior de la casa.

Esperó, pero la luz no volvió y la lluvia caía con demasiada fuerza para ver con claridad. Quizá sólo había visto un reflejo del relámpago contra la ventana. Se acercó a la puerta de atrás.

El cristal de encima de la puerta estaba roto, lo que lanzó un torrente de adrenalina a sus venas. Sacó la radio para pedir refuerzos y le costó establecer una conexión. Cuando al fin lo consiguió, había mucho ruido de fondo, pero dijo dónde se encontraba y explicó la situación lo mejor que pudo. La radio emitió unos ruidos raros y quedó en silencio. Había dejado el teléfono móvil en el coche y, aunque sabía que lo mejor sería ir a buscarlo y llamar, una sensación inexplicable de urgencia lo impulsó a seguir adelante.

Sacó la pistola y giró el picaporte. Un golpe de viento le arrancó la puerta de la mano y la lanzó contra la pared. Wyatt confió en que el ruido del trueno hubiera ahogado ese ruido o quienquiera que hubiera en la casa estaría ya advertido de su presencia. Cerró la puerta y dirigió la luz de la linterna hacia la cocina. Esa vez no había huellas de lluvia y barro, lo que implicaba que el intruso había debido entrar antes de la tormenta.

Se dirigió a las escaleras de atrás y se detuvo a escuchar justo antes del rellano. A su derecha estaba la puerta oculta que llevaba a la galería y, a la izquierda, el pasillo que rodeaba la parte de atrás de la casa. Allí no había ventanas y el rellano quedaba en el centro del pasillo, lo que implicaba que, en cuanto entrara allí, podían atacarlo desde tres direcciones distintas. El rayo de luz que había visto procedía de la habitación del rincón a su derecha.

El antiguo cuarto de Eden.

Subió al pasillo en silencio. No se oía ni se veía nada que pudiera indicar si la persona seguía en el dormitorio de Eden. Un trueno le hizo dar un salto. Oyó ruido de cristales rotos y pasos que corrían y echó a andar por el pasillo, a su derecha. Dobló el recodo con cautela y se encontró con un cuerpo femenino.

—Policía...

Las balas volaban hacia ellos desde la oscuridad. Empujó a la mujer al suelo y sacó su pistola para devolver el fuego. Un golpe repentino en la cadera le hizo perder el equilibrio antes de que pudiera apretar el gatillo. Unos pasos corrieron alejándose. Wyatt los persiguió y oyó al atacante lanzarse hacia la escalera principal.

Cuando corría, un relámpago iluminó el ventanal enorme del

extremo del pasillo. El trueno no tardó en seguir. Wyatt llegó a las escaleras, pero la figura había desaparecido en la oscuridad de abajo.

Alguien corría detrás de él. Se volvió y apuntó con la pistola.

—Toma, Wyatt.

Leigh.

Ella, inconsciente del peligro, le lanzó su linterna. Wyatt se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de disparar.

—¡Retrocede! —gruñó. Le quitó la linterna y volvió su atención a las escaleras. La puerta delantera se abrió en ese momento—. Quédate aquí.

Sostuvo la linterna apartada de su cuerpo y pasó la luz por el enorme vestíbulo. No se movió nada. La puerta delantera permanecía abierta. Wyatt bajó las escaleras con cautela, consciente de que podía ser una trampa y en las escaleras, con la luz de la linterna, él sería un buen blanco.

No sonaron disparos. Se esforzó por escuchar hasta el más mínimo ruido por encima de la furia de la tormenta. En el exterior oyó el motor de un coche, bajó corriendo los escalones restantes y llegó a la puerta a tiempo de ver alejarse a Jezzy por el camino. Lanzó una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Leigh.

Wyatt se volvió, escandalizado de verla a poca distancia de él.

—Te he dicho que esperaras arriba.

—¿Para que pudiera agarrarme algún otro? No, gracias.

Wyatt sintió una tensión nueva.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No lo sé, pero no pensaba quedarme a descubrirlo. Por favor, no me digas que ése era tu coche.

Wyatt hizo una mueca y cerró la puerta contra la lluvia y el viento.

—Vale, no te lo diré.

Ella murmuró algo entre dientes.

—Con suerte, se lo tragaré uno de los baches gigantes del camino —dijo él.

—Esperemos que no. No quiero que vuelva.

Wyatt buscó su radio, y sintió los daños con la mano antes incluso

de sacarla. La linterna mostró un agujero redondo en la gabardina gruesa, a la altura de la cadera. Recordó que había sentido el impacto pero no el dolor. Y seguía sin sentirlo. Podía deberse al shock y la adrenalina, pero... Levantó la radio para examinarla mejor.

—¡Wyatt, te ha pegado un tiro!

—Le ha dado a la radio.

Volvió la gabardina para examinar el agujero de salida. Había tenido la suerte increíble de que la bala atravesara el bolsillo y la radio sin darle a él. La radio estaba destrozada.

—Por lo menos no ha sido tu cadera —dijo ella con aspereza.

—Sí. ¿Dónde está el teléfono?

—Ya lo he intentado. No hay línea.

Wyatt había olvidado que el teléfono estaba desconectado.

—¿Y tu móvil? —preguntó ella.

—Lo dejé en el coche.

—Eso no nos servirá de mucho.

—¿Y el tuyo?

—Está en mi bolso, pero también se lo ha llevado, así que supongo que ahora estará en tu coche.

Wyatt lanzó un juramento.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—No podemos hacer otra cosa que esperar y confiar en que cuando he llamado antes por radio hayan captado dónde estoy.

La casa tembló debido al ruido de otro trueno. Wyatt miró a su alrededor y bajó la voz.

—¿Hay alguna posibilidad de que haya alguien más aquí?

—¿Cómo voy a saberlo? Podría haber una banda completa, pero yo sólo lo he visto a él.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi casa, ¿no?

—Ya sabes a lo que me refiero. Tenías que haberte ido con RJ.

—No quería, estaba cansada. No he dormido mucho y necesitaba una siesta.

—¿Has dormido una siesta?

Ella levantó la cabeza en un gesto de desafío.

—No sabía que iba contra la ley.

—Sabías que la casa estaba prohibida hasta que concluyera la investigación.

—RJ dijo que estabais acabando. Podía haberte pedido permiso, pero no estabas a la vista cuando subí las escaleras.

—¿Me buscaste mucho?

Ella puso los brazos en jarras.

—No.

Wyatt lanzó otro juramento. Alguien tendría que pagar por aquello. No sabía quién debería haber registrado la casa antes de marcharse, pero lo averiguaría.

—¿No nos oíste irnos?

—Lo siento. Ya te he dicho que estaba cansada. Cuando me he despertado, era de noche, había tormenta y alguien recorría la casa.

—¿Quién era, Leigh?

—No me ha dicho su nombre.

Ella apartó la vista. Parecía nerviosa y daba la impresión de que ocultaba algo.

—¿Era Jacob?

## Capítulo 5

Alexis miró a Wyatt sin comprender. ¿Quién era Jacob? Por la expresión de él, era alguien a quien Leigh conocía y que a Wyatt no le gustaba. Jamás conseguiría retener tantos nombres.

—La que ha disparado no era Eden —dijo él—, pero ese hombre estaba en el cuarto de Eden cuando he llegado.

—Estaba registrando todas las habitaciones en mi busca.

—¿Cómo lo sabes si no sabes quién era?

—Porque me he escondido debajo de la cama y le he escuchado. No registraba cajones ni cosas de éstas, miraba en los armarios y en los rincones.

—¿Y te has escondido debajo de la cama?

—Sí. Había tirado el bolso allí sin querer y estaba intentando sacarlo cuando me he dado cuenta de que alguien entraba en el cuarto.

Wyatt achicó los ojos.

—¿Y cómo se ha apoderado de tu bolso?

—He olvidado llevármelo conmigo cuando me he trasladado al armario —ella se encogió de hombros—. Ha vuelto más tarde a mirar debajo de la cama.

—¿Estás bien? —preguntó él con más gentileza.

—Sí. No me ha tocado.

La expresión de él se suavizó. Le puso una mano en la mejilla.

—Estás temblando —musitó. Se apartó—. Tenías polvo en la cara —explicó.

—La doncella ha olvidado limpiar debajo de la cama —musitó ella.

—No creo que la limpieza estuviera entre sus prioridades en los últimos tiempos. Tenemos que salir de este vestíbulo.

—De acuerdo.

Un golpe sordo se filtró a través de las escaleras. Ella levantó la vista asustada.

—Espera aquí —susurró él.

Apagó la linterna.

—¡No! —musitó ella, con fiereza. Intentó tocarle el brazo, pero sus dedos resbalaron en la gabardina mojada—. No puedes subir ahí.

—Tengo que hacerlo.

—Entonces iremos los dos, pero que conste que es una estupidez. Y no se te ocurra decirme que espere aquí.

Percibía que él quería discutir, pero entonces se repitió el ruido arriba.

—Ponte detrás de mí —susurró él. Dejó la radio rota en el escalón—. No hagas ruido y haz en todo momento lo que te diga.

Se quitó la gorra y la gabardina, que dejó también en los escalones. Le tendió a ella la pesada linterna, sacó la pistola y empezó a subir. Alexis lo siguió despacio, para no entorpecerlo. En cuanto llegó al rellano, Wyatt le hizo un gesto de que esperara. Ella se pegó a la pared y se esforzó por escuchar.

Ahora se oía un sonido continuado, y el ruido de la tormenta se había hecho también más intenso. Wyatt desapareció por un recodo y ella avanzó hasta el borde. Apenas podía distinguir su camisa clara, hasta que un relámpago iluminó el pasillo oscuro con un resplandor momentáneo.

Wyatt se detuvo en la puerta del dormitorio que había usado antes ella. Alexis ya no podía verlo; debía estar dentro de la habitación; quería correr tras él, pero se esforzó por esperar. Wyatt volvió con rapidez, con una linterna minúscula en la mano y le hizo gestos de que se acercara.

—Ha entrado una rama por la ventana —susurró.

Alexis asintió.

—Lo sé. Yo estaba de pie delante de la ventana un segundo antes de que cayera.

El la tomó del brazo, tiró de ella al interior y cerró la puerta. Alexis contuvo la respiración al ver los daños. Ramas largas y delgadas surgían de otra más gruesa y alcanzaban una distancia sorprendente

en el interior de la estancia. Las hojas goteantes se agitaban de modo grotesco, como tentáculos. La lluvia entraba por el agujero y el viento agitaba como un fantasma las cortinas enredadas. Trozos de cristal brillaban a la luz de la linterna y yacían esparcidos por la alfombra casi hasta la puerta.

—¿Tú estabas ahí de pie? —preguntó Wyatt con voz ronca.

Alexis asintió con la cabeza. No quería pensar en lo que habría ocurrido si no hubiera tenido la corazonada de moverse. La lámpara y el teléfono habían sido arrojados fuera de la mesilla. El ruido de una rama gruesa en su superficie era parte del sonido que habían oído. Venas de relámpagos iluminaron el cielo, pero el trueno resultante sonó curiosamente apagado.

Alexis intentó no estremecerse al pensar en lo cerca que había estado de que la aplastara la rama. Wyatt cruzó la estancia e intentó moverla, pero no lo consiguió.

—Olvidalo, necesitamos una sierra mecánica —él retrocedió hasta donde estaba ella—. Podía haberte matado —dijo con rabia.

—Dime algo que no sepa.

El lanzó un juramento.

—Eso mismo he dicho yo —musitó ella.

Wyatt movió la cabeza.

—Eres asombrosa, ¿sabes? He trabajado con policías entrenados que no mostrarían tanta calma en esta situación.

—¿Crees que estoy tranquila? Te aseguro que tiemblo más que esas ramas.

Wyatt abrió los brazos y ella se echó en ellos como si lo hubiera hecho más de cien veces. La camisa de él estaba mojada por la rama, pero no le importó. Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó los latidos de su corazón sin dejar de temblar de pies a cabeza.

Alexis había abrazado a otros hombres, pero nunca se había sentido tan a gusto con ninguno. Él le acarició la espalda y ella deseó poder quedarse así para siempre.

Sonó un trueno y él la soltó. La joven se apartó y se dijo que no debía ser tonta. Aquél no era el momento ideal para los pensamientos que se le ocurrían.

Se quedaron un rato mirándose. Y ella volvió a sentir una conexión con Wyatt que no tenía nada que ver con la atracción física.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por venir en mi rescate.

—Sí, he hecho un gran trabajo, ¿verdad? —se burló él—. ¿O has olvidado que estamos atrapados aquí?

—Por lo menos no estoy sola.

La vulnerabilidad de sus palabras lo afectaba más de lo que quería admitir. Wyatt no deseaba sentir aquella atracción, pero un momento atrás había estado a punto de besarla en la boca y tuvo que recordar que Gavin tenía prioridad, pero cada vez le costaba más contenerse.

—Tenemos que salir de aquí —dijo con brusquedad.

—De acuerdo, pero a mí no me gusta mucho andar bajo la lluvia.

—¿Hay más coches fuera en el garaje?

Ella movió la cabeza.

—No lo sé, pero aunque los haya, no tendríamos las llaves.

—Eso no será un problema —él se enderezó—. Nuestro amiguito de la pistola no ha podido llegar aquí andando.

Ella abrió mucho los ojos.

—Habrá venido en coche. Eso significa que volverá, ¿verdad?

Wyatt asintió.

—No querrá dejar su coche. Supongo que lo habrá aparcado en los graneros donde trabajaba Bram cuando estaba haciendo la verja.

Al ver la expresión ansiosa de ella, le tocó el hombro.

—No volverá a entrar aquí.

—¿Por qué no? Sabe que estamos atrapados aquí. Hasta le hemos dejado la puerta abierta.

Leigh tenía razón. El intruso tenía dos medios de entrar si le apetecía. Y era seguro que volvería por su coche.

—¿Qué es lo que quiere, Leigh?

—¿Y yo qué sé? No sé lo que hacía aquí.

Wyatt pensó que, si atajaba por el bosque, podría interceptarlo.

—¡No! —ella lo agarró del brazo.

El la miró sorprendido.

—No vayas detrás de él; va armado.

—Yo también —le recordó él.

—No vayas —repitió ella con firmeza—. ¿Qué voy a hacer yo mientras tanto? ¿Y si viene por otro camino? ¿Y si no está solo? ¿Y si hay alguien más en la casa?

Una vez más, tenía razón. No podía dejarla allí y era demasiado arriesgado llevarla con él.

—Es una pena que Heartskeep no tenga un cuarto seguro.

La pequeña linterna tipo bolígrafo no daba mucha luz, pero vio cómo cambiaba la expresión de ella.

—Puede que lo tenga —dijo Leigh, vacilante.

—¿A qué te refieres?

—Se supone que hay una habitación oculta detrás del armario del dormitorio cercano a la zona de trabajo.

A él se le encogió el estómago.

—¿Se supone?

—No la he visto, pero me han hablado de ella.

—¿Quién?

—¿Y eso qué importa?

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

La joven levantó la barbilla.

—Te lo digo ahora.

—¿No creías que a la policía le interesaría ver esa habitación cuando registraba la casa?

Vio que Leigh vacilaba y comprendió que no confiaba en la policía ni en él. Aquello le dolió más de lo que hubiera sido razonable.

—No importa. Ya hablaremos más tarde del delito de ocultar información.

—Buena idea.

—¿Por eso has vuelto hoy aquí? —preguntó él con frustración—. ¿Para asegurarte de que no encontrábamos esa habitación?

—No.

Su respuesta parecía sincera. El siguiente relámpago iluminó sus rasgos; estaba a la defensiva.

—¿Qué hay allí, Leigh? —preguntó con más gentileza.

—No tengo ni idea, ya te lo he dicho. Yo no la he visto, sólo me he enterado hace poco.

—¿Cómo de poco?

Ella puso los brazos en jarras y lo miró de hito en hito.

—¿Nos vamos a quedar aquí discutiendo o quieres ver si mi información es correcta?

Wyatt procuró reprimir su rabia. Si había una habitación oculta, podía dejarla allí, sabiendo que estaría a salvo mientras él buscaba el modo de sacarla de la casa.

—Iremos por el pasillo de atrás —dijo—. Quédate detrás de mí.

—Seré tu sombra —prometió ella—. ¿Quieres tu linterna?

—No, necesito las manos libres. Llévala tú, pero no la enciendas; no quiero llamar la atención de nadie. Conozco esto lo bastante bien para encontrar el cuarto de Jacob. Y si no, puedes guiarme tú.

Alexis se estremeció. Mencionar el cuarto secreto había sido un riesgo. Ni siquiera estaba segura de haber entendido bien a RJ. Además, en el caso de que existiera, no sabía si podrían abrirlo. Pero la alternativa era jugar al ratón y al gato con alguien que tenía una pistola y no le importaba usarla. Y a Alexis no le gustaba el papel de ratón.

Siguió a Wyatt por el pasillo y cuando él se detuvo, tropezó con su espalda. El se volvió y le tapó la boca con la palma de la mano. Se inclinó a susurrarle al oído.

—Cuando yo te lo diga, cruza sin hacer ruido.

¿Cruzar el qué?

El se asomó por el borde de una esquina invisible y le hizo señas de que pasara delante. Alexis pasó corriendo, se detuvo unos pasos más allá y extendió la mano hasta sentir la seguridad de la pared a su izquierda. Wyatt se reunió con ella, le tomó la mano y tiró de ella a través de otro pasillo.

—La puerta de la galería estaba abierta —le dijo al oído—. Y cuando yo he subido estaba cerrada. No hagas ningún ruido.

Alexis sintió un escalofrío en la columna. El la soltó y empezó a moverse de nuevo. Ella lo siguió temblorosa.

La casa estaba en silencio. Si había alguien más allí, no hacía

ningún ruido que pudiera ayudarlos a averiguar su posición.

En cuanto Wyatt tocó el marco de la puerta, dejó de moverse. Leigh permaneció silenciosa detrás de él. La puerta estaba cerrada. Wyatt tomó el brazo de ella y lo apretó en señal de advertencia. Ella le puso la otra mano en la suya para indicarle que comprendía.

Wyatt le susurró al oído que esperara y le quitó la linterna. No había motivos para sospechar que hubiera nadie dentro del cuarto, pero no pensaba correr el riesgo.

El picaporte giró casi en silencio. Wyatt lanzó el potente rayo de la linterna por delante en cuanto abrió la puerta. No se movió nada, pero entró con cautela. La habitación, el cuarto de baño y el armario estaban vacíos. Hasta se molestó en mirar debajo de la cama.

Hizo señas a Leigh de que entrara y ella cerró la puerta despacio. En la cómoda había otra linterna. Wyatt se la pasó a ella.

—Enséñame —dijo en voz baja.

Ella movió la cabeza.

—No sé si puedo. Sólo sé que tienes que acceder pasando las manos por los paneles hasta que encuentras un hueco.

Wyatt frunció el ceño. Si había una puerta oculta en los paneles de cedro, alguien se había tomado muchas molestias por ocultarla bien.

Leigh avanzó hasta la esquina derecha de la pared de atrás y empezó a pasar la mano por los paneles. Después de un segundo, Wyatt se agachó debajo de la ropa e hizo lo mismo con el otro lado, con cuidado de no mover las perchas. Juntos empezaron a avanzar hacia el centro del armario.

A la izquierda del centro, él respiró con fuerza al tocar una depresión con los dedos.

—¿Lo has encontrado? —preguntó ella.

La pared respondió por él. Hubo un ruido apenas discernible, pero una sección entera de pared se hundió de pronto unos cuantos centímetros y se abrió hacia un lado.

—¡Oh!

La exclamación de ella confirmaba sus palabras de que no había visto antes aquella estancia. Wyatt la iluminó con la linterna. Había una mesa vacía, un archivador metálico, una silla plegable y una

lámpara.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

La joven negó con la cabeza.

El dedicó un momento a estudiar las marcas en el polvo del suelo. No eran, ni mucho menos, los primeros en encontrar la habitación.

—¿Quién más sabe lo de este cuarto? —No estoy segura. RJ.

—¿RJ lo sabe?

Huellas de patas de perro en el suelo así lo confirmaban. Wyatt casi podía entender la renuencia de Leigh a hablarle de la habitación, ¿pero por qué no se lo había dicho RJ, que era su amigo? Se sentía traicionado.

—La descubrió él —dijo Leigh, como si le leyera el pensamiento.

Señaló la pared opuesta, donde habían rellenado un agujero desde el otro lado.

—Le pidieron que no dijera nada.

—¿Y eso tiene que apaciguarme? —preguntó él con amargura.

—Lo siento —dijo ella—. Se me ha acabado la carne cruda.

Sus palabras sí lo apaciguaron un tanto. Si se sentía dolido, mala suerte, pero tenía un trabajo que hacer y lo mejor sería que se concentrara en él. Volvió su atención al cuarto. RJ no sólo había cerrado un agujero al otro lado, sino que había clavado una tabla en el principio de la pared para que no se pudiera abrir la puerta del otro lado.

—Necesito saber quién más sabe lo de esta habitación —dijo Wyatt—. ¿Hayley?

Leigh vaciló, pero asintió con la cabeza.

—Eso significa que Bram y Gavin también lo saben.

Leigh no contestó. Wyatt procuró controlar sus emociones. Por eso no contestaba Gavin a sus llamadas.

—¿Qué habéis hecho con el ordenador? —preguntó con cansancio.

Leigh la miró confusa. Él señaló las líneas en el polvo de la mesa.

—No sé nada de un ordenador —dijo ella.

Wyatt la creyó.

—¿No deberíamos entrar y cerrar la puerta? —preguntó la joven.

—Dame un minuto.

Wyatt estudió el mecanismo hasta que estuvo seguro de que podría volver a salir. Sólo entonces le hizo señas de que entrara y la siguió al cuarto, que cerró a continuación.

—Hay que admitir que es muy inteligente —dijo ella con nerviosismo.

—Muy ingenioso —asintió él—. Y no es reciente. Seguro que esta habitación se construyó al mismo tiempo que la casa.

—Me pregunto por qué.

—Seguramente para guardar cosas de valor —él vaciló—. Leigh, ¿hay alguna posibilidad de que Jacob conozca esto?

Alexis lo miró a los ojos y comprendió que, a pesar de su tono tranquilo, estaba enfadado con ella. No podía culparlo. No entendía por qué Leigh no le había hablado de aquello.

—No lo sé.

—¿Tiene una pistola?

—No lo sé.

—Oye, Gavin me dijo que Hayley y tú sentís debilidad por Jacob. Y lo comprendo. Los tres os criasteis juntos. Pero tienes que intentar ser imparcial. ¿Crees que es coincidencia que Jacob desapareciera al mismo tiempo que su madre? Y hay varias cosas que llaman la atención sobre él.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, tiene un coche muy caro.

Ella se encogió de hombros.

—¿Eso es un delito?

—Depende de cómo lo haya pagado. A Gavin y a ti os dijo que trabajaba para Via—Tek, una empresa de Nueva York, pero no hemos podido confirmarlo. Y puesto que tú me dijiste que él y tú sois los informáticos de la casa, él pudo crear las facturas falsas que presentaba Marcus a Ira Rosencroft.

¿Leigh era informática? Alexis confió en que nadie le pidiera que lo demostrara.

—¿Y por qué iba a hacer eso Jacob? —preguntó.

—¿Para ayudar a su madre? ¿Por una parte del dinero? Piénsalo. Sabemos que faltan al menos seiscientos mil dólares.

Alexis sintió que el corazón se le bajaba a los tobillos. Pensó en el dinero del maletín. No sabía cuánto había, pero era mucho, y era un dinero que no podía explicar.

—Y piensa en las notas de chantaje que encontraste —siguió él—. ¿Quién estaba en mejor posición para organizar algo así? Jacob pasaba mucho tiempo en Heartskeep, ¿no?

—Supongo que sí —dijo ella de mala gana, con la esperanza de que fuera cierto.

Wyatt asintió con la cabeza.

—Tenía acceso a todo tipo de información. Y antes de que te pongas a la defensiva, yo no he dicho que Jacob tuviera nada que ver con lo que le ocurrió a tu madre hace siete años...

Alexis inhaló con fuerza. ¿Cómo podía saber él que su madre había muerto siete años atrás?

—Pero supongamos que Jacob o Eden chantajeaban a Marcus. Sabían que él no heredaría nada y que, una vez que declararan legalmente muerta a tu madre, se acabaría el chollo.

¿La madre de Leigh también había muerto siete años atrás? La coincidencia hizo suspirar a Alexis. ¿Pero no acababan de encontrar su cuerpo? Ella pensaba que su muerte había sido reciente.

Jacob, solo o con su madre, pudo intentar conseguir tanto dinero como le resultara posible. Eso explicaría por qué tenían tanta prisa por sacar todas las pertenencias de Marcus de la casa. No querían arriesgarse a que nadie encontrara pruebas que pudieran incriminarlos, como esas notas.

Alexis se sentía enferma. ¿Qué clase de familia era aquélla?

Wyatt debió ver su consternación, porque tendió una mano y le tocó el brazo.

—Lo siento, pero tienes que comprender que puede haber sido Jacob el que nos disparara esta noche.

Alexis suspiró. Como no sabía qué decir, optó por guardar silencio. Sus ojos se posaron en el archivador.

—Parece que han sacado carpetas de ahí — dijo.

Cerró el cajón superior y abrió el de abajo. Se abrió sólo un poco y se quedó atascado.

—Hay algo atrapado ahí —se agachó e intentó meter la mano para liberar la obstrucción—. Algún papel, supongo.

Wyatt la observó intentar abrir el cajón. No estaba tan tranquila como quería dar a entender. Le temblaban las manos. ¿Qué era lo que intentaba ocultar y por qué?

Mejor aún, ¿a quién trataba de proteger? Wyatt apretó los dientes. La única respuesta que se le ocurría era Jacob.

—¿Te vas a quedar ahí viendo cómo me rompo todas las uñas o me vas a ayudar? —preguntó ella.

—Antes o después tendrás que contarme lo que ocultas —suspiró él.

Alexis se puso tensa y dejó de moverse. Wyatt procuró ignorar su frustración, se acuclilló y la empujó a un lado.

—Déjame echar un vistazo.

Consiguió introducir parte de la mano y tocar una carpeta gruesa, enganchada en la parte de arriba. Tras un minuto de esfuerzo, comprendió que iba a necesitar alguna herramienta para liberar la obstrucción.

—Necesito algo para sujetarla abajo —dijo.

Se levantó, abrió la puerta del armario y escuchó un momento. El único sonido que oyó fue el golpeteo de la lluvia contra las ventanas del dormitorio. Retiró una percha, volvió a entrar y cerró la puerta.

—La tormenta está parando —dijo. Desenroscó la parte metálica de la percha y volvió al cajón. Después de varios intentos, Alexis se colocó en el otro lado y ayudó a sujetar los papeles con la mano. Wyatt consiguió al fin empujar la carpeta hacia abajo lo suficiente para abrir el cajón, pero la carpeta se rompió en el proceso y algunos papeles se rasgaron y arrugaron. Los demás se esparcieron por el suelo polvoriento en cuanto sacó la carpeta.

—Por lo menos has abierto el cajón —le dijo ella con una sonrisa.

Tendió la mano hacia el papel más cercano y empezó a alisarlo con dedos largos y llenos de gracia.

Wyatt se disponía a volver a guardar los papeles en la carpeta rota cuando el logotipo de uno de ellos le llamó la atención.

—No me extraña que alguien los escondiera —murmuró.

Alexis levantó la vista.

—¿Qué has encontrado?

El le pasó la hoja de papel.

—Una nota escrita a mano a tu padre en papel de la Clínica Marbury. Y parece que la escribió Jackson Marbury en persona.

Leigh se acercó más y añadió su linterna a la de él. Wyatt intentó no fijarse en su olor y apartar su atención del pelo sedoso que caía sobre la nota.

La escritura era difícil de leer y ella levantó la cabeza.

—No entiendo.

—Me parece que tu padre no sólo conocía a Jackson Marbury en persona, sino que estaba mezclado en las actividades ilegales de la clínica.

Ella lo miró sin comprender.

—Perdona, ¿puedes explicármelo mejor?

—Hace diez años, el doctor Jackson Marbury y su clínica de fecundación salieron en los periódicos porque implantaban a las mujeres óvulos fecundados que no eran de ellas. ¿No lo recuerdas?

—Wyatt, hace diez años, yo tenía catorce. Recuerdo vagamente el escándalo, pero... —se encogió de hombros.

—Jackson Marbury era ginecólogo. Hizo mucho dinero cobrando precios escandalosos por ayudar a concebir a mujeres.

—¿Y qué?

—Que garantizaba el éxito a todos sus pacientes. Mujeres a las que les habían dicho que eran infértiles acudían a su clínica. Las que aceptaban tomaban los placebos que les daba, seguían sus instrucciones al pie de la letra y se quedaban embarazadas.

—Eso no me parece mal.

—Ajá. Todo el mundo estaba contento hasta que un marido descubrió que su esposa tenía una aventura y puso en duda la paternidad de su hijo.

—Y resultó que no era el padre.

—No. Resultó que sí era el padre, pero su esposa no era la madre.

—¿Qué dices?

—Marbury había fecundado el óvulo de otra mujer con la semilla

del esposo y lo había implantado sin decirle a la esposa que el óvulo no era suyo. Entonces se descubrió el pastel. La mayoría de las mujeres que pasaban por la clínica eran infértiles como les habían dicho y el doctor compraba óvulos de fuentes no identificadas y se los implantaba.

Leigh lanzó un grito apagado.

—Sí. Por desgracia, Marbury se enteró de la investigación policial con tiempo para destruir casi todos sus archivos. Las autoridades consiguieron procesarlo, pero no descubrieron quién le suministraba los óvulos. El ADN de los niños nacidos de sus pacientes no encajaba con el de las madres ni con el de ninguna otra mujer de sus archivos. Las autoridades carecían de pruebas para procesar a nadie más.

Wyatt miró de nuevo la nota que tenía en la mano.

—Si he leído esto correctamente, tu padre era uno de los doctores que le vendían óvulos fértiles. Y teniendo en cuenta lo que sabemos de Marcus, no voy a decir que me sorprenda.

—¡Es horrible!

—La lástima es que se destruyeron muchos archivos de Marcus en el incendio. Quizá no sepamos nunca a cuántas de sus pacientes engañó, a menos que podamos recuperar información de los ordenadores dañados.

Leigh lo miró horrorizada.

—¿Quieres decir que sus pacientes pueden tener hijos de los que no saben nada?

—Eso parece —él miró el archivador—. ¿Asumo que estos papeles pertenecían a tu abuelo?

—No lo sé. El se lo habría dicho a alguien, ¿no?

Wyatt la miró de soslayo.

—Quizá intentaba proteger a tu madre.

—¡Oh, Dios mío! Marcus pudo robarle óvulos a mi madre, ¿verdad? —susurró—. Yo podría tener hermanos de los que no sé nada.

## Capítulo 6

—Los doctores generalmente no tratan a los miembros de su familia, Leigh.

—Su nombre estaba en mi partida de nacimiento —contestó ella.

Según la partida de nacimiento que había encontrado en el sobre que le diera su padre, Lois Ryder había dado a luz en casa, atendida por el doctor Marcus Thomas. ¡Y además era su padre biológico! Alexis se sentía horrorizada. Cuantas más cosas descubría de su familia, más sentía no ser hija de sus padres adoptivos.

Wyatt hizo una mueca.

—Supongo que eso explica la renuencia de tu abuelo a dar esa información. Esto hará que le salgan canas a Gavin.

—¿A Gavin?

—Es el administrador de la propiedad de tu abuelo —le recordó él—. Si hay más herederos en potencia por ahí, su trabajo se complicará mucho.

Alexis sintió náuseas. ¿Qué haría Gavin cuando descubriera que una de esas herederas estaba sentada allí?

—Veamos qué otras cosas guardaba tu abuelo —siguió Wyatt.

Ella le mostró el papel que acababa de mirar.

—Es una copia de la partida de nacimiento de Jacob Voxx. ¿Por qué está aquí?

—No tengo ni idea, pero seguro que hay un motivo —él tomó otro documento de aspecto oficial—. Esto es un certificado de divorcio entre Eden Voxx y...

Levantó la vista con expresión atónita.

—No puedo creerlo. De verdad que no puedo creerlo. ¿Quién aparece como padre de Jacob en la partida de nacimiento?

Ella acercó la linterna al papel.

—Silva... o algo parecido.

—V —dijo él—. Mario Silva.

Agitó la copia del certificado de divorcio.

—Puede que no sea el mismo, pero, tal y como va todo, tiene que serlo. Mario Silva y otros tres presidiarios escaparon hace dos semanas durante el traslado a otra cárcel.

A Alexis se le encogió el estómago.

—Esto cambia las cosas —dijo él—. La desaparición repentina de Eden podría tener otro motivo.

—Pero tú dijiste que había huido cuando descubrieron el cuerpo.

—Una cosa no descarta la otra. Me pregunto dónde estaba Silva hace siete años. A la policía estatal no le va a gustar nada no haber visto este cuarto.

Alexis lo tomó del brazo.

—¿Tienes que decírselo? ¿No puedes decirles que hemos encontrado estas carpetas en otro sitio?

Wyatt se quedó inmóvil. Ella le soltó el brazo, pero lo miró con ojos suplicantes.

—¿Cuál es el problema, Leigh? —preguntó él. Alexis apartó la vista.

—¿Cuál no lo es? Todo mi mundo se desintegra a mi alrededor. Nadie es lo que parece. Alguien me persigue...

—Sí. Yo también he pensado en eso. ¿Por qué te persigue alguien de nuevo?

—¿De nuevo? —preguntó ella.

—Nolan Ducort —dijo él—. Juraba que tú estabas presente en el hipódromo cuando mató a Martin Pepperton.

Alexis se estremeció. No sabía quiénes eran Nolan Ducort ni Martin Pepperton, pero sí había ido al hipódromo de Saratoga dos semanas atrás con Linda, su compañera de piso, y Seth, el primo de ésta. Seth, que era veterinario, había entrado a trabajar en una clínica cuyo mejor cliente eran las Granjas Pepperton y las había llevado aquella mañana al hipódromo para impresionar a Alexis.

Sintió carne de gallina en los brazos. Había ido al baño y, a la vuelta, se había perdido y había pasado de un establo a otro en busca

de en el que la esperaban Seth y Linda.

Nolan Ducort no había visto a Leigh, sino a ella.

Pero ella no había presenciado ningún asesinato; apenas si había mirado en el interior de los establos por los que pasaba.

En uno de ellos, un caballo relinchaba y golpeaba las paredes, pero el establo estaba oscuro y casi vacío. Había una persona en el extremo más alejado, pero no le había visto la cara.

¿Y su hermana había estado a punto de morir por un caso de confusión de identidad? Cerró los ojos.

—Esto es como una farsa sin humor —dijo.

—¿El qué? —preguntó Wyatt.

Alexis abrió los ojos.

—Mi vida. No sé si te has dado cuenta, pero cada vez se me va más de las manos. Si me disculpas, creo que me voy a retirar al rincón a tener un ataque de histeria.

—Estás temblando.

—Me pasa mucho últimamente. ¿Hay alguna posibilidad de que sea Ducort el que ha disparado?

La expresión confusa de él le indicó que había metido la pata.

—Ducort está paralizado —dijo Wyatt con el ceño fruncido. Se rompió la columna al caer de la galería, ¿recuerdas?

Alexis se estremeció e intentó cubrir su error.

—¿Están seguros? ¿No puede estar fingiendo?

Los ojos expresivos de él la miraron recelosos.

—Puede tener amigos —se apresuró a añadir ella.

Pero Wyatt seguía observándola.

—Tú sabes que no. ¿Decía la verdad? ¿Estabas tú allí, Leigh?

La joven no podía mirarlo. No quería mentir, pero tenía miedo de decirle la verdad. Se pasó las manos por el pelo, deseando que hubiera un modo de salir de aquel agujero.

—¿Me creerías si te dijera que no?

—Ya te lo he dicho. Yo no soy tu enemigo. Dime lo que ocurre.

—No lo sé —sentía tanto frío que no podía dejar de temblar—. Es la verdad, Wyatt. Yo no vi asesinar a nadie y no sé quién hay en la casa. Tú sabes más que yo. Yo no tengo respuestas, sólo preguntas.

—Está bien —dijo él con gentileza—. Tranquilízate.

—Claro. Para ti es fácil decirlo. Supongo que te disparan continuamente.

—Curiosamente, me han disparado más veces aquí que cuando trabajaba en la ciudad —repuso él.

—¿Fuiste policía en Nueva York?

—En Danbury, Connecticut —corrigió él.

Empezó a reunir los papeles esparcidos.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—Me invitó mi tío porque tenía un puesto libre. Yo había estudiado derecho y criminología en la universidad y tengo más preparación que la mayoría de sus hombres. Lo curioso es que no entiendo por qué pensó que podía serle útil en un pueblo tranquilo como Stony Ridge.

—¿Por qué viniste aquí si creías que tendrías poco que hacer?

—En su momento me pareció buena idea — repuso él—. Tengo dos hermanas que intentaban emparejarme con todas sus amigas solteras. Y tienen muchas amigas —añadió con una sonrisa—. Supuse que Stony Ridge estaba lo bastante lejos para darme un respiro.

Alexis descubrió que todavía podía sonreír.

—¡Pobrecito! Hordas de mujeres persiguiendo tu cuerpo, ¿eh? Debía de ser muy duro.

—Adelante, riéte. Pero se necesitaban habilidad y diplomacia para escapar de esas trampas femeninas.

—Sí, ya lo imagino —Alexis se disponía a pasarle varios papeles, pero cuando sus manos se rozaron, los dejó caer al suelo.

—Perdona. Esta noche estoy muy torpe.

Wyatt dejó la carpeta en el suelo y la miró con ternura.

—Todo irá bien, Leigh.

—¿Sí?

El le pasó un brazo por los hombros.

—Sí.

Alexis se dejó apoyar la cabeza en el hombro de él y cerró los ojos. Por unos minutos se permitió el lujo de dejarse abrazar por él. ¡Si las

cosas hubieran sido diferentes! Pero no lo eran y no podía permitirse relajarse.

Abrió los ojos y se apartó. Wyatt se inclinó sobre ella. ¡Iba a besarla! Y ella lo deseaba. Levantó el rostro anticipando el beso y la puerta oculta empezó a moverse de pronto.

Wyatt se levantó de un salto y buscó la pistola. Alexis se colocó en el lado más alejado de la puerta, fuera de la línea de fuego.

—¿Wyatt? ¿Leigh? ¿Estáis ahí?

—¡RJ!

Wyatt bajó la pistola. La luz de una linterna le dio en la cara.

—Sí, ya veo que estáis.

Apartó la luz y Lucky entró en el cuarto moviendo la cola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Wyatt.

—Después de hablar contigo, empecé a preocuparme y al final he decidido venir a ver si todo estaba bien. He visto a Jezzy debajo de un árbol en la carretera y me he asustado.

—¿Debajo de un árbol? —preguntó Alexis.

—¿Has pedido ayuda? —inquirió Wyatt—. No deberías haber venido aquí.

—He intentado llamar, pero hay muchos postes y árboles caídos. Alguien ha visto un tornado cerca del pueblo. No tienes ni idea de lo mal que está la situación ahí fuera.

—Aquí dentro tampoco ha sido una fiesta —repuso Wyatt con voz sombría.

Los hombres intercambiaron una mirada.

—He visto tu gabardina y la radio —dijo RJ—. Y supongo que sabes que ha caído un arce en un lateral de la casa. ¿Estáis herido alguno?

—No.

Alexis acarició la cabeza grande de Lucky, que se retorció de placer.

—¿Os llevo a algún sitio? —preguntó RJ.

—Puede que haya un hombre armado en la casa —le dijo Wyatt.

—No lo creo. Lucky y yo la hemos registrado entera en vuestra busca. Y parece creer que la casa está vacía.

Wyatt miró al perro.

—¿Estás dispuesto a apostar tu vida? —preguntó a RJ.

—Acabo de hacerlo.

Wyatt asintió.

—¿Jezzy está muy mal?

—Digamos que va a hacer feliz al mecánico... suponiendo que pueda repararse.

Wyatt lanzó un juramento y se inclinó para levantar la carpeta y los papeles del suelo.

—Vámonos de aquí.

—¿Y las demás carpetas? —preguntó la joven.

—Volveré mañana.

Lucky los precedió hasta la escalera principal con aire despreocupado, pero Alexis notó que Wyatt, no guardó la pistola hasta que estuvieron amontonados en la cabina de la camioneta de RJ.

—Por si te interesa, en casa de George y Emily no hay nadie, pero yo tengo llave —dijo RJ.

—No —repuso Wyatt—. No me gusta pedirte que vayas hasta el pueblo...

—No se puede —repuso el otro—. Tendría que ir hasta la autopista e intentar llegar desde el este, y no sé si se podría. El riachuelo ha cubierto la carretera. Mi casa no está lejos. Si no queréis ir a la de los Walken, podéis quedaros allí.

Wyatt frunció el ceño.

—¿Seguro que no te importa?

—Si no os importa a vosotros, no. Pero os advierto que los únicos muebles que tengo son las cosas que me dio Emily de su desván.

—Acabamos de pasar horas sentados en un suelo polvoriento —intervino Alexis—. Yo me conformo con que tengas sillas.

—Yo también. Pero procura asegurarte de que no nos siguen —dijo Wyatt.

—Está bien.

Todos guardaron silencio un rato. La lluvia golpeaba la camioneta, obligando a RJ a concentrarse en conducir.

—Este camino está aún peor que el de Heartskeep —protestó

Wyatt cuando se acercaban ya a su destino.

—No, es más corto. Ése es el problema de ser constructor. Cuando el tiempo está lo bastante bueno para hacer algo aquí, estoy ocupado haciendo trabajo pagado. Me gasté todos mis ahorros en comprar esto, pero no podía dejar pasar la ganga.

Alexis miró el porche iluminado por los faros, la pintura caída a trozos y las ventanas viejas de la granja.

—Ya sé que no parece gran cosa, pero quedará de miedo cuando esté arreglada.

—A mí me gusta —dijo ella con sinceridad—. Parece cálida y acogedora.

—Y a punto de derrumbarse —añadió Wyatt.

—¡Ja! Esto aguantará aún mucho tiempo. Cuando subáis los escalones del porche, hacedlo por la izquierda. Hay un tablón suelto que tengo que arreglar. Adelante, salid de la lluvia; yo voy a revisar el generador.

A Alexis le escandalizó descubrir que RJ ni siquiera había cerrado la puerta. Lucky echó a correr tras su dueño y ella siguió a Wyatt al interior de la casa.

—¿Te parece bien? —preguntó él.

—Claro que sí. A nadie se le ocurrirá buscarnos aquí.

—Seguramente no podrían encontrarlo aunque quisieran.

Ella le sonrió y todo cambió. Su cuerpo respondió al deseo que leía en el rostro de él. Wyatt le acarició la mejilla con suavidad. Alexis levantó la cabeza y él bajó la suya. Se abrió la puerta de atrás y Lucky entró dando saltos.

Se apartaron con aire culpable. Si RJ notó algo, no dio muestras de ello. Encendió una lámpara. Los muebles de la sala, bastante grande, consistían en un sofá, un sillón a juego y una televisión pequeña colocada en un montón de ladrillos.

—Lo siento, no esperaba compañía.

Alexis movió la cabeza.

—No te disculpes. Esta habitación es fantástica.

—Lo será cuando limpie la chimenea y pinte las paredes. Mirad, vosotros poneos cómodos y yo voy a ver lo que hay en la cocina. Suelo

comer fuera, pero estoy seguro de que hay un bistec en el congelador y algunas otras cosas.

—Para mí no —se apresuró a decir la joven—. Yo no quiero nada tan pesado a estas horas.

—Habla por ti —dijo Wyatt—. Te recuerdo que no llegamos a terminar el almuerzo.

En la gigantesca cocina de campo había una mesa y un par de sillas que no hacían juego.

—La cocina es de gas, pero me temo que lo único de aquí que tengo enganchado al generador es el frigorífico —se disculpó RJ.

Sacó un par de lámparas de petróleo de un armario y las encendió.

—Hay refrescos y cerveza. Y una bolsa de panchitos.

—¿Por qué no vais a la sala y yo intento preparar algo? —se ofreció Alexis.

—¿Tú cocinas? —se sorprendió RJ

—Claro que sí. ¿Puedo asaltar tu despensa?

—Todo lo que quieras. ¿Una cerveza, Wyatt?

Alexis registró la despensa, donde encontró latas de sopa, cajas de pasta, masa para galletas y queso.

—¿Nada de especias? —preguntó

—Sal y pimienta.

—Es un comienzo. ¿Tienes otra silla para la mesa?

—No, pero tengo varias bandejas para la tele. Lucky y yo solemos comer en la sala delante de la tele.

—Vale, si tú preparas eso, creo que yo puedo hacer algo comestible.

Unos minutos después les llevó dos tazones de sopa y los encontró viendo las noticias. La previsión del tiempo era que la tormenta no terminaría hasta la mañana siguiente.

Alexis se sentó al lado de Wyatt en el sofá y comieron sopa, macarrones con queso, galletas calientes y ensalada de fruta en conserva mientras veían las noticias sobre la policía y los voluntarios que luchaban con árboles caídos y líneas eléctricas.

—Yo debería estar allí —dijo Wyatt.

—No —replicó RJ—. Tu tío te necesitará descansado por la

mañana.

Leigh, está todo muy bueno.

—Gracias, pero lo único que he hecho ha sido abrir un par de cajas y algunas latas.

Wyatt la miró.

—Está genial —dijo.

Alexis se ruborizó.

—Tú puedes quedarte en el dormitorio de arriba, Leigh —anunció su anfitrión—. Wyatt dormirá en el sofá y yo en mi saco de dormir.

Los otros dos protestaron enseguida.

—Es mi casa y yo pongo las normas —insistió RJ.

Poco después, la joven estaba en el dormitorio con una de las camisas de su anfitrión en lugar de camión; tomó la linterna que le habían dado y abrió la puerta del baño. Wyatt se apartó de la pared en la que estaba apoyado.

—¡Oh! Me has asustado. No pretendía monopolizar el baño —dijo ella.

—No lo has hecho —él le quitó la linterna de la mano temblorosa—. Te estaba esperando para hablar contigo —miró un momento la camisa de ella—. RJ me llevará al pueblo por la mañana y creo que es mejor que tú te quedes aquí con Lucky —dijo con voz ronca.

—Pero...

—Volverá y te llevará a Heartskeep cuando vaya él. Os veré a los dos allí.

Ella levantó una mano para protestar. Pero en cuanto sus dedos rozaron el pecho de él, las palabras murieron en su garganta. De pronto fue muy consciente de su cuerpo y del calor del deseo. Olvidó respirar, consciente de la tensión que había entre ellos. Ninguno de los dos se movió en un rato.

—Me he jurado que no iba a hacer esto.

—¿El qué? —susurró ella.

Wyatt dejó la linterna en el suelo.

—Esto.

Se abrazaron con un estremecimiento de necesidad. Wyatt bajó la cabeza y la besó en los labios con gentileza.

No era suficiente. Alexis le mordisqueó el labio inferior y el beso se volvió profundo y apasionado. Ella le acarició el pelo y cuando él deslizó las manos por su espalda hasta las nalgas desnudas, levantó las caderas en un gesto de invitación. Wyatt la apretó contra sí en un abrazo muy íntimo.

Lo sintió moverse contra ella. Duro e invitador, como ella quería, con una intensidad fiera que la admiraba y la consumía.

—¡Eh! —gritó RJ en la parte de abajo—. ¡Trae eso aquí, perro tonto! Wyatt la soltó y retrocedió jadeante.

—Vete a la cama.

A ella le temblaron los labios.

—Ven conmigo.

Wyatt la miró con fuego en los ojos.

—No puedo.

—No —era cierto que no podía. Tenía razón y ella lo sabía; pero ella lo deseaba—. Duerme un poco.

Tenía que saber que era imposible. Alexis dudaba de que ninguno de los dos pudiera dormir mucho esa noche.

Permaneció allí en pie largo rato después de que él hubiera desaparecido de la vista, hasta que al fin se agachó a recoger la linterna.

Cuando despertó a la mañana siguiente, ya no llovía y las sábanas revueltas a su alrededor eran un testimonio mudo de su noche dando vueltas. El recuerdo del beso de Wyatt se clavaba todavía en su mente. Miró las paredes con su papel pintado viejo y se preguntó si se habría vuelto loca. Ni siquiera se conocían. ¡Wyatt ni siquiera sabía su verdadero nombre!

Tenía que decírselo, pero cuando lo hiciera, todo cambiaría. ¿Y si no la creía? ¿Y si pensaba que ella formaba parte del plan de chantaje?

Lucky se puso en pie en cuanto ella abrió la puerta del dormitorio; sin duda la estaba esperando.

—Hola. ¿Te han puesto aquí de centinela?

El perro ladró alegremente e intentó colarse en el cuarto de baño con ella.

—Lo siento, pero yo me ducho sola —dijo Alexis—. Aunque te prometo que salgo enseguida.

Se duchó con rapidez y sonrió al ver el peine sin abrir que le había dejado RJ. Se lo pasó por el pelo y decidió que era una ventaja que no requiriera muchos cuidados.

El elástico del sujetador y las braguitas seguía húmedo de la noche anterior, por lo que decidió que podía pasar de ambas cosas hasta que llegara a Heartskeep y tomara otros prestados. Confiaba en que a RJ no le importara que usara otra camisa, ya que la camiseta de su hermana resultaba muy reveladora sin sujetador. Eligió una de manga corta, que se puso encima de la camiseta y ató los bordes a la cintura.

Cuando bajaba las escaleras, se dio cuenta de que Lucky no la había esperado en la puerta del baño y confió en no haberlo ofendido al no dejarlo entrar con ella.

—¡Lucky! ¡Ven aquí!

Entró en la cocina y se detuvo de golpe.

—Me temo que lo he sacado fuera —dijo un desconocido rubio. Levantó un papel de la encimera de la cocina—. RJ te ha dejado una nota.

Se la tendió, pero ella no hizo ademán de tomarla.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Jacob. Jacob Voxx —añadió él con una sonrisa.

A Alexis la invadió el miedo.

—Veo que has oído hablar de mí. Son todo mentiras, te lo aseguro. Eres una persona difícil de encontrar, Alexis.

## Capítulo 7

Alexis tardó un minuto en darse cuenta de que la había llamado por su nombre.

—¿Sabes quién soy?

—Claro —él siguió sonriendo—. Alexis Mary Ryder. Bonito nombre, por cierto. Llevo varios días buscándote. Como todos.

—¿Todos?

—Tus hermanas, Bram, Gavin; hasta Emily y George Walken, aunque sospecho que todavía no los conoces —se encogió de hombros—. Siéntate. Toma café. Huele un poco fuerte, pero no debe llevar mucho tiempo hecho.

Alexis se esforzó por conservar la calma. Jacob no la había amenazado de ningún modo, pero Wyatt no se fiaba de él. Y a pesar de su aparente afabilidad, ella tampoco.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ya te lo he dicho, te estaba buscando. Muy bonitos —señaló con la cabeza el sujetador y las braguitas que ella llevaba todavía en la mano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella—. ¿Cómo has entrado? Dudo mucho que te hayan invitado.

—Teóricamente, no, pero la puerta estaba abierta —se encogió de hombros con una sonrisa amistosa—. Tenemos que hablar.

—¿De qué? —ella dejó la ropa interior en la encimera, a su lado.

Era importante observarle los ojos; los ojos traicionarían sus intenciones.

—Del dinero que Kathy, le dio a Brian Ryder.

Sintió miedo, que se esforzó en controlar. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. No juegues conmigo, Alexis. No tenemos tiempo. Sé que debes estar confusa con todo lo que ha pasado. Todavía no has visto a tus hermanas, ¿verdad?

La joven intentó pensar.

—Son idénticas a ti, ¿sabes? —continuó él—. Es increíble. ¿Qué pensó Wyatt cuando se lo dijiste?

¿Debería fingir saber más de lo que sabía?

—Ah, entiendo. Todavía no sabe quién eres, ¿verdad? ¿Cuál de las dos cree que eres? ¿Hayley o Leigh?

—Tienes que irte —dijo ella con firmeza—. RJ y Wyatt volverán en cualquier momento y no creo que les guste encontrarte aquí.

Él movió la cabeza.

—Lo siento, Alexis. Si hubieras leído esta nota, sabrías que RJ no volverá a recogerte hasta mediodía. O quizá más tarde, ya que los caminos y las carreteras están en muy mal estado. ¿Quieres desayunar?

—Lo que quiero es que te vayas.

—No puedo hacer eso —la mandíbula de él se endureció—. Si yo te he encontrado, también pueden hacerlo los demás.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella para ganar tiempo.

Él seguía hablando con calma, no se mostraba amenazador.

—Wyatt llamó anoche para pedir información de tu coche y yo oí la llamada en la radio de la policía y supuse que habías ido a Heartskeep.

—¿Cómo me has encontrado aquí? —repitió ella.

—Yo me crié en Stony Ridge. Es de dominio público que RJ compró este sitio —sonrió él—. Estaba por Heartskeep cuando he oído a RJ hablar con Wyatt en su móvil y decirle que vendría a buscarte en torno a mediodía.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo he dicho. Quiero lo que le dio Kathy a Brian Ryder antes de su muerte.

—¿Qué sabes tú de mi... de lo que pasó en Nueva York?

—¿Cuánto te contó Ryder antes de morir, Alexis? ¿Cuando viniste aquí, sabías que eras la primogénita de Amy?

—¿Cómo lo sabes tú?

—Sé muchas cosas. Por ejemplo, que tu padre y mi madre te vendieron a los Ryder por cincuenta mil dólares.

Alexis dio un respingo.

—Sí, sólo cincuenta mil. Yo hubiera pensado que una niña, y sobre todo una que heredaría una fortuna, valdría algo más que eso. Sé que, mientras mi madre te llevaba a los Ryder, Marcus llevaba a tu madre al hospital, donde nacieron tus dos hermanas por cesárea en un quirófano lleno de testigos.

Un cierto alivio atenuaba el horror que sentía la joven. Por lo menos no era un óvulo robado que habían implantado en la Clínica Marbury.

—Vaya padres los nuestros, ¿eh? —siguió él—. Alégrate de no haber conocido a los tuyos. Marcus Thomas era un bastardo que se casó con Amy por su dinero. Tuvo que resultarle duro enterarse de que el viejo Dennison Hart había desheredado a Amy a raíz de su matrimonio. Te das cuenta de lo que eso significa, ¿no? El viejo Hart dejó el grueso de sus bienes a su nieta primogénita, en este caso tú.

Alexis reprimió un escalofrío.

—¿Por eso ayudó tu madre a Marcus?

—Buena pregunta, yo también me la he hecho. No creo que mi madre amara a Marcus. Siempre consideré que entre ellos había una relación de negocios y punto. Cuando se casaron hace un par de años, supuse que a ella le gustaba la idea de jugar a la señora de la casa.

—¿Y tu padre? —preguntó ella.

La expresión de él se endureció y sus ojos se volvieron fríos.

—Mi padre ha pasado casi toda su vida entre rejas. Mamá se divorció de él cuando yo era muy pequeño. Al parecer, se presentaba de vez en cuando, pero sólo porque necesitaba dinero o un escondite. Mamá siempre lo mantuvo apartado de mí. No lo recuerdo ni me importa. No tiene nada que ver con nosotros.

La joven sabía que no podía permitirse sentir simpatía por él.

—¿Sabes que escapó de la cárcel hace un par de semanas?

Jacob se quedó inmóvil.

—¿Cómo lo sabes?

Alexis procuró no mostrar su miedo.

—Me lo dijo Wyatt —hizo una pausa—. Quizá deberías decírselo a tu madre.

—Oh, ya lo sabe —la miró con aire sombrío—. Por eso precisamente tenemos que trabajar juntos. Podemos ayudarnos mutuamente. Yo sé cosas y tú también. ¿Qué has hecho con el maletín que le dio Kathy a Ryder?

—¿Existe de verdad esa Kathy? —preguntó ella, en un afán por ganar tiempo.

—Por supuesto. ¿Creías que Ryder se la había inventado?

Alexis no contestó. No quería decirle lo mal que se le daba a su padre recordar nombres.

—No importa. Ryder seguramente pensó que, cuanto menos supieras, mejor estarías. Se equivocaba, por supuesto. Te guste o no, estás metida en el medio de esto. Kathy Walsh y su madre trabajaban para tu abuelo y odiaban a Marcus. Por supuesto, lo primero que hizo mi madre cuando se casó con él fue despedirlas.

Hizo una pausa.

—¡Ojalá te hubiera conocido antes, Alexis! Quizá podría haberte protegido.

—¿De qué?

Él miró hacia la puerta de atrás y frunció el ceño. Alexis se dio cuenta de que llevaba varios minutos oyendo ruidos allí. Lucky quería entrar en la casa.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Jacob—. Ven conmigo y responderé a tus preguntas lo mejor que sepa.

—No —ella no pensaba ir a ninguna parte con él—. Puedes responder aquí.

Él volvió a mirar la puerta.

—No me digas que te da miedo Lucky —dijo ella.

Jacob apretó los labios en una sonrisa seca.

—Tenemos que irnos.

—Vete tú. Yo esperaré a RJ.

—Alexis, ya te lo he dicho. Si te he encontrado yo, pueden hacerlo

otros.

—¿Te refieres a mis hermanas? ¿A tu madre? ¿A tu padre?

Los rasgos abiertos y amistosos de él se endurecieron.

—No quiero hacerte daño —dijo—. Podemos llegar a un acuerdo.

Se acercó y tendió la mano para agarrarla del brazo. Alexis no tuvo que pensar mucho, le surgió instintivo. Le salió al encuentro y fue la primera en agarrarle del brazo. Aprovechó su propio impulso para tirarlo al suelo y le lanzó tres patadas destinadas a inmovilizarlo el tiempo suficiente para escapar. Cuando salía por la puerta, lo oyó gritar:

—¡Alexis! ¡Espera!

Lucky ladraba como un loco detrás de la casa. La joven no se detuvo a mirar atrás, sino que echó a correr por el camino.

—Eh, Wyatt, ¿dónde te has metido? —le preguntó Jim Lowe cuando salía del despacho de su tío.

—Ahora no puedo hablar, Jim.

Wyatt no estaba de humor para conversaciones después de la regañina que acababa de recibir del jefe. Seguía aún con la ropa del día anterior, ya que no había tenido tiempo ni de cambiarse.

—Creía que te interesaría saber algo del coche que encontraste ayer.

Wyatt se detuvo.

—La policía de Nueva York quiere que lo requisemos. Desean hablar urgentemente con Alexis Ryder. Su compañera de piso volvió de un viaje antes de lo previsto y se encontró el apartamento lleno de sangre y al padre de Ryder muerto de un tiro en su dormitorio.

—Haz que examinen la chaqueta blanca del asiento del acompañante —dijo Wyatt—. Tiene una mancha que parece sangre seca. ¿Creen que lo mató ella?

—O eso o se la llevó el asesino. No dicen gran cosa, pero creo que tienen algo que indica que ella estaba en el apartamento.

Wyatt asintió.

—Informa al jefe, ¿quieres? ¿Y te importaría decirle a la gente que seguramente no llegaré esta tarde al partido?

Jim movió la cabeza.

—Hay veinte centímetros de agua en el campo de béisbol. No habrá partido.

—¿Y tienes una descripción de esa tal Ryder?

Jim abrió su libreta de notas.

—Raza blanca, veinticuatro años, cincuenta y cinco kilos, pelo castaño rubio hasta la barbilla...

Wyatt pensó inmediatamente en Leigh, lo cual no era una sorpresa, ya que no dejaba de pensar en ella desde la noche anterior.

—Hay por lo menos cuatro mujeres del pueblo que encajarían con esa descripción —comentó.

—Sí. Esta tarde enviarán una foto por fax. Es asistente social. Trabaja con chicos escapados de casa y adolescentes embarazadas. Dicen que tiene tendencia a involucrarse personalmente en sus casos. También es instructora voluntaria en un albergue para mujeres maltratadas. Enseña clases de defensa personal.

—Muy bien. No sabrás por casualidad dónde puedo encontrar a Emily y George Walken o a Gavin Jarret, ¿verdad?

—No. Lo siento.

—Si te encuentras con alguno de ellos, diles que necesito hablarles.

—Lo haré.

Wyatt avanzó por el pasillo hasta su mesa, donde tenía que preparar los informes de lo ocurrido la noche anterior. Había pasado parte de la noche leyendo los archivos de Dennison Hart, quien había reunido pruebas suficientes para acusar a Marcus Thomas de una serie de delitos. ¿Pero por qué no había usado la información para destruir al yerno que al parecer odiaba?

La respuesta más evidente era que había querido proteger a su hija y sus nietas del escándalo, pero Dennison Hart tenía fama de ser justo y afrontar las consecuencias fueran las que fueran. Y no había duda de que los archivos eran suyos, ya que había anotaciones al margen hechas con su letra.

¿Por qué había ocultado la información?

En cuanto Wyatt cometió el error de sentarse, sonó el teléfono. Era Tony Raine.

—¿Qué pasa? —le preguntó directamente—. ¿Por qué no me has

llamado?

Wyatt hizo una mueca. Aún no había tenido tiempo de comprobar sus mensajes.

—Lo siento —se disculpó—. Acabo de llegar a mi mesa. ¿Qué sucede?

—Te interesaba tanto el caso Walsh, que supongo que querrás saber que Livia Walsh tuvo un ataque y murió sin recuperar el conocimiento.

—Lamento oírlo.

—Tenemos una pista sobre la hija. Una vecina dice que Kathy Walsh estaba viviendo en Canadá con un hombre que no le gustaba a su madre.

—¿Cuántos años tiene la hija... cuarenta y tantos?

—Cuarenta y cinco, pero la madre tenía razón. Tenemos huellas dactilares de la casa Walsh y no fueron gamberros jóvenes los que entraron allí.

—¿El novio?

—Sí. Hace unos años, la policía canadiense lo detuvo durante una redada sobre juego ilegal y por eso tenían sus huellas. Les hemos dicho que fueran a su apartamento y, aunque está vacío, hay señales de pelea violenta y sangre. No saben de quién es la sangre, pero hace más de una semana que los vecinos no ven a la pareja, aunque han visto a un par de desconocidos vigilar la casa y tres de los vecinos han denunciado robos en las dos últimas semanas, robos de dinero, artículos pequeños y una semiautomática de nueve milímetros con municiones.

—¿O sea que Bernie es un ladrón armado? —preguntó Wyatt.

—Es lo que parece. No tiene antecedentes, aparte del arresto por juego ilegal, pero se cree que puede estar muy endeudado con prestamistas violentos.

—¿Los canadienses creen que Kathy Walsh está muerta? —preguntó Wyatt.

—Digamos que les gustaría comprobar lo contrario, pero no había agujeros de bala en el apartamento.

—Me alegra oírlo.

—¿Me tendrás informado? —preguntó Tony.

—Naturalmente. Y tú no olvides avisarme si aparece Kathy Walsh.

—Lo haré. Tu amiguito abogado y su prometida querían llevarse el cuerpo de Livia Walsh para enterrarlo en Stony Ridge, pero no podemos dárselo hasta que avisen a la hija.

¿Prometida? Aquella palabra destacó entre todas las demás.

—¿Quieres decir que Gavin Jarret ha estado en Saratoga Springs? —preguntó.

—Sí.

—¿Y qué prometida? —preguntó Wyatt, aunque ya lo sabía.

—Perdón. No sabía que fuera un secreto. Hazme un favor y no les digas que te lo he dicho, ¿vale? Está prometido con una de las chicas Hart, una mujer muy guapa.

Wyatt apretó la mandíbula.

—¿Jarret sigue ahí?

—No. Pensaban ir a Canadá para ver si encontraban a la hija. Les dije que la policía la buscaba ya, pero me dio la impresión de que las jóvenes Hart no nos aprecian mucho.

—¿Cuándo se marcharon, Tony?

—Ayer.

—¿A qué hora de ayer? —insistió Wyatt.

—A las diez o las diez y media. ¿Hay algún problema?

Un problema muy grande, ya que Leigh había estado con él el día anterior. Por supuesto, era posible que hubiera salido de Saratoga Springs a las diez y llegado a Stony Ridge cuando él la vio delante de la oficina de Gavin. Y si éste último y ella habían tenido una pelea por el camino, eso explicaría el malhumor de la joven y la expresión de estar perdida que tenía cuando la encontró.

Maldijo en voz alta al recordar el beso de la noche anterior. De no haber sido por Lucky y RJ, podía haber hecho algo mucho peor que besarla.

—Me parece que he dicho algo que no te ha gustado —comentó Tony.

Wyatt aflojó la mandíbula.

—Perdona, es que estoy preocupado.

¿Le había hecho proposiciones sexuales estando prometida con Gavin? Aquello no le gustaba.

—¿Por qué? ¿Sucede algo?

—Han sido un par de días difíciles, Tony. Gracias por la llamada y la información. Te debo una.

—Recuérdamelo cuando nuestro equipo juegue contra el tuyo la semana que viene.

—Ni lo sueñes.

Wyatt colgó el teléfono y maldijo de nuevo. Leigh había sido una buena distracción, pero quizá ésa había sido su intención desde el principio. Con su actitud, había evitado que le hiciera todas las preguntas que debería haberle hecho.

El informe y sus mensajes podían esperar. Y también la ducha y el cambio de uniforme. De pronto el maletín de ella le parecía mucho más importante. Leigh se había negado a decirle lo que llevaba allí y, aunque no podía forzarla a enseñárselo, sí podía presionarla más para intentar averiguarlo. El instinto le decía que era importante.

Miró la carpeta de Dennison Hart en su mesa, sacó las llaves del coche patrulla y se dirigió a la puerta. Leigh tenía muchas preguntas que responder. Y esa vez no se iba a dejar distraer por sus ojos azules suaves.

Alexis calculó mal la profundidad del charco y cayó con fuerza sobre el camino lleno de barro, pero volvió a levantarse en el acto y salió del camino a la hierba. No miró atrás para ver si Jacob la perseguía, su único deseo era alejarse de él todo lo posible.

Estaba casi segura de que la patada dirigida a la rótula había fallado su objetivo, pero se consoló pensando que de todos modos le había hecho daño. Y seguramente no le pegaría un tiro. No sólo no había mostrado ningún arma, sino que, además, seguramente no la querría muerta hasta que le dijera dónde había escondido el maletín.

Oyó un ladrido a sus espaldas. Lucky había dado la vuelta a la casa y la perseguía. Sin duda el perro pensaba que se trataba de un juego, pero el contacto del enorme animal la lanzó boca abajo en otro charco. Alexis se incorporó y se frotó inútilmente la cara con la mano. El pelo mojado se le pegaba a la piel. Lo apartó y empujó a Lucky,

quien la miró moviendo alegremente la cola. Echó a correr con él a su lado.

Pensó que Jacob esperaba que se quedara en el lado de la carretera donde estaba la casa y donde había árboles para ocultarse. Al otro lado había un campo abierto, pero con una zanja entre la carretera y el campo donde podía tumbarse y pasar desapercibida.

En cuanto cruzó la carretera, oyó un coche al tiempo que sus pies se hundían en unos cuantos centímetros de agua. Lanzó una maldición.

—¡Lucky! ¡Ven aquí! Eso es. ¡Al suelo, Lucky!

No sabía si el perro estaba entrenado para obedecer la orden o si se tumbó a su lado para pasarle la lengua por la cara, y no le importaba. Lo abrazó y lo empujó contra el suelo mientras el coche llegaba marcha atrás a la carrera.

—¡Alexis!

Por un momento pensó que la había visto, pero luego se dio cuenta de que movía el coche por el otro lado y gritaba hacia los árboles.

—¡No te muevas, Lucky! —susurró al perro.

—Te equivocas, Alexis. Yo he venido a protegerte. Tienes que confiar en mí.

Lucky empezó a moverse. Estaba cansado de aquel juego. Levantó la cabeza, pero miraba en dirección contraria a la que llevaba Jacob.

Entonces oyó el ruido de una camioneta o un coche que bajaba por la carretera.

—¡Quieto, Lucky!

El perro gimió y la miró con curiosidad. Por un momento, ella sintió tentaciones de salir y parar al otro conductor, pero el recuerdo de la radio rota de Wyatt la mantuvo inmóvil.

—¡No te muevas! —repitió con más firmeza. Y por suerte, Lucky obedeció, aunque gimió un poco—. Buen perro. Buen perro.

El coche de Jacob aceleró de pronto, sin duda porque había visto acercarse al otro vehículo. Cuando este último pasó de largo, Lucky se incorporó y se sacudió.

Alexis estaba empapada. Esperó a que el otro coche se alejara también antes de levantar la cabeza. No había ningún vehículo a la

vista, pero nada impedía a Jacob dar media vuelta y regresar. No obstante, ella no podía quedarse allí todo el día.

—¡Vamos, Lucky!

Cruzó de nuevo la carretera, esa vez en dirección a los árboles, y cuando llegó al otro lado agarró una piedra. No era mucha protección, pero si golpeaba a Jacob en el lugar indicado, podía hacerle mucho daño.

Pasaron los minutos y empezó a pensar que quizá Jacob no volvería después de todo. La carretera hacía una curva cerrada un poco más adelante. Un hombre listo pararía y la esperaría allí. Excepto porque no podía saber qué dirección había seguido ella o si había decidido volver a la casa a esperar ayuda.

Aplastó un mosquito que se posó en su brazo desnudo y lleno de barro y aflojó el paso al acercarse a la curva de la carretera. El sonido de un coche que se acercaba a ella desde el otro lado de la curva hizo que parara en seco. El vehículo salió de la curva como una bala, sin darle tiempo a reaccionar. Era un coche de policía con la luz del techo encendida, que paró de golpe, hizo un giro de ciento ochenta grados y volvió directamente hacia ella.

—¡Wyatt! ¡Gracias a Dios!

Wyatt aparcó a un lado de la carretera y salió del vehículo. Parecía más grande, más protector y más sexy que nunca.

Alexis echó a correr hacia él, pero se detuvo al ver su expresión. Algo iba mal. La observaba con ojos tan fríos que se le encogió el estómago. No podía ocultar su enfado. Se volvió, abrió la puerta de atrás del coche y llamó a Lucky.

El perro entró de un salto y la joven sonrió.

—¿Qué pasa? ¿No tienes sirena también? —preguntó con una calma que estaba muy lejos de sentir.

—La he apagado —repuso él, muy serio.

A ella le dio un vuelco el corazón. Había esperado demasiado a contarle la verdad y él había descubierto que le había mentado.

—Sube al coche.

El tono de orden le hizo parpadear. Sus músculos se tensaron.

—Vaya, ¿cómo rehusar una invitación tan amable?

Él achicó los ojos.

—¿Piensas pegarme con esa piedra?

Alexis miró la piedra que llevaba en la mano y la dejó caer al suelo. Enderezó los hombros.

—Aunque la idea resulta tentadora en este momento, pensaba usarla con otra persona.

La mirada de él la recorrió de arriba abajo. Alexis aguantó el escrutinio inmóvil. Después de todo, él tampoco parecía un anuncio precisamente. Llevaba aún la misma ropa del día anterior. ¿Qué había hecho toda la mañana?

—¿A quién pensabas pegar? ¿A RJ?

—¿Por qué iba a querer pegar a RJ? No, quería pegar a Jacob cuando volviera.

## Capítulo 8

—¿Jacob Voxx?

Wyatt miraba el estado lamentable de Leigh y luchaba por reprimir el impulso de tomarla en sus brazos y preguntarle si estaba bien.

—¿Dices que Jacob ha estado aquí? —se volvió hacia el coche y tendió la mano hacia el micrófono interior—. ¿Qué coche llevaba?

—Un deportivo plateado.

Wyatt pidió por radio que avisaran a la policía estatal de que habían divisado el coche de Jacob, dio su situación y la de la salida más cercana de la autopista.

Alexis lo observaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Acaba de irse —dijo cuando él terminó—. Casi esperaba que estuviera aparcado detrás de la curva esperándome.

Wyatt endureció su corazón y su tono de voz.

—Sube al coche.

—Me parece que no —repuso ella, con ojos chispeantes de desafío—. He decidido que hace un día maravilloso para pasear y que necesito ejercicio. Creo que iré andando hasta el pueblo.

A Wyatt le costaba trabajo conservar el enfado ante la actitud desafiante de ella, que parecía un gatito sucio enfrentándose a un gran danés.

—El pueblo está por ahí —señaló detrás de él—. El camino que llevas te lleva a la autopista o a Heartskeep.

—Entonces iré allí.

El humor de él se evaporó como por ensalmo.

—¿A buscar el maletín?

Ella lo miró con calma.

—Tienes una fijación con ese maletín, ¿verdad?

Wyatt dio un paso instintivo hacia ella, que se puso tensa.

—¿Me tienes miedo? —preguntó él.

—No. Pero si intentas agarrarme, te derribaré como he hecho con Jacob.

¿Había tenido que defenderse básicamente? Wyatt sintió una rabia nueva.

—¿Te ha hecho algo?

Curiosamente la postura de ella se relajó a pesar del tono salvaje de él.

—No ha llegado a tocarme —dijo. Sonrió de pronto—. Pero creo que cojeará unos cuantos días.

A Wyatt le resultaba difícil mantener el enfado.

—Tenías que haberle dado en el brazo. Su herida de bala no puede estar curada del todo todavía. Ya me ocuparé más tarde de Jacob. ¿Qué te ha pasado a ti?

La joven lo miró a los ojos.

—Un encuentro con un charco de barro. He perdido yo. ¿Y tú qué? ¿Se te ha acabado la ropa limpia esta mañana?

—No, me encontré con mi tío antes de llegar a mi taquilla a cambiarme. Y ahora que ya hemos intercambiado noticias...

—Ah, Wyatt, creo que deberías dejar salir a Lucky del coche antes de que muerda otra vez el asiento de atrás.

El se giró y vio al perro con una tira de material gris colgando de la boca. Abrió la puerta con un juramento y el perro saltó al suelo con un gesto de triunfo.

—¿Quieres entrar en el coche, por favor?

Alexis lo miró un momento.

—Creo que es mejor que me grites aquí, mientras termino de gotear.

Lucky se alejó entre los árboles. Wyatt movió la cabeza.

—¿A qué estás jugando, Leigh? Tony Raine me ha dicho que Gavin y tú estáis prometidos.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Y tú crees todo lo que te dicen?

Wyatt no pudo reprimir un juramento.

—No me gustan los juegos. ¿Vas a negar que Gavin y tú estuvisteis

ayer en Saratoga Springs para reclamar el cuerpo de Livia Walsh?

—Yo no voy a negar ni a confirmar nada. ¿Por qué iba a hacerlo? — quiso saber ella.

—Hay un nombre para las mujeres a las que les gusta enfrentar a los hombres por ellas.

—Yo creía que una persona era inocente hasta que se demostraba lo contrario.

Antes de que Wyatt pudiera contestar, sonó la radio y tuvo que atenderla.

—Sube al coche, Leigh. Hay un problema en Heartskeep. ¡Lucky! ¡Ven aquí!

El perro salió de entre los árboles y se acercó a ellos.

—¿Qué pasa ahora en Heartskeep? —preguntó la joven.

—Eso es lo que vamos a averiguar. ¿Qué quería Voxx? —dijo él, dispuesto a asumir su faceta profesional a pesar de lo tormentoso de sus emociones.

—Que fuera con él.

—¿Adónde?

—No me lo ha dicho. Me he negado y se ha puesto un poco insistente. Los hombres tenéis que aprender que el comportamiento cavernícola pasó de moda hace tiempo. Ahora las mujeres también sabemos defendernos.

—¿Qué le has hecho?

—Lo he derribado y le he dado unas patadas —repuso ella, muy satisfecha.

—¿Dónde aprendiste defensa personal?

—En la escuela. Todas las mujeres deberían saber lo más básico. Nunca se sabe cuándo puede serte útil.

Wyatt ignoró el último comentario.

—¿Por qué quería Jacob que fueras con él?

—No lo sé. A lo mejor le gusta mi personalidad.

—¡Basta, Leigh! —exclamó él, cortante—. Esto es una investigación policial; quiero saber lo que te ha dicho.

Ella tardó unos segundos en contestar.

—¿Estoy detenida?

Wyatt apretó el volante con frustración. Lucky adelantó la cabeza desde el asiento de atrás y ella lo acarició inmediatamente. Cuando Wyatt vio que le temblaba la mano, se dio cuenta de que ella no estaba tan tranquila como quería hacerle creer, sino que lo provocaba intencionadamente en un esfuerzo por ocultar algo.

—¿Qué ocurre, Leigh? —musitó—. ¿Qué intentas ocultar?

La mano de ella se inmovilizó en la piel del perro.

—¿Qué quiere Jacob de ti?

—Tendrás que preguntárselo a él.

—Te lo pregunto a ti.

Por un momento, creyó que ella no iba a contestar.

—Busca el dinero —dijo al fin.

—¿El dinero del chantaje? ¿Y por qué te lo pide...?

Wyatt se interrumpió. Habían llegado a la entrada de Heartskeep. Dos coches de policía y varios camiones de grava cortaban el paso. RJ discutía con uno de los agentes.

—Espera aquí —dijo Wyatt.

—¡Wyatt! —lo llamó RJ—. ¿Quieres explicarle al agente Fielding que no quiero mostrarme difícil? Puede tener todo el acceso que quiera a la casa, pero mis hombres tienen que terminar de echar la grava esta tarde. ¿No podéis usar el camino de atrás?

En cuanto Wyatt salió del coche, Alexis abrió la puerta de su lado.

—Vamos, Lucky.

El perro saltó por encima del asiento y salió del vehículo. Alexis se colocó detrás del camión mas cercano, consciente de que el conductor la miraba con curiosidad. No dijo nada y ella se alejó de la entrada y echó a correr hacia la casa.

Casi esperaba que Wyatt la siguiera, pero consiguió llegar hasta la mansión sin que nadie la detuviera. La puerta frontal estaba abierta y una radio emitía música country a todo volumen. Pero nada podía haberla preparado para la transformación del interior.

RJ y sus hombres habían derribado paredes y la galería ya no estaba separada del segundo piso. Donde antes había pasillos oscuros, ahora había espacios abiertos y profusión de luz. No parecía la misma casa.

Alexis subió las escaleras, admirada por la transformación. Sonrió a un par de obreros que desmantelaban lo que parecían los restos de una alacena de ropa en el pasillo de arriba. La miraron con curiosidad y ella los saludó con la mano y se alejó hacia el dormitorio que había usado la noche anterior.

La rama del árbol ya no estaba, pero trozos de cristal y hojas ensuciaban todavía el suelo. Dos hombres colocaban en ese momento cristales nuevos y la miraron cuando entró.

—Hola. No se interrumpen por mí.

Entró en el cuarto de baño y cruzó a la otra habitación. Le hubiera gustado ducharse, pero no quería hacerlo con los hombres allí.

Wyatt llegaría en cualquier momento, así que no tenía tiempo de elegir mucho. Revisó rápidamente el armario y eligió un vestido rojo y blanco y unas sandalias antes de buscar ropa interior en la cómoda.

Pasó por el baño de nuevo y recogió algunos artículos de tocador. Los dos hombres charlaban con alguien en el umbral del dormitorio con el pasillo. Alexis se volvió y salió por la otra habitación.

En la parte de atrás del pasillo había una puerta y Alexis confió en que se tratara de un baño. Necesitaba una ducha caliente antes de afrontar de nuevo a Wyatt.

Muebles provenzales franceses y papel floreado decoraban la estancia. ¿El cuarto de su madre? En otro tiempo tal vez, pero Wyatt había mencionado la noche anterior el dormitorio de Eden. En cualquier caso, daba igual. Tenía un baño con una sola puerta, por lo que Alexis entró y cerró ambas puertas con llave.

Si Wyatt pensaba detenerla, haría lo posible por estar presentable para las fotos de la policía.

Wyatt vio a Leigh alejarse corriendo por el camino y suspiró. Seguramente sólo buscaba cambiarse de ropa. Después de todo, por allí no podía ir a otro sitio que a la casa.

—Usted me dijo que podíamos trabajar hoy —oyó la voz de RJ—. Y no se me ocurrió que necesitaran esas paredes por lo que ocurrió anoche. Ya las hemos tirado.

Luke Fielding lanzó un gemido.

—No sé en qué pared daría la bala —siguió el constructor—. Los

escombros están en el contenedor. Y los cristaleros han cambiado ya el cristal de la habitación de atrás.

Wyatt cerró los ojos. Su tío se iba a subir por las paredes.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Luke.

Wyatt miró a los hombres que había enviado su tío a buscar posibles pruebas de balas.

—Voy a llamar; pero RJ puede seguir trabajando en el camino. Si el jefe quiere que busquemos en los escombros, entraremos por el camino de atrás —miró a RJ—. ¿Beamer se ha llevado mi coche?

—Sí. Pero yo no estaba aquí cuando llegó, así que supongo que él cuidará de lo que había dentro.

—¿Puedes prestarme tu móvil?

Su tío gritó lo bastante alto para ser oído sin teléfono. Wyatt sabía que se merecía aquello y más. Al final, envió a los policías de regreso al pueblo y se dirigió hacia la entrada de atrás. Los cristaleros, que subían en ese momento a su camión y se disponían a marcharse, lo saludaron con la cabeza.

RJ había sacado a sus hombres fuera para que ayudaran a extender la grava. Wyatt entró en la casa y el cambio le pareció increíble. Con la desaparición de las paredes oscuras que rodeaban antes la galería, la casa era inconmensurablemente más clara y abierta de lo que habría imaginado. Se preguntó qué pensaría Leigh de la transformación. Luego se preguntó dónde estaría.

Aunque era maravilloso sentirse limpia y seca, Alexis se ajustó los tirantes finos del vestido, arrepentida de haber elegido esa prenda. El cuerpo del vestido realzaba sus pechos y mostraba gran parte de los hombros y el escote. Se preguntó si podría encontrar una rebeca corta o algo para ponerse encima.

Recogió su ropa sucia y las toallas mojadas y abrió la puerta del baño. Salió al dormitorio y se detuvo. Algo no iba bien. ¿Era su imaginación u olía a chicle de menta?

Se le paró el corazón.

Estaba segura de que había cerrado la puerta del dormitorio, pero ahora estaba abierta. Alguien había entrado allí.

Abrió la puerta. El pasillo estaba vacío en ambas direcciones.

—¿Leigh? —oyó llamar a Wyatt.

Alexis corrió hasta el recodo y lo vio de pie delante de la puerta del cuarto de su hermana. Se acercó a él aliviada.

Wyatt había acertado con la ropa y la ducha, pero endureció su corazón al ver el vestido sexy que había elegido. No le importaba lo hermosa que fuera, no permitiría que siguiera jugando con él. Si Gavin y ella se habían peleado, era su problema.

Entonces levantó los ojos y vio su expresión.

—¿Hay alguien en la casa otra vez! —exclamó ella.

—¿Dónde?

—No lo sé. Yo me estaba duchando en la habitación de la esquina.

El dormitorio de Eden.

—He cerrado las puertas porque había hombres arreglando la ventana y tirando paredes, pero, cuando he salido del baño, olía a chicle de menta y la puerta del dormitorio estaba abierta.

Wyatt frunció el ceño.

—Quizá la ha abierto uno de los obreros, se ha dado cuenta de que estabas en el baño y se ha ido —pero todos los obreros estaban fuera con RJ.

—¿Y cómo han abierto la puerta? —preguntó ella.

—Déjame echar un vistazo.

La habitación del rincón no tenía otra salida. La cerradura era pequeña, pero no mostraba señales de haber sido forzada.

—Han entrado con llave —dijo Leigh.

Wyatt no podía discutir aquel punto.

—¿Seguro que la puerta estaba cerrada?

—Segurísimo.

—¿Podía haber alguien escondido en el dormitorio cuando has cerrado la puerta?

—He mirado la habitación —insistió ella con terquedad—. Parecía vacía. El armario sólo se abre al baño.

—Entonces es evidente que han abierto la habitación con una llave maestra.

—¿Quién?

—Dímelo tú. Ésta es tu casa. ¿Quién tiene llaves maestras?

Ella lo miró impotente.

—No lo sé.

Wyatt pensó que era natural. Hayley y ella no habían vivido allí en los últimos siete años. Cualquiera podía tener llaves.

—Está bien. No hay nada que podamos hacer ahora. Tengo que volver al pueblo. Se supone que estoy trabajando, y necesito cambiarme de ropa.

—Pues vete —contestó ella, irritada.

—Me gustaría que me enseñaras el contenido del maletín —dijo Wyatt.

Alexis se quedó muy quieta.

—¿Por qué?

—Dímelo tú. ¿Qué hay dentro?

Ella lo miró en silencio. Las mellizas Thomas tenían fama de testarudas y él carecía de medios legales para insistir, sólo tenía la corazonada de que el maletín era importante.

Le sostuvo la mirada.

—Si me dices que en ese maletín no hay nada que tenga relación con mi investigación, no volveré a pedírtelo.

Ella apartó la mirada.

—De un modo u otro, todo está relacionado, ¿no? —comentó—. Lo dejé en el armario del primer dormitorio.

—Enséñamelo —dijo él aliviado.

De camino al dormitorio ninguno dijo nada. Al entrar, ella se detuvo, dejó en la cama la ropa que llevaba en la mano y señaló la puerta del armario.

—Detrás de las mantas —dijo—. Necesitas la silla. El estante está muy alto.

Wyatt la miró a los ojos.

—Leigh, prometo que respetaré todos los secretos de tu familia que no tengan que ver con la investigación.

Ella no contestó. Wyatt se acercó al armario. El estante estaba alto, pero se puso de puntillas y sacó las mantas y almohadas que había allí. No vio ningún maletín.

—¿Es otro juego? —preguntó de mal humor.

—¡Yo no juego! El maletín estaba ahí. Lo juro —insistió ella.

En sus ojos había un resplandor de miedo, pero decía la verdad. ¿O intentaba ganar tiempo de nuevo?

—Creí que aquí no lo buscaría nadie. Pero quizá el hombre de anoche no me buscaba a mí, sino el maletín.

Wyatt se acercó a ella y la tomó por los hombros. Leigh lo miró con aire desafiante. Él observó su expresión y decidió que la creía. Si mentía, era una actriz consumada.

Cuando se dio cuenta de que empezaba a notar el olor de su champú y la suavidad de su piel, la soltó.

—Vámonos.

—¿Adónde? —preguntó ella.

Él le frotó los brazos en el punto donde la había sujetado.

—¿Te he hecho daño?

—No.

Se miraron a los ojos y ella tendió la mano y la acarició la barbilla.

—Tienes que saber que no estoy prometida con Gavin —murmuró. Gavin. Aquel nombre fue como una bofetada de realidad.

—Pero vosotros dos...

—No somos pareja —dijo ella con decisión.

Wyatt quería creerla. Su cuerpo estaba duro por el deseo de creerla.

—Nunca hemos sido pareja. Yo no soy así, Wyatt. No enfrento a los hombres.

La intensidad de su mirada exigía que la creyera.

Wyatt se acercó más y ella lo miró expectante.

—¿Sin ataduras?

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

—Sin ataduras.

Levantó el rostro y le mordisqueó la barbilla.

—Y sin compromisos.

Lamió la piel de él, que sintió que perdía el control sin remisión. Le enmarcó la cara con las manos y la besó en la boca. Ella se arqueó contra él con un maullido de placer y Wyatt supo que estaba perdido.

Deslizó la mano en el escote de ella y buscó el globo redondo del pecho. Lo sacó, se introdujo el pezón en la boca y succionó con

fuerza. Ella gritó y la mano nerviosa que recorría la espalda de él se quedó quieta.

Ahogó con los labios su grito apagado. Una parte cuerda de su cerebro le recordó que había gente por toda la casa y que podía entrar alguien en cualquier momento.

Se apartó y fue a cerrar la puerta. Giró la cerradura y la miró. Los ojos de ella estaban medio cerrados por la pasión y sus labios hinchados por el beso. Con el vestido desordenado, un tirante colgando del hombro y el pecho húmedo de su boca, Wyatt estaba seguro de no haber visto nada tan sexy en toda su vida.

—Ven aquí.

Ella se acercó despacio; él le tocó el pezón y ella se estremeció.

—Quítatelo, quiero verte.

Ella le dedicó una sonrisa trémula.

—Yo lo haré si lo haces tú.

El desafío le resultó muy excitante. Fuera se oían ladridos de felicidad de Lucky.

—¡Aparta de ahí, perro tonto! —gritó RJ.

Se oyó el ruido de un remolque de camión al elevarse, seguido del de piedras cayendo. Wyatt se quedó inmóvil. Captó la vacilación súbita de ella.

—¿En qué estábamos pensando?

Alexis se cubrió el pecho y subió el tirante del vestido para colocarlo en su sitio.

—No pensábamos. Yo por lo menos.

—Yo tampoco. Lo...

—No se te ocurra decir que lo sientes —le advirtió ella.

Wyatt sonrió.

—Sólo que no sea el momento apropiado. Pero mejor así; no llevo preservativos encima.

Ella abrió los labios con consternación.

—¿No tomas la píldora? —preguntó él.

—Nunca he tenido motivos para hacerlo.

Aquello lo complació, hasta que se le ocurrió un pensamiento que lo asustó.

—¿Nunca, nunca?

La joven se ruborizó y apartó la vista.

—No irás a decirme que eres virgen.

Ella levantó la cabeza; en sus ojos había un brillo de advertencia.

—No voy a decirte nada.

Wyatt se acercó a ella.

—¿Lo eres? —preguntó.

—¿Hay alguna ley contra las vírgenes?

El lanzó un juramento.

—Creía que era eso lo que intentábamos arreglar —musitó ella.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Yo no seduzco vírgenes.

—En ese caso, tenemos un problema, ¿no te parece?

## Capítulo 9

A Alexis le temblaba todavía el cuerpo por el recuerdo de la boca y las manos de él. Tenía los pezones erguidos y la sangre le palpitaba de deseo.

—Ningún problema —dijo Wyatt con fiereza. Movi6 la cabeza—. Nunca he conocido a nadie como t6.

—Por lo menos tenemos algo en com6n. Yo tampoco a nadie como t6.

—Esto es una locura. Estamos locos. Es media ma1ana.

—Tienes raz6n, es una locura —asinti6 ella—. ¿Por qu6 no vuelves al trabajo y fingimos que esto no ha ocurrido?

—Est6s enfadada —coment6 6l.

—¿Enfadada? ¿Por qu6? ¿Porque primero me excitas y luego te apartas y me dices que ha sido un error? Pues s6, un poco. Y cuanto m6s lo pienso, m6s me enfado. Vete, por favor.

—Leigh...

—Lo digo en serio, ¿vale? Vete.

El empez6 a protestar y ella lo mir6 de hito en hito.

—Si se te ocurre decir que lo sientes, voy a gritar tan alto que vendr6n todos corriendo a verlo que pasa. ¡M6rchate!

Sin decir palabra, Wyatt se volvi6 y abri6 la puerta, que cerr6 con suavidad a sus espaldas. Alexis se sent6 en el borde de la cama. Se sent6 tan confusa que no sab6a si re6r o llorar, pero temblaba entera en reacci6n a sus caricias.

La puerta se abri6 de golpe y Wyatt llen6 el umbral.

—Adelante, grita —dijo—. Pero no me ir6 de aqu6 con la sensaci6n de haberle dado una patada a un gatito.

Ella se levant6 de la cama ultrajada.

—¿Un gatito? ¿T6 crees que soy un gatito d6bil?

La mirada de él perdió intensidad.

—Puede que no haya elegido bien la comparación.

—No. Puede que sea más pequeña que tú, pero no soy el gatito de nadie.

—De acuerdo —dijo Wyatt, con una sonrisa. Le tendió la mano, pero ella estaba tan enfurecida con su aura de superioridad masculina que no se detuvo a pensar hasta que él estuvo tendido de espaldas en la alfombra mirándola con expresión atónita.

Alexis, arrepentida al instante, se inclinó sobre él.

—Perdona. No quería hacer eso. ¿Estás bien?

—No lo sé. Te lo diré cuando intente moverme.

—Ah, vamos, no ha sido para tanto. Y tendrás que admitir que pocos gatitos pueden hacer eso.

Tendió la mano para ayudarlo a levantarse y él tiró y la hizo caer encima de él. Rodó con ella y la sujetó contra la alfombra con su peso.

—No —admitió—. Pero yo nunca he querido hacerle esto a un gato.

La besó en la boca antes de que ella pudiera apartar la cara. Fue un beso caliente y apasionado, que ella devolvió con pasión. Cuando al fin se separaron, estaban los dos sin aliento.

—¿Por qué has hecho eso? —susurró ella.

—No lo sé. Creo que me tienes embrujado.

Alguien golpeó la pared al lado de la puerta y carraspeó. Wyatt se puso en pie de un salto y se acercó a la puerta.

—Lo siento —dijo una voz—, pero me envía el jefe con un mensaje. Que o vuelves inmediatamente al pueblo o empiezas a organizar tu regreso a Connecticut.

—Entendido —dijo Wyatt, sombrío—. Siento que hayas tenido que venir hasta aquí, Jim.

—No importa. Y no pretendía... ah, interrumpir.

—No importa.

—¿Le pasa algo a la cama? —preguntó el tal Jim en una voz tan baja que Alexis apenas la oyó.

—Sí —contestó ella, acercándose—. Los muelles crujen mucho.

Se dirigió a las escaleras, satisfecha de haber tenido la última palabra, pero Wyatt la agarró y la hizo volverse antes de que llegara al primer escalón.

—No hemos terminado.

Ella los miró a su amigo y a él.

—Claro que sí. Yo no hago actuaciones públicas.

—Bueno, creo que yo me largo —intervino Jim—. Si me disculpáis...

—Desde luego —asintió ella.

Wyatt gruñó, pero se apartó para dejarle pasar.

—A pesar de que me gustaría seguir aquí, tengo que volver al trabajo antes de que mi tío me despida.

—Adelante. Yo no te lo voy a impedir.

—¿Seguro que tú no eres Hayley? Yo creía que tú eras la melliza pacífica.

—Eso demuestra lo poco que sabes. No soy una melliza, soy la trilliza diabólica, la que regalaron al nacer.

—Empiezo a creer que es así. ¿Quieres que te lleve al pueblo?

—Sí, por favor.

—Pues vámonos ya.

Alexis bajó las escaleras, muy consciente de la presencia de él a sus espaldas. En el porche, divisó al policía Jim hablando con RJ. Sabía que se había ruborizado, así que se alegró cuando Lucky se acercó corriendo a ella.

—Hola. ¿Te estás portando bien?

El perro se detuvo a oler la mano de Wyatt y aceptar una caricia antes de alejarse. Wyatt echó a andar hacia el camino de atrás y ella lo siguió entre los árboles hasta que llegaron a un claro donde había graneros viejos y una fragua. El claro se usaba como aparcamiento.

Wyatt se detuvo a esperarla.

—Si intento disculparme por haberte puesto en evidencia, ¿volverás a tirarme al suelo?

—No. Creo que tú has salido peor parado que yo. Tu amiguito Jim se lo estaba contando a RJ y seguro que no dejarán de gastarte

bromas.

—Yo puedo soportarlo, es tu reputación lo que me preocupa.

La joven se disponía a decirle que su reputación no le importaba nada cuando se dio cuenta de que no sería la suya la que se resintiera, sino la de Leigh.

—Wyatt, esto ya ha durado mucho tiempo. Tienes que saber...

—¡Espera aquí!

Alexis, sobresaltada, lo vio salir corriendo hasta el granero más cercano. El corazón se le subió a la garganta cuando vio que sacaba una pistola.

—¿Y ahora qué pasa? —empezaba a odiar Heartskeep.

Vio a Wyatt desaparecer en el granero y vaciló. Él le había dicho que esperara allí. Pero los segundos se convirtieron en minutos y empezó a acercarse al granero.

Si ocurría algo, podía gritar. ¿Pero la oiría alguien con el ruido de los camiones y de la grava?

Wyatt llevaba mucho tiempo allí dentro y el claro estaba demasiado en silencio. Ni siquiera había trinos de pájaros.

Su vacilación se convirtió en certeza. Algo iba mal.

—¿Wyatt?

No hubo respuesta. Todos sus instintos la impulsaban a ir a buscar ayuda. Se volvió para hacer justamente eso.

—Wyatt no puede contestarte en este momento.

Alexis dio un respingo. Jacob salió de entre los árboles y le cortó el paso. Levantó la mano y ella vio que la apuntaba con una pistola.

—No te muevas. Yo sólo quiero el dinero, Alexis. Tú vas a heredar más de lo que puedas gastar. No echarás de menos el del maletín.

Avanzó y ella vio que cojeaba un poco de la pierna izquierda. Empezó a retroceder. En aquel momento quedaba muy poco del encanto juvenil de él. Seguía siendo atractivo, pero sus rasgos eran duros, casi desesperados.

—¿Qué le has hecho a Wyatt?

—Yo no le he hecho nada, ha tenido un accidente.

Alexis sintió miedo.

—¿Qué tipo de accidente?

—Se ha caído por la madriguera del conejo —Jacob se acercó con una sonrisa de sorna—. No te preocupes, está bien, pero tardará un rato en salir de ahí, así que no nos interrumpirá por el momento. Necesito ese dinero, Alexis.

—¿Por qué? —ella cambió de dirección y empezó a andar hacia los coches. Si conseguía acercarse lo suficiente, quizá pudiera refugiarse detrás de alguno y escapar antes de que le disparara—. ¿Tienes problemas de drogas o algo así?

—Algo así. No importa. Lo que importa es que, si quieres que todo esto termine, tienes que darme el dinero.

—No puedo. Aunque quisiera, no puedo. Ha desaparecido.

—¡Maldita sea, Alexis! ¡No me mientas! ¡Dame el dinero!

—Ya te he dicho que no puedo. Pégame un tiro si quieres, pero no puedo darte lo que no tengo.

El dejó de moverse y ella también. Estaba ya a poca distancia de los coches. Jacob arrugó la frente, claramente alterado.

—¿Quién lo tiene?

—No lo sé. La persona que nos disparó anoche, supongo.

—¿Os disparó alguien?

En la voz de él había miedo. El suficiente para convencer a Alexis de que no había sido él el que disparara.

—Habla con la persona que entró anoche en la casa durante la tormenta —dijo ella—. Es el único que puede decirte dónde está el maletín. Yo he ido a buscarlo para dárselo a Wyatt y había desaparecido.

—Alexis, si me mientes...

—Sabes que no. No tengo el maletín y no tengo medio de recuperarlo aunque quisiera dártelo:

—Tira el arma, Jacob.

La voz de Wyatt procedía de la puerta del granero. Alexis lo miró aliviada. Tenía la ropa empapada y cubierta de barro, pero sujetaba la pistola con aire amenazador y miraba a Jacob de hito en hito.

La joven vio el miedo en los ojos de Jacob, que, no obstante, apretó también su pistola y se colocó a un lado, desde donde podía verlos a los dos, aunque siguió apuntándola a ella.

—Creía que tardarías mucho más en salir, Wyatt. A mí ese pozo me parecía más hondo, pero, aparte del barro, no tienes mal aspecto.

—He dicho que sueltes la pistola.

—Sabes que me gustaría hacerlo, pero ahora no tengo tiempo de ir al pueblo a contestar un montón de preguntas.

Wyatt empezó a avanzar y Jacob movió la cabeza.

—Si te mueves de nuevo, le disparo a ella. No quiero hacerlo, pero lo haré.

Wyatt se detuvo. Jacob no. Hizo señas a Alexis de que siguiera avanzando más allá de los coches esparcidos por el claro. Ella intentó conservar la calma y revisar mentalmente todos los movimientos que había aprendido. Tensó los músculos, preparándose para entrar en acción en cuanto él se acercara lo suficiente.

—Leigh, colócate detrás del camión y corre al bosque —le ordenó Wyatt—. Jacob no es tonto. No te disparará.

—No lo hagas, Leigh —le advirtió Jacob.

La fiereza de sus palabras se vio frenada por un brillo de regocijo al usar su nombre falso. Jacob quería que supiera que no la iba a delatar.

Alexis, perpleja, no se movió. El instinto le decía que Wyatt tenía razón, Jacob no pensaba dispararle a ella. El problema era que no sabía si dispararía a Wyatt si se veía atrapado.

—Ayúdame —le dijo Jacob moviendo sólo los labios, sin sonido.

Sus ojos siguieron suplicándole ayuda cuando levantó la voz.

—Sé que acabarás conmigo, Wyatt, pero no antes de que le meta una bala en el pecho. ¿Podrías vivir con eso? No me obligues a hacer algo que lamentaremos todos.

Wyatt había avanzado un paso más, pero se detuvo a considerar la amenaza.

—No hagas ninguna estupidez, Jacob. Vamos a hablar.

El otro sonrió.

—Lo siento, no tengo tiempo para conversaciones. Leigh me va a acompañar a mi coche, ¿verdad, Leigh?

Le hizo señas de que empezara a moverse. Alexis miró a Wyatt; la tensión se notaba en todos los músculos de su cuerpo. En ese

momento era sólo policía, concentrado y peligroso. Dispararía a Jacob para protegerla. No sabía bien lo que ocurría allí, pero no quería que nadie resultara herido.

—No pasa nada, Wyatt. Acompañaré a Jacob al coche —empezó a moverse en la dirección indicada por él.

—¡No! Leigh, quédate donde estás.

Jacob apretó los labios con determinación. Su desesperación casi resultaba tangible.

—No importa, Wyatt —dijo ella, que seguía avanzando—. Deja que se vaya.

—¡Párate, Leigh! No puedo hacer eso.

Alexis vio gratitud en la mirada de Jacob mientras calculaba las posibilidades de cerrar la situación sin disparos. Pero Jacob había aprendido la lección y no pensaba acercarse a ella. Cuando llegó a la camioneta de RJ, echó un vistazo rápido en torno al claro. No vio el deportivo de Jacob, pero sí vio a Lucky que corría hacia ellos desde la casa. Wyatt no lo había visto; los seguía sin dejar de apuntar a Jacob. Este, que vigilaba, a los otros dos, tampoco vio acercarse al perro, pero lanzó un juramento al darse cuenta de que Wyatt empezaba a alcanzarlos.

—¡Atrás, Wyatt! Lo digo en serio.

Wyatt se lanzó sobre él sin previo aviso. Alexis se apretó contra la camioneta y los dos hombres cayeron juntos al suelo con un golpe sordo.

—¡Lucky! ¡No! —gritó al ver que el perro se lanzaba también al montón ladrando alegremente. Chocó contra Wyatt, que buscaba en ese momento la mano con la que Jacob sostenía el revólver. El peso del animal lo lanzó de espaldas.

Jacob no necesitó nada más. Se puso en pie y corrió alrededor de la camioneta. Wyatt se liberó del perro y se levantó también para perseguirlo.

—¡Lucky! —gritó Alexis.

El perro, encantado con el juego, no le hizo caso y corrió detrás de Wyatt hasta darle alcance. Wyatt se tambaleó y Jacob desapareció entre los árboles.

Wyatt maldijo al perro y señaló los árboles.

—Alcanza a Jacob, perro tonto. ¡A por él!

Lucky ladró de contento y se lanzó al bosque, con Wyatt pegado a sus talones. Alexis echó a correr tras ellos, hasta que vio a Jim y RJ avanzar hacia ella y salió a su encuentro.

—Wyatt y Lucky van detrás de Jacob. Está armado.

—¿Dónde? —preguntó el policía.

Alexis señaló con el dedo.

—Vosotros dos esperad aquí —ordenó Jim.

—Deberíamos ir con él —dijo Alexis, ansiosa.

Oyeron que Jim llamaba a Wyatt.

—Es peligroso acercarse por detrás a un policía que tiene una pistola en la mano —comentó RJ—. Así es como ocurren accidentes. Tenemos que hacer lo que ha dicho.

—Entonces llama a Lucky. Cree que es un juego y puede acabar herido.

RJ vaciló sólo un segundo.

—¡Lucky! ¡Ven aquí, perrito!

Oyeron un ladrido de respuesta entre los árboles. RJ siguió llamándolo y, minutos después, el animal salía de entre los árboles con la lengua colgando.

—Eso es, Lucky. Buen perro —RJ lo agarró del collar con ambas manos—. ¿Qué sucede? —preguntó a la joven.

Alexis le contó una versión abreviada de lo ocurrido, sin mencionar el dinero ni el maletín. Lucky empezó a debatirse en un esfuerzo por liberarse y seguir jugando. La joven compartía su agitación.

—¿Dónde están? —preguntó.

RJ señaló el camino que salía del claro.

—¡Allí!

Soltó a Lucky y el perro corrió hacia los dos hombres que volvían. No había ni rastro de Jacob. Alexis no sabía si se alegraba de su huida o la lamentaba. No se fiaba de él, pero no la había delatado y, en realidad, tampoco le había hecho nada.

Movió la cabeza ante esos pensamientos, sabedora de que Wyatt iba a estar muy enfadado con ella.

—¿Qué has hecho, revolcarte en el barro? — preguntó RJ.

—Me he caído en un pozo abandonado detrás del granero.

—No me digas.

Wyatt lo miró de hito en hito y Lucky se acercó a él con alegría.

—De eso nada, perro. Si no te conociera, diría que Jacob te ha sobornado para que lo ayudaras a escapar.

—Lucky le ha hecho tropezar —explicó Jim.

—¿A Jacob? —preguntó RJ.

—A Wyatt.

RJ hizo una mueca.

—Oh.

—Sí. Oh —gritó Wyatt.

—No grites a RJ No ha sido culpa suya —intervino Alexis.

—No —dijo Wyatt—. No ha sido culpa suya.

—Y tampoco de Lucky —lo defendió ella—. Sólo es un perro. Quería jugar.

—Yo sé bien de quién ha sido la culpa.

—Tampoco ha sido mía —protestó ella.

—¿Por qué no has hecho lo que te he dicho?

—Porque Jacob se sentía atrapado y tenía miedo de que te disparara.

—La pistola te apuntaba a ti, no a mí. —Vale, pero tú mismo has dicho que a mí no me iba a disparar. Y no estaba segura de lo que te haría a ti. Me aprecia más a mí que a ti. Jim soltó una risita y Wyatt lo miró de arriba abajo.

—¿Alguien puede contarme lo que ocurre? —preguntó RJ—. ¿Qué hacía Jacob con una pistola?

Wyatt hizo una mueca y miró a Alexis.

—Buena pregunta. Yo he visto a alguien en el granero y, cuando me he acercado a mirar, Jacob Voxx ha echado a correr. No he visto el pozo hasta que era demasiado tarde. No es muy hondo, pero los lados estaban tan llenos de barro que cada vez que intentaba salir, resbalaba. Al fin he visto que había escalones de hierro debajo del barro a mis espaldas, pero cuando he salido, he visto que Voxx apuntaba a Leigh con una pistola. Si ella hubiera hecho lo que le he

dicho, lo habría detenido.

—No es cierto —argumentó ella—. Se habría sentido obligado a dispararte. Yo lo iba a acompañar a su coche para que nadie resultara herido.

—¿Y qué habrías hecho si se hubiera empeñado en que subieras con él?

—Habría rehusado.

—¿Y crees que lo habría aceptado sin más?

Alexis levantó la barbilla.

—¿Por qué no? Ya lo derribé una vez; puedo volver a hacerlo.

—¡Por el amor de Dios, Leigh! ¡Esta vez te apuntaba con una pistola!

—Ya te he dicho que no la iba a usar.

—No iré lejos —intervino Jira, para calmarlos—. Alguien lo verá. Tú deberías entrar a lavarte.

—Tengo que volver al pueblo —dijo Wyatt con voz tensa.

—¿Así? —preguntó la joven escéptica—. Tardarás un mes en limpiar el barro del coche.

—De todos modos tendré que limpiar la suciedad que has dejado tú.

—Yo no estaba ni la mitad de sucia.

—Yo tengo un cambio de ropa en la camioneta —le ofreció RJ—. Pantalón corto y camiseta. Puede que te queden grandes, pero será mejor que lo que llevas ahora.

Wyatt intentó limpiarse parte del barro de la cara y sólo consiguió empeorarlo aún más. Asintió con un suspiro.

—Ven conmigo y te los daré.

—Está bien, pero hazme un favor, ¿vale? Vuelve a conectar el teléfono. Tengo que llamar al jefe.

—De acuerdo.

Dentro de Heartskeep, Alexis descubrió que había dos dormitorios más y otro baño en el primer piso, detrás del despacho. No conseguía habituarse a lo grande que era la casa.

Jim tuvo que marcharse, pero RJ aceptó su oferta de preparar algo de comer mientras Wyatt se duchaba. Alexis entró en la despensa y

encontró ingredientes más que suficientes para un sabroso plato de pasta con verduras. Metió también unas galletas en el horno y tres tazones con peras en conserva en el congelador.

Lucky la miraba trabajar cerca de la puerta. Alexis pensó que merecía una recompensa, así que le sirvió un plato de pasta. Wyatt apareció con la ropa sucia en la mano cuando ella ponía la mesa.

—Mucho mejor —dijo la joven con aprobación.

En realidad estaba guapísimo con el pantalón corto de RJ, la camiseta y unas sandalias abiertas.

—Deja la ropa sucia en la sala de la colada y la pondré en agua mientras comemos.

Wyatt hizo lo que le decía.

—Me he tomado el resto del día libre — anunció.

—Bien pensado —RJ se acercó a la mesa—. ¿Qué es lo que huele tan bien?

—Pasta otra vez.

—¿Y galletas? ¿Huelo a galletas?

—Sí. No sé si la mantequilla está bien, pero he encontrado una jarra de miel en la despensa.

—¿Sabes una cosa, Leigh? Toda esa riqueza es un desperdicio en tu caso. Una mujer que cocina tan bien debería ser la esposa de un trabajador. ¿Por qué no te olvidas de esta mansión tan grande y te vienes a vivir con Lucky y conmigo a la granja?

Alexis se echó a reír, pero Wyatt le hizo una mueca a su amigo.

—Cállate y come.

—Eh, hasta que alguien le ponga un anillo en el dedo, está libre — repuso su amigo—. Además, yo no quiero casarme con ella por su dinero, sino por su habilidad como cocinera.

—Es una oferta tentadora —intervino Alexis—, pero me temo que tendré que rechazarla. Estoy esperando otra.

RJ enarcó las cejas, lanzó una mirada rápida a Wyatt y metió el tenedor en su plato.

—Pues es una lástima, porque Lucky contaba contigo.

El perro había devorado su parte en unos segundos y estaba sentado entre Alexis y Wyatt viéndolos comer. Ella sonrió al animal.

—Quizá debería cambiar de idea. Siempre he querido tener un perro.

—Sí —gruñó Wyatt—. Sobre todo uno que ayuda tanto como Lucky.

El aludido movió el rabo.

RJ tendió la mano hacia la bandeja de las galletas.

—Todavía me gustaría saber qué hacía Jacob aquí con tina pistola —dijo.

Alexis se movió incómoda en su silla. Terminó de tragar y dejó el tenedor en el plato. Había llegado el momento.

## Capítulo 10

Wyatt dejó su galleta a medio comer en el plato.

— ¿Por qué?

— ¿Qué maletín? —preguntó RJ—. ¿Ese tan pesado que llevabas el otro día?

Sonó el teléfono en la pared detrás de Wyatt, que no apartaba los ojos de ella.

— ¿No vas a contestar? —preguntó ella.

— No —dijo él—. ¿Qué había en el maletín, Leigh?

Al ver la expresión culpable de ella, se le encogió el estómago.

— Es una larga historia.

El teléfono dejó de sonar.

— Tengo todo el día.

Alexis asintió con tristeza. RJ no dijo nada.

El teléfono volvió a sonar.

— Dinero.

RJ dió un respingo. Wyatt sintió que se le contraían los músculos.

— ¿Cuánto?

El teléfono dejó de sonar.

— No lo sé —repuso ella—. No lo conté.

El teléfono volvió a sonar.

— ¿Quieres que conteste yo? —preguntó RJ.

Wyatt se puso en pie, miró el identificador de llamada y vio que se trataba del móvil de Jim.

— Tengo que contestar —dijo.

— ¿Wyatt? Soy Jim. Voy de camino a la casa. Reúnete conmigo en la puerta ahora mismo.

— ¿Qué ocurre?

— Ven a la puerta. Ya estoy llegando.

—De acuerdo —colgó el auricular—. Tengo que ver a Jim delante de la casa —dijo—. ¿Cuánto dinero, Leigh?

—Ya te he dicho que no lo conté, pero el maletín estaba lleno.

—¿De dónde lo sacaste?

Alexis apartó su silla y se levantó.

—Eso es lo que es una larga historia. Puede esperar. No iré a ninguna parte. Ve a ver a tu amigo.

Wyatt maldijo mentalmente a Jim por lo inoportuno de su llegada.

—Quédate con ella, RJ. No la dejes sola ni un segundo.

—Ya te he dicho que no iré a ninguna parte.

—Jacob puede seguir aún por aquí. Vuelvo enseguida.

Cuando llegó a la puerta principal de la casa, el coche patrulla de Jim se acercaba por el camino arrancando una nube de polvo a la grava recién esparcida. En el asiento de atrás del coche había alguien.

Jim paró el motor, salió del vehículo y avanzó hacia Wyatt agitando un papel que llevaba en la mano. Wyatt bajó los escalones del porche. Cuando el polvo comenzó a asentarse, reconoció a Hayley.

—¿Qué ocurre, Jim? ¿Qué hace Hayley en tu coche?

—Antes de que conteste a eso, echa un vistazo a esto.

Wyatt tomó el papel.

—¿Es una broma? —preguntó.

Jim negó con la cabeza.

—Es del Departamento de Policía de Nueva York.

Wyatt miró la foto Leigh y Hayley.

—Ellos dicen que es una foto de Alexis Ryder —explicó Jim.

—¿Y quién hay en tu coche?

—No lo sé. Ella afirma que es Hayley Thomas, pero no lleva ningún documento de identidad encima. Miller la ha parado en la autopista por exceso de velocidad y conducía un coche de alquiler con matrícula de Nueva York. Tampoco llevaba el contrato del coche. Había visto ya la foto de una mujer idéntica a Alexis Ryder y por eso la ha detenido.

—¿Y cuál es su explicación?

—Dice que debió dejárselo en el coche de Bram.

Wyatt se frotó la mandíbula; se sentía más cansado que nunca en

su vida.

—¿Conoce a Bram?

—Ajá.

—Pero tú no la crees.

Jim se encogió de hombros.

—Tú eres el gran poli de ciudad, amigo. He pensado que sería mejor que decidieras tú quién es y lo que significa esta foto.

Wyatt se acercó al coche patrulla y abrió la puerta.

—Ya era hora. Wyatt, ¿quieres decirle a este... agente quién soy?

Wyatt miró a Jim, quien enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—Pareces Hayley — dijo el primero con calma.

—Soy Hayley, idiotas. Ese... poli ni siquiera me ha dicho lo que ocurre.

—Por cierto —comentó Jim—. La mancha de la chaqueta era de sangre.

Wyatt asintió, pero no apartó la vista de la mujer que era idéntica a Leigh.

—¿Qué chaqueta? ¿Qué sangre? —preguntó ella.

—¿Dónde está Bram? —preguntó Wyatt.

La mujer respiró hondo, como para controlar su furia.

—Se ha ido a Murrett Township a ver a su padre. Anoche estuvimos en Nueva York y yo alquilé este coche porque Bram decidió ir a ver a su padre. Yo quería darle la oportunidad de que estuviera a solas con su familia y decidí pasar por Boston para echar un vistazo a nuestro apartamento y recoger el correo —se encogió de hombros—. Cambié de idea y decidí venir directamente aquí. No sabía que podían arrestarme por dejarme el bolso en el coche de Bram. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Le pasa algo a Leigh?

La pregunta y su expresión preocupada convencieron a Wyatt de su identidad.

—Leigh está bien. ¿Por qué no entras y lo ves por ti misma? —miró a Jim—. Es Hayley. Leigh puede verificar su identidad. Reconocerá a su hermana.

—¿Leigh está aquí? —preguntó la joven, sorprendida—. Yo creía que Gavin y ella... Vale, no importa. ¿Puedo salir ya del coche?

—Sí —Wyatt retrocedió.  
—¿Y esto? Jim señaló el papel que Wyatt tenía en la mano.  
—¿Qué es eso? —preguntó Hayley.  
Wyatt se lo mostró.  
—Leigh y tú no tendréis otra hermana por casualidad, ¿verdad?  
Hayley palideció.  
—¡Oh, Dios mío!  
Wyatt sintió que se le contraía el estomago.  
—Comprende el problema, Hayley —intervino Jim—. Esa foto es igual que tú. Hasta lleva el pelo igual.  
Hayley los miró atónita.  
—Esto tiene que ser un error. ¿Creen que ha asesinado a alguien? —preguntó.  
—A su padre —confirmó Wyatt.  
—¡Oh, Dios mío! —su sorpresa parecía auténtica—. ¿Has dicho que Leigh está dentro? —preguntó.  
—Sí, está con RJ.  
—¿Gavin no está con ella?  
—No.  
La joven movió la cabeza con una expresión que parecía de pánico.  
—Necesito verla —dijo.  
Wyatt apretó la mandíbula; tenía una premonición de desastre inminente.  
—Vamos a verla.  
—¿Quieres que espere? —preguntó Jim.  
—No es necesario, pero, por favor, dile a Miller que guarde esto en secreto por el momento.  
—Ya se lo he dicho. Y él pensaba lo mismo.  
—Os debo una.  
—A mi me debes dos —sonrió Jim.  
Wyatt asintió con la cabeza.  
—¿Quién es Alexis Ryder? —preguntó a Hayley cuando subían los escalones del porche.  
—¡Oh, es todo un lío! Gavin nos dijo que corríamos un riesgo y me parece que preferiría que te lo explicáramos todo cuando llegue él.

—Gavin tiene sus propias explicaciones que dar —repuso Wyatt con voz tensa. Le sostuvo la puerta para que entrara.

—No te enfades con él; era el único que quería contártelo, pero le suplicamos que nos diera tres días. Queríamos encontrarla nosotras antes.

Wyatt se detuvo al cruzar la puerta.

—¿Quieres decir que Alexis Ryder es vuestra hermana?

Hayley temblaba ligeramente.

—Sí. O por lo menos, eso creemos. Es complicado.

—Pues ya podéis explicarlo rápidamente —dijo él, que empezaba a arder de rabia por dentro. Leigh le había mentido aunque sólo fuera por omisión—. ¿Qué tiene que ver el maletín con Alexis Ryder?

—¿Qué maletín? —preguntó ella, confusa.

—Entra ahí.

La joven lo miró de hito en hito, pero obedeció.

—¡Oh!

Avanzó hacia la sala de estar con expresión de sorpresa. Miró el techo abierto como si le costara trabajo entenderlo.

—¿Has visto eso? ¡Es fantástico! No sabía que las habitaciones pudieran quedar así.

Cruzó al comedor y RJ dobló el recodo procedente de la cocina con una sonrisa.

—Me ha parecido oír voces. Hola, Hayley. Está diferente, ¿eh?

—¡Es increíble! —exclamó ella—. No parece la misma casa. Todo parece más grande y brillante.

—Lo sé. Yo también me he quedado impresionado. Aún no me has dicho lo que opinas del cambio, Leigh.

Wyatt se puso tenso al verla doblar la esquina y avanzar vacilante. Miró a su hermana primero y luego a él. Wyatt lo comprendió todo y respiró con fuerza.

Hayley se volvió.

—¡Oh, Dios mío! Tú no eres Leigh.

La mirada de la otra seguía clavada en Wyatt.

—No, no lo soy.

Wyatt luchó por controlar la mezcla de emociones que amenazaban

con hacerle pedazos. Apenas oyó la exclamación de sorpresa de RJ. Hayley los miraba con incertidumbre. La mujer que no era Leigh no apartaba los ojos de él, como si temiera mirar a la joven que era una copia idéntica de ella.

Wyatt no se movió.

—¿Por qué no me lo has dicho?

Alexis no podía pensar. Sabía que sus hermanas eran idénticas a ella, pero la realidad de ver por primera vez a Hayley la había perturbado tanto que había centrado su atención en Wyatt, aunque le costaba trabajo asumir el dolor que expresaban los ojos de él.

—Intenté decírtelo —musitó.

—¿Cuándo? ¿Hace unos minutos? ¿Y por qué no cuando nos conocimos? ¿O ayer por la tarde? ¿O anoche? ¿O esta mañana cuando casi hemos hecho el amor?

Alexis suspiró hondo. Él no la perdonaría nunca. Abrió las manos con desesperanza.

—Al principio no te conocía, sólo eras un extraño apuesto que me había tomado por otra.

—Y no querías darme tu nombre porque sabías que te buscaba la policía —dijo él con furia.

—¡No! No sabía que me buscaban y no sabía que eras policía hasta que me lo dijo RJ. Cuando te acercaste a mí, acababa de enterarme de que el abogado había muerto y no sabía qué hacer ni adónde ir.

—¿Qué abogado? ¿Rosencroft? ¿Qué tiene que ver él con esto?

—No lo sé. Estaba muerto, así que no pude preguntárselo. La nota de mi padre decía que no me fiara de nadie excepto de él y de una mujer llamada Kathy.

—Espera un momento —intervino Hayley.

Alexis la miró con un esfuerzo. Resultaba muy desorientador mirar un espejo viviente.

—¿Quieres decir que tú has estado aquí estos días haciéndote pasar por Leigh?

—Eso es justamente lo que quiere decir — contestó Wyatt—. ¿De qué nota hablas?

Alexis apartó la vista de Hayley con un esfuerzo.

—Ya te dije que era complicado.

—¿Por qué no entráis en la cocina? —sugirió RJ—. Los hombres no tardarán en volver del descanso del almuerzo.

Wyatt miró a Alexis

—Tú primero —dijo.

La joven se volvió y desanduvo el camino hasta la cocina.

—Siéntate —ordenó Wyatt.

—Prefiero estar de pie —dijo ella.

Estaba demasiado nerviosa para sentarse.

—Pues te aguantas. Siéntate.

Alexis lo miró desafiante.

—¿Eso de jugar al policía malo suele darte resultados? —preguntó—. Porque personalmente lo encuentro irritante.

En el cuello de él empezaba a palpitar una vena.

—¿Por qué le disparaste a tu padre? —preguntó.

Alexis parpadeó. Movi6 la cabeza como para aclarar sus pensamientos.

—Yo no disparé a mi padre.

—Es no es lo que piensa la policía de Nueva York.

La joven sintió la boca seca.

—¿Creen que yo lo maté?

Hayley no dijo nada; los observaba en silencio.

—Tú estuviste allí —dijo Wyatt—. Había sangre en tu chaqueta.

—¡Claro que estuve allí! —recordaba el horror de lo sucedido con tanta claridad como si lo estuviera viviendo de nuevo—. Llegué a casa y me lo encontré allí. Yo lo vi morir.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero parpadeó con fiereza. No dejaría que la viera llorar. Las lágrimas por su padre eran algo privado. Tal vez las hubiera compartido con Wyatt, pero no con aquel policía. Ese era un desconocido.

—Lo viste morir y no pediste ayuda. Y después saliste del piso y te alejaste de allí. —

Wyatt, basta —dijo Hayley con brusquedad. Se colocó entre los dos—. Ya puedes ver que está afectada.

—Siéntate y cállate, Hayley.

Alexis miró a su hermana con gratitud.

—No importa —dijo—. Tiene razón. Vi morir a mi padre, no pedí ayuda y luego me alejé —levantó la barbilla y lo miró a los ojos—. Y te olvidas del maletín lleno de dinero. Me lo llevé conmigo y todavía tenía su sangre.

Aunque temblaba de pies a cabeza, se negaba a ceder al dolor. Por un momento largo hubo sólo silencio.

—Se acabaron las mentiras y los juegos. Dime lo que ocurrió —ordenó él con furia.

—¿Para qué molestarse? Tú ya has decidido lo que ocurrió. Arréstame.

—Yo no sé nada de nada. ¿Quién es Alexis Ryder?

Alexis tragó saliva con fuerza.

—No lo sé —movió la cabeza—. Alexis era una chica que se crió en Nueva York con una madre, un padre y una vida muy corriente. La única tragedia que tuvo que afrontar fue la muerte de su madre a los diecisiete años.

Hayley lanzó una exclamación de sorpresa. Alexis la miró.

—Irónico, ¿eh? Supongo que, en cierto modo, nuestras vidas no fueron tan distintas después de todo. Excepto que a mi madre no la mataron, murió en un accidente de coche en una carretera resbaladiza. Su muerte destrozó tanto a mi padre que se entregó a la bebida y no la dejó nunca.

Se encogió de hombros.

—Alexis Ryder fue a la universidad, se licenció, buscó un trabajo y alquiló un apartamento en Nueva York con su compañera de cuarto de la universidad. El mayor problema que tenía en su vida era una cita con el primo de su amiga, ya que tenía que buscar el modo de decirle que no le interesaba nada más profundo que una amistad.

Soltó una carcajada amarga.

—Es curioso. Me pasé toda la semana pensando en esa cita porque Seth es un buen chico y yo no quería herir sus sentimientos. Pero cuando vino a recogerme y llamó al timbre, ni siquiera le abrí la puerta. Mi padre había muerto ya.

El dolor cruzó sus facciones.

—Estabas en shock —dijo Wyatt. Reprimió el impulso de consolarla. Tenía que hacer su trabajo aunque ella lo odiara por ello —. ¿Por qué no llamaste a la policía?

—Papá me dijo que huyera. Me dijo que a continuación irían por mí. Y tenía razón.

—¿Quién? —preguntó él.

—No lo sé. Me escondí en el armario. Últimamente he aprendido a esconderme. Armarios, camas, habitaciones ocultas...

—Dime lo que pasó —insistió él.

—¿Por qué no? Supongo que tendré que repetirlo un montón de veces. ¿Quieres ver la nota? Mi padre me escribió una carta para decirme que no era mi padre —cerró los ojos.

—¿Dónde está la nota? Alexis abrió los ojos.

—Arriba. La saqué del maletín. No sé por qué, pero guardé el sobre en el almohadón de la habitación donde me quedé dormida. Si no lo ha encontrado nadie y si no se rompió cuando entró la rama por la ventana, supongo que seguirá allí.

—¿Entró una rama por la ventana? —preguntó Hayley.

—Una muy grande —le dijo Alexis con un estremecimiento—. ¿De verdad te criaste en esta casa? —preguntó—. Quizá tuve suerte después de todo. Vamos, te enseñaré la carta —le dijo a Wyatt.

—¿Por eso viniste aquí? —preguntó él mientras avanzaban hacia la escalera de atrás.

—Sí. Decía que debía venir aquí a ver a un abogado llamado Rosencroft. Y que no podía fiarme de nadie excepto de Kathy.

—¿Te refieres a Kathy Walsh? —preguntó Hayley.

Wyatt y Alexis se miraron sorprendidos. Ella se encogió de hombros.

—A mi padre no se le daban bien los nombres, pero Jacob cree que se refería a ella.

Wyatt la detuvo antes de que empezara a subir las escaleras.

—¿Cómo sabe Jacob lo de la nota?

—No creo que lo sepa, pero cuando apareció en casa de RJ, dijo que quería el maletín que Kathy le había dado a mi padre.

—¿Y cómo sabía lo del dinero? —preguntó Hayley.

—Tendrás que preguntárselo a él. Fue el que me dijo que a mi padre le habían pegado un tiro. Yo ni siquiera sabía lo que le había ocurrido. Había mucha sangre —se estremeció—. Jacob parece saber mucho más que yo —miró a Wyatt. ¿Voy por la carta?

El asintió y juntos subieron al primer piso.

—Te estábamos buscando —dijo Hayley—. Queríamos ser las primeras en decirte la verdad.

—Jacob me dijo que me buscabais.

—¿Y él cómo lo sabía? —preguntó Hayley—. Hace sólo tres días que encontramos los archivos del abuelo. Hasta entonces no sabíamos que existías.

—El sí.

Hayley abrió mucho los ojos.

—¿Dónde encontrasteis los archivos? —preguntó Wyatt—. ¿En la habitación secreta?

—¿Sabéis eso? —preguntó Hayley sorprendida.

Alexis asintió.

—Anoche nos escondimos allí.

Wyatt frunció el ceño. RJ y sus hombres trabajaban en el otro lado, en lo que había sido la suite del abuelo.

—Vamos a reservar esta conversación para un lugar más íntimo —dijo.

—Eso no existe en esta casa —musitó Alexis.

Wyatt la siguió al cuarto de Leigh, donde ella sacó un sobre grande marrón de dentro del almohadón.

—No prueba que yo no matara a mi... a Bryan Ryder, pero quizá te demuestre que digo la verdad sobre lo que pasó.

Él la miró a los ojos.

—Tú no has matado a nadie.

Vio que ella lo miraba aliviada, pero movía la cabeza con terquedad.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Tú enseñas defensa personal a mujeres maltratadas. Trabajas

con chicos fugados y adolescentes embarazadas. Te involucras personalmente en tu trabajo, te preocupa herir los sentimientos de un pretendiente y hay dolor en tu voz cuando hablas de Brian Ryder.

Ella parpadeó sorprendida.

—Gracias, pediré que te llamen a declarar en mi juicio como testigo de personalidad.

—Tú no irás a juicio.

—¿Me puedes dar eso por escrito, por favor?

Wyatt le quitó el sobre, aún húmedo, de la mano y sonrió.

—Por lo menos no lo has pedido firmado con sangre —gruñó.

—Me basta con tu firma —repuso ella.

Hayley los miraba con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

Alexis se ruborizó.

Wyatt volvió su atención al sobre.

—Si ésta es la habitación de Leigh, ¿la tuya es la otra? —preguntó Alexis, en lugar de responder a la pregunta.

—Sí. ¿Y sabes una cosa? Tengo un vestido viejo idéntico a ése.

—Lo sé, espero que no te importe que lo haya tomado prestado, pero no traje ropa conmigo.

—No me importa. Es ropa de cuando estaba en el instituto.

—Ya lo había pensado.

Wyatt le tendió en ese momento la carta y Alexis se la pasó a su hermana. Hayley la tomó, pero no empezó a leerla inmediatamente.

—A mí no me gusta mucho la policía —dijo—, pero Bram y Gavin confían en Wyatt. Y puede que tengan razón.

—Me siento halagado.

—¿Quién es Bram? —preguntó Alexis.

—Mi prometido. Te gustará. Fue el que diseñó la verja de fuera. Creía que no superaría el tema de que tenga más dinero que él, pero el otro día me propuso matrimonio delante de toda su familia —dijo Hayley con orgullo—. Su padre estaba en la cama del hospital y sus tres hermanos de pie en la habitación y de pronto Bram me mira y me pide que me case con él.

—Muy romántico —dijo Wyatt con sequedad.

Hayley sonrió con despreocupación.

—Rompió el hielo, sí.

Wyatt estuvo a punto de sonreír a su vez.

—¿Tienes algún modo de localizar a Gavin, ya que no contesta a mis llamadas?

—No es nada personal, se le acabó la batería y el cargador estaba en su apartamento cuando explotó la tubería de gas.

—Podía haber comprado otro.

—Cierto, pero entonces habría tenido que contestar a tus llamadas y nos había prometido tres días para buscar a Alexis antes de pasarte los archivos.

—¿Y qué encontrasteis exactamente? —preguntó él.

La expresión de Hayley se volvió sombría.

—A Alexis. Mi abuelo contrató a un investigador privado hace más de siete años. No sabemos por qué, pero Bram dijo que quizá alguien le habló de una chica que parecía idéntica a nosotras. En cualquier caso, el detective la encontró y se lo dijo al abuelo. Gavin va a pedir que exhumen su cuerpo. Leigh y yo no creemos que muriera de un ataque al corazón como se dijo.

—¿Creéis que tuvo ayuda química? —preguntó Wyatt.

—Marcus mató a mi abuelo —respondió ella con terquedad—. Y luego mató a mi madre para que nadie supiera que había vendido a su propia hija.

# Capítulo 11

Wyatt al fin consiguió instalarlas en la biblioteca. Hayley llamó a su hermana, que estaba con Gavin, y después a Bram. Los tres iban en ese momento de camino a Heartskeep.

Alexis les contó a Wyatt y a Hayley lo ocurrido. Y aunque a él le seguía molestando que no le hubiera dicho antes la verdad, en cierto modo lo entendía. La carta de su padre le había dicho que no confiara en nadie, pero, al intentar protegerla, sus instrucciones habían dejado a Alexis con muy poca información y sin nadie a quien pedir ayuda.

Cuando terminó su historia, Hayley le tomó la mano.

—Espero que me creas. Ni a Leigh ni a mí nos importa el dinero. Estamos encantadas de tener otra hermana. Y, a decir verdad, ninguna de las dos quería la responsabilidad de Heartskeep.

—Os comprendo muy bien —dijo Alexis, mirando a su alrededor.

—Sí. De niñas no era así. Ojalá hubieras podido vivir aquí entonces. Mamá y el abuelo te habrían encantado —le soltó la mano y sonrió con tristeza—. Por otra parte, tú saliste ganando en el padre. No se me ocurre una palabra lo bastante mala para describir a Marcus.

—No comprendo por qué...

Alexis se interrumpió. No podía decir en voz alta que la habían vendido a unos desconocidos como si fuera un perrito.

—No intentes entenderlo. Nadie comprendía a Marcus.

—¡Pero era médico! No tiene sentido. Tenía que tener algo —protestó Alexis—. Después de todo, tu madre se casó con él.

—Eden también —intervino Wyatt.

—Eso es más fácil de entender —repuso Hayley—. Los dos tenían en común el amor por el dinero. Los unía la avaricia y la culpabilidad

por ciertos secretos. Y Marcus podía fingir sentimientos. Yo lo vi hacerlo con sus pacientes; simplemente no se molestaba con nosotros.

Alexis movió la cabeza.

—Quizá tuve suerte. A mí me querían tanto mi padre como mi madre.

—Bueno, por lo menos ya no tienes que preocuparte de que te persiga nadie.

—¿Por qué dices eso, Hayley? —preguntó Wyatt.

—Eden tiene el dinero, ¿no? Es demasiado tarde para que intente ocultar la verdad. Todos sabemos lo que hicieron Marcus y ella y podemos probarlo. Ya no tiene sentido matar a Alexis.

—No sabemos si ella tiene el dinero —corrigió él.

—El que nos disparó fue un hombre —añadió Alexis—. Y no creo que fuera Jacob. Se quedó muy afectado cuando se enteró de que se habían llevado el maletín.

—Y hay muchas cosas que aún no sabemos —intervino Wyatt—. Como de dónde salió el dinero, por ejemplo.

—Tiene que ser el dinero del chantaje —dijo Hayley.

—El maletín es grande, pero no creo que contenga seiscientos mil dólares —argumentó Wyatt—. Me cuesta imaginar tanto dinero en metálico.

—A mí también.

Alexis frunció el ceño.

—Había mucho dinero, pero no lo conté. Saqué dos billetes porque me quedaba poco y no sabía si podría usar la tarjeta en el pueblo. Pensaba devolverlo.

—No te disculpes —dijo Hayley—. Era nuestro de todos modos.

—Puede —dijo Wyatt—. O puede que no. Hasta que no encontremos a Kathy Walsh, no lo sabremos. Me gustaría saber qué pinta en todo esto. ¿Chantajeaba a Marcus para dárselo a Brian Ryder? Aún quedan muchas preguntas por responder, pero por el momento lo que más me preocupa es Alexis. Como policía, es mi deber entregarte al Departamento de Policía de Nueva York.

—¡No puedes hacer eso! —protestó Hayley al instante.

Alexis guardó silencio.

—La arrestarán por el asesinato de su padre.

—No, Hayley. La investigación continúa y Alexis es su única pista —Wyatt levantó una mano para que no lo interrumpieran—. Tienen que hablar con ella, pero no la arrestarán sin pruebas.

—¡Pero ella estuvo allí!

—Cuando murió sí —dijo Wyatt—. ¿Pero le dispararon allí?

Alexis abrió mucho los ojos.

—Creo que no. Vi la sangre en cuanto abrí la puerta.

—¿Había sangre en el pasillo y en el ascensor? ¿En su coche o en el taxi en el que llegó?

—No lo sé.

—Tú no, pero la policía está investigando ahora esas cosas. Examinarán las pruebas dentro de tu apartamento e irán casa por casa para ver si alguien oyó un disparo. Esperarán el informe de la autopsia para determinar la hora de la muerte.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Alexis.

Wyatt sabía lo que exigía el procedimiento policial, pero habían violado ya tantas normas que unas pocas más no iban a importar mucho.

—Esperaremos para hablar con Gavin. Ahora que tu foto se ha hecho pública, alguien establecerá la relación con Hayley, Leigh y Heartskeep.

Se quedó un momento pensativo.

—Tengo que hacer una llamada.

Alexis se levantó del sofá.

—No quiero que te metas en líos por mí.

—Deja que yo me preocupe de eso.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Tu tío ya está furioso contigo.

—Se le pasará.

—Es tu jefe.

—Es un idiota —murmuró Hayley.

Wyatt la miró.

—No es cierto, pero es muy testarudo y le gustan las cosas

sencillas y ordenadas. Todo el mundo creía que tu madre había desaparecido en Nueva York. No es que quiera defenderlo, pero, desde su punto de vista, Leigh y tú acusabais sin la menor prueba que pudiera sostener vuestras alegaciones.

Ella lo miró de hito en hito.

—Si se hubiera molestado en mirar, habría encontrado todas las pruebas que necesitaba enterradas en el laberinto.

—Lo sé, y lo siento mucho. Si te sirve de algo, la muerte de tu madre lo perseguirá de por vida. Y ahora, si no te importa, voy a usar el teléfono del despacho.

Alexis le apretó el brazo un momento.

—No hagas ninguna tontería que pueda poner en peligro tu trabajo.

—Sólo voy a hacer una llamada —dijo él.

Pero agradecía su interés. Aunque sabía que Hayley los miraba con curiosidad, no pudo evitar cubrir la mano de Alexis con la suya y acariciar un momento el dorso con el pulgar.

—Todo irá bien.

Su tío podía gritar todo lo que quisiera. Los Crossley estaban en deuda con esa familia y él intentaría pagarla protegiendo a Alexis.

—Vale —oyó decir a Hayley cuando entraba en el despacho—. ¿Qué hay entre Wyatt y tú?

Y aunque se detuvo a escuchar la respuesta, Alexis habló muy bajo y no pudo oírla. Quizá fuera mejor así. La deseaba todavía y no estaba seguro de poder resistirse una segunda vez.

Se sentó en el sillón de cuero detrás del escritorio y miró el teléfono. Le preocupaba todavía que Alexis hubiera confiado en él lo suficiente para convertirlo en su primer amante, pero no para contarle la verdad.

Levantó el auricular y marcó el número de su tío. Sabía que lo que iba a pedir podía hacer que perdiera el empleo, pero si su tío insistía en seguir el reglamento al pie de la letra, Alexis podía perder la vida.

Y Wyatt no iba a permitir que eso ocurriera.

Tener dos hermanas idénticas resultaba muy extraño.

Conocer a Leigh no había sido tan traumático como la primera

visión de Hayley porque, cuando llegó, Alexis había tenido tiempo de acostumbrarse a ver a alguien idéntico a ella, pero, aun así, la desorientó mucho ver a dos idénticas.

Leigh, por su parte, la recibió con calor. En cierto modo, era como si las tres se hubieran conocido de siempre. Compartían muchos rasgos de personalidad y les gustaban muchas cosas parecidas. Y en lo referente a hombres, no había duda de que elegían un tipo similar.

Bram y Gavin le gustaron de inmediato. Al igual que Wyatt, eran hombres tranquilos, seguros, cómodos consigo mismos.

Bram le recordaba a un gigante grande y amable con un núcleo de fuerza interior. Pero sus músculos no eran sólo para exhibirlos, era un hombre que protegería lo suyo, y eso incluía a Hayley. Alexis lo vio mirarla varias veces como si fuera una criatura exótica y le costara trabajo creer que estuviera con él.

Gavin era también grande, aunque no tan alto ni tan ancho como Bram; sin embargo, su apariencia infundía respeto y se movía con una gracia imperiosa y felina. Sus ojos penetrantes tenían un modo de mirar directamente a una persona que resultaba desconcertante, como si pudieran ver debajo de la superficie. Y cuando miraba a Leigh, sus ojos se suavizaban y calentaban con una satisfacción interior que decía mucho de sus sentimientos por ella.

Alexis los envidiaba. Las dos parejas mantenían un contacto físico en pequeños detalles de los que seguramente ni siquiera eran conscientes. Sus padres habían sido así. Esos contactos pequeños y miradas íntimas podían dejar fuera al resto del mundo; ninguna fortuna podía comprar ese tipo de vínculo.

Era una pena que ella no pudiera compartir jamás una relación así con Wyatt, quien seguramente tardaría en perdonarle su engaño y que consideraba su virginidad como algún tipo de enfermedad.

Alexis salió de su ensimismamiento al darse cuenta de que RJ se había acercado a la sala.

—He llamado a la compañía de seguridad — dijo—. Mañana activarán la alarma. Y Leigh, tienes que decirme lo que quieres hacer con la antigua suite de tu abuelo y el salón de baile de abajo.

—A mí no me mires —dijo la joven—. Tendrás que preguntarle a

Alexis. Heartskeep es suyo.

La aludida miró inmediatamente a Wyatt.

—¿Qué voy a hacer con un sitio tan grande?

—Lo que quieras —repuso él con gentileza.

—A mí siempre me ha recordado a un hotel —intervino Gavin—.

Puedes convertirlo en una posada.

Leigh puso los ojos en blanco.

—Tienes fijación con convertir esta casa en un hotel.

—¿Y por qué no? ¡Tiene once dormitorios!

—Puedes alquirlársela a un estudio de Hollywood —sugirió Bram—. Siempre me ha parecido el lugar perfecto para una película de terror.

Hayley le dio un codazo.

—No tienes que decidirlo esta noche. Mañana revisaremos juntos las habitaciones y discutiremos las posibilidades —dijo RJ.

—¿Seguro que no quieres quedarte a comer pizza? —le preguntó Leigh—. Gavin y yo hemos traído de sobra.

—Gracias, pero tengo un bocadillo de jamón y queso y el resto de la pasta que ha hecho Alexis para almorzar. El bocadillo se lo daré a Lucky.

—¿Dónde está? —preguntó Leigh.

—Fuera. Oh, y antes de que se me olvide, ha vuelto la electricidad en toda la casa y los teléfonos están conectados. Nos vemos mañana.

—Adiós. Vamos, chicos, tengo hambre —dijo Hayley—. Hoy no he comido. Yo caliento las pizzas mientras Alexis os pone a todos al día.

—Y los cuatro me contáis lo que me habéis ocultado hasta ahora —dijo Wyatt.

Entraron todos en la cocina, donde Alexis les hizo una versión resumida de lo sucedido mientras Hayley y Leigh sacaban bebidas y colocaban platos y servilletas. Las tres pizzas tenían carne, por lo que Alexis eligió la de pepperoni e intentó retirarlo con discreción en su servilleta. Gavin la sorprendió en el segundo trozo.

—¿Prefieres de ésta? —preguntó—. Tiene salchichas, pero no pepperoni.

—No, gracias; ésta está bien.

Wyatt la observó un momento.

—¿Ni siquiera podías decidirte a decirme que eres vegetariana?

Alexis se sonrojó, pero levantó la barbilla con desafío.

—No. No podía correr el riesgo de que supieras que Leigh no lo era.

—Debe ser muy difícil hacerte pasar por alguien de quien no sabes nada —comentó Hayley.

—Alexis es una actriz consumada —repuso Wyatt.

La aludida lo miró con ojos entrecerrados.

—Gracias, pero no necesitaba mucho talento. Es muy fácil engañar a algunas personas.

Wyatt apretó la mandíbula.

—Quizá debería haberte entregado a la policía de Nueva York después de todo.

—Quizá sí —asintió ella, con rabia. Dejó la servilleta llena de pepperoni en la mesa y se puso en pie—. No pienso disculparme por hacer lo que tenía que hacer. Fuiste tú el que me confundió con mi hermana. Recuerda que yo intenté escaparme, así que la culpa fue tuya. Disculpadme —dijo a los demás—. No tengo mucho hambre esta noche.

Wyatt apartó su silla y se levantó antes de que ella pudiera moverse.

—Siéntate —dijo con suavidad—. Tienes razón, no debería haber dicho eso. Lo siento.

No era eso lo que pretendía decir, pero el dolor que expresaban los ojos de ella anuló su irritación y le hizo sentirse mezquino.

—Disculpas aceptadas —contestó ella, después de un momento—. Pero es cierto que ya no tengo hambre.

—Alexis, por favor, siéntate. Tenemos que debatir lo que vamos a hacer mañana.

Ella bajó los párpados para ocultar su expresión vulnerable.

—De acuerdo. Volveré en un momento. Tengo que usar el baño.

Salió de la cocina y Wyatt se quedó en pie, sintiendo el peso de la pizza en el estómago y mirándola alejarse.

—A mí me consideran la hermana pacífica —comentó Leigh—.

Pero no me siento muy pacífica en este momento.

Gavin le cubrió una mano con la suya, como para advertirla, pero ella no hizo caso.

Hayley asintió.

—Yo tampoco. Alexis ha tenido ya bastante hoy para soportar además a un amante malhumorado.

—No somos amantes —dijo Wyatt.

Leigh hizo una mueca.

—A lo mejor ése es el problema.

—¡Acabamos de conocernos!

Hayley movió la cabeza.

—¿Y qué? Yo la primera vez que vi a Bram supe que era especial.

Este se recostó en su silla.

—No tuve ninguna posibilidad —confesó.

—Por supuesto que no.

—Más vale que hables con ella —dijo Gavin.

—¡Ha ido al baño!

—No —corrigió Leigh—. Se ha ido por el pasillo a llorar en privado.

—¡Qué obtusos pueden ser los hombres! —se quejó Hayley.

—Es genético —le dijo Bram—. Nosotros no somos responsables.

—¿A qué estás esperando? —quiso saber Leigh—. Ve tras ella.

Wyatt salió de la cocina. Alexis no estaba a la vista. Recorrió el pasillo hasta el cuarto de baño y llamó a la puerta. Al otro lado había silencio. Tampoco salía luz por debajo.

Miró en la sala de estar, en el despacho y en la biblioteca, pero ella no estaba en ningún sitio. Wyatt comenzó a asustarse.

—¿Alexis?

Miró en dirección a la puerta principal. Estaba cerrada con llave, no había salido por allí. Empezó a subir las escaleras de dos en dos.

—¿Alexis?

El miedo se apoderaba cada vez más de él.

—¡Alexis!

## Capítulo 12

Alexis echó a andar por el pasillo, pero cuando pasó por delante del primer dormitorio a su izquierda, un movimiento llamó su atención. En la habitación había una mujer, que le hacía señas con urgencia.

—¡Alexis!

El susurro era tan débil que apenas pudo oírlo, pero se acercó a la puerta. La mujer delgada no tenía nada de terrorífico. Vestía un pantalón azul claro y una camiseta a juego. Su pelo castaño corto lucía canas, pero fueron los moratones de su rostro los que hicieron que Alexis entrara sin dudarlo.

Reconoció inmediatamente las señales. Las mujeres maltratadas a las que daba clase de defensa personal tenían a menudo marcas similares en el rostro y los brazos.

—Rápido —dijo la mujer.

Corrió a una apertura en la pared, entre el baño y lo que Alexis suponía que era el armario. Alexis vaciló.

—Por favor —susurró la otra con urgencia—. Tengo que hablarte en privado. Mi nombre es Kathy Walsh. Tú eres Alexis, ¿verdad?

—¿Y tú eres Kathy? No estaba segura de que existieras.

—¿Quieres acompañarme?

—Espera que le diga a Wyatt que...

—No. Por favor. Sólo tú.

El dolor nublaba sus ojos. Dolor mezclado con miedo. Alexis la siguió de mala gana por la apertura y se encontró en una suerte de pasillo. Unas escaleras iban arriba y abajo y el corredor, corto, terminaba en una especie de callejón sin salida. Kathy hizo algo que Alexis no pudo ver y el panel se cerró.

—Gracias por confiar en mí —dijo.

—No se ofenda, pero aún no sé si confío. ¿Qué sitio es éste?

La mujer intentó sonreír, pero su labio partido y el resto de las marcas hicieron que la sonrisa pareciera más bien una mueca.

—Deberíamos hablar arriba —dijo.

—¿Por qué no aquí?

La mujer empezó a subir despacio. Era evidente que cada paso le costaba un esfuerzo.

—He dejado el maletín arriba.

Alexis no pudo reprimir un respingo.

—¿Tiene usted el maletín?

Kathy siguió subiendo escalones; se llevó una mano al pecho, debajo de los senos, y Alexis decidió que tenía algunas costillas rotas.

—¿Se encuentra bien?

—Lo estaré en un momento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alexis.

—Al desván. Allí estaremos seguras.

La joven quería preguntarle de qué estarían seguras, pero la respiración de Kathy era ya laboriosa. A Alexis no le gustaba cómo sonaba.

Al final de las escaleras, Kathy abrió otro panel y apareció una habitación estrecha y larga bajo el tejado.

La zona estaba amueblada con muebles descartados. En el suelo había un colchón, con sábana, manta y almohada, y al lado una mesita de café vieja colocada entre dos sillones. En la mesa había dos botellas de agua. Los demás muebles consistían en una mesa plegable y dos sillas apoyadas contra una viga. Alexis vio una mochila en el suelo, entre la pared y el colchón. El maletín estaba en el rincón más alejado y oscuro.

Kathy se dejó caer en el sillón más cercano y cerró los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—No mucho.

Alexis se acuclilló al lado de su sillón.

—¿Te ha visto un médico?

Kathy abrió sus ojos cansados e intentó sonreír.

—No me pasa nada. Tengo un par de costillas rotas y tardarán un

poco en arreglarse, pero no hay mucho que pueda hacer un médico.

—Necesitas radiografías. Una costilla rota puede punzar un pulmón, o causar otros daños.

—No estoy tan mal. Es que los escalones son muy empinados.

—¿Te pegó un novio, o era un marido? —preguntó Alexis con gentileza.

La mujer movió la cabeza con cansancio.

—Nunca me casé con ese bastardo, menos mal. Mi madre tenía mucha razón y yo fui una tonta, pero era encantador y divertido.

—Suelen serlo al principio.

Kathy sonrió.

—Olvidaba que eres asistente social —su voz se suavizó—. Eres idéntica a tus hermanas.

—Eso he visto. Tu madre y tú trabajabais para mi abuelo.

—Sí. Siéntate, por favor. Estoy bien —pero no sonaba nada bien. Su respiración seguía siendo superficial y rasposa.

—Me temo que sólo puedo ofrecerte chicle o agua —sacó un paquete de chicles de menta del bolsillo—. El agua estará ya caliente.

—No importa, no tengo sed —Alexis rechazó el chicle con un movimiento de cabeza y se sentó en el otro sillón.

—Intenté avisarte antes de que me había llevado el dinero, pero estabas en la ducha —dijo Kathy—. Oí que se acercaba alguien y me marché.

—¿Por qué te escondes? ¿Tienes miedo de que te encuentre tu novio?

—Eso también. Pero la casa estaba llena de policías.

—¿Tienes miedo de la policía? Estaban aquí porque encontraron un cuerpo en el jardín.

—Sí, lo sé. Lo siento mucho. Amy era tu verdadera madre.

—Eso me han dicho.

Kathy suspiró.

—¡Todo es tan horrible! Ya no sé qué hacer. Cuando he oído voces en la cocina, he pensado que había vuelto la policía.

—No —dijo Alexis con gentileza—. Son Wyatt, Hayley, Leigh y sus prometidos.

—¿Las mellizas están prometidas? ¡Cómo me alegro! Son tan encantadoras como su madre.

—¿Por qué tienes miedo de la policía, Kathy?

—¿Cuánto te ha contado Brian?

—Muy poco, antes de morir.

—¿Está muerto? —Kathy palideció—. ¿Cómo? ¿Cuándo? Es por el dinero, ¿verdad? Sabía que era un error. Le dije a mi madre que teníamos que darle el dinero al señor Rosencroft. Nos puso a todos en peligro, pero su intención era buena; tienes que creerme.

¿Su madre?

Kathy empezó a toser y su tos resultaba aún más terrorífica que su respiración. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la boca hasta que pasó el ataque. Alexis, preocupada, le tendió una de las botellas de agua.

Kathy la miró agradecida y tomó un trago antes de guardarse el pañuelo. Devolvió la botella con mano temblorosa y se abrazó el estómago.

—Trabajamos para la familia Hart desde que puedo recordar. Mi padre se ocupaba del jardín y mi madre de la casa. A mi madre casi se le partió el corazón cuando murió Dennison.

Se inclinó hacia delante.

—Fui a verla hace unas semanas para preguntarle si podía mudarme con ella hasta que encontrara un trabajo, pero estaba muy agitada. Me dijo que Amy Hart había tenido trillizas. No supe qué pensar hasta que me enseñó una carpeta que había encontrado. Había fotos tuyas.

Alexis tenía muchas preguntas, pero al ver la respiración afanosa de la otra, decidió que tendrían que esperar.

—Déjame llamar a Wyatt —pidió.

—¡No! Yo no puedo ir a la policía. ¿No lo comprendes? ¡Ella le estaba haciendo chantaje! ¡Mi madre! Yo no podía creerlo ni siquiera cuando me enseñó el dinero.

—¿A quién hacía chantaje tu madre?

—No quería el dinero para ella, sólo quería que él pagara.

—¿Marcus?

—Sí. Ella ha estado sacándole dinero y escondiéndolo todos estos años. Dennison cuidó de nosotras después de la muerte de mi padre; pagó mi universidad, nos hizo un seguro médico y nos dio un lugar para vivir. Nos hizo sentir que Heartskeep también era nuestra casa. Mi madre habría hecho cualquier cosa por él. Pero él se murió.

Cerró los ojos un segundo.

—Mamá estaba convencida de que Marcus le había provocado el ataque al corazón —se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor—, por eso hizo pagar a Marcus. Amy y él discutían todo el tiempo después de la muerte de Dennison y mamá estaba segura de que Marcus intentaba robar a la familia. Por eso decidió inventarse una amenaza vaga y enviársela.

—¿Sabía lo que le había ocurrido a Amy?

—No. Lo sospechaba, claro. Sobre todo cuando él empezó a pagar el chantaje. Y las mellizas estaban tan convencidas que era difícil no creerlas. Pero la policía insistía en que Amy había desaparecido en Nueva York. La vieron esa mañana temprano y no volvieron a verla.

Suspiró con tristeza.

—Mamá le dejó una nota a Marcus a la semana siguiente. Y él pagó.

—¿Por qué no se lo dijo a la policía?

—Tenía miedo —repuso Kathy con tristeza—. Sabía que podía ir a la cárcel por dejar esa nota. ¡Había chantajeado a alguien! Y no sabía nada de cierto.

—Excepto que sólo habría pagado alguien que fuera culpable.

—Y siguió pagando —dijo Kathy—. Justo hasta el fin, poco antes de que lo mataran.

A la joven le gustaba cada vez menos su palidez.

—Déjame llamar a Wyatt. Tienes que contarle todo esto.

—¡No! —Kathy hizo una mueca—. Yo sólo quería que tuvieras el dinero antes de que Eden lo encontrara. Escondí las joyas en la habitación donde guardábamos la plata. Estaba segura de que ella no conocía ese sitio, pero debió encontrarlo, porque la caja de tu abuelo y las joyas han desaparecido.

Alexis movió la cabeza.

—¿Qué joyas? ¿Las de Amy?

—No. Esas las escondió mamá aquí en el desván cuando las mellizas se fueron a Boston.

—¿Y tú crees que Eden sabe lo del maletín?

—Lo sabe. Siguió a mi madre por el laberinto la última vez que intentó cobrarle a Marcus. Él estaba ya enloquecido y se puso a gritarle que no le pagaría más. Mamá se asustó y volvió a la casa. Se escondió aquí unos días, porque Hayley había vuelto y tenía miedo por ella. Intentó buscar un modo de hablarle a solas, pero Hayley no dejaba de quedarse dormida y mamá no podía despertarla.

Alexis se esforzaba por entender todo aquello. Kathy no dejaba de hablar.

—Luego mamá descubrió que Marcus había instalado una pared falsa en su consulta y, cuando pudo entrar allí, encontró la caja que había enviado el joyero a Amy después de la muerte de Dennison y una copia del informe del detective. La escondió con la caja en la habitación de debajo de las escaleras de atrás. Estaba escandalizada por lo que había hecho Marcus y más convencida que nunca de que él había asesinado a tu abuelo.

Alexis movió la cabeza.

—¿Cuántas habitaciones ocultas hay en esta casa?

—Unas cuantas. Cuando tu tatarabuelo reconstruyó esta casa a principios del siglo XX, tenía pasión por la arquitectura extraña y los pasadizos secretos. No estoy segura de que Dennison los encontrara todos.

Su modo de hablar empezaba a asustar a Alexis.

—Tienes que hablar con Wyatt.

—No.

Se agitó de tal modo que empezó a toser de nuevo y esa vez no podía parar. Alexis, asustada, se acercó a ella, pero no pudo hacer otra cosa que esperar a que remitiera el ataque. La mujer necesitaba atención médica inmediata.

—Kathy, ¿qué quieres que haga? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Estoy bien. Sólo quería que devolvieras el dinero y lo explicaras todo, pero ahora que dices que también ha matado a Brian...

—¿Tú crees que Eden mató a mi padre?

—Ha tenido que ser ella. Estoy segura de que lo vio aquel día en el funeral de Marcus.

«La enfermera que te trajo a nosotros estaba aquel día en el cementerio». A eso se refería su padre en la nota.

—Tenía que ir para saber que yo no mentía. La primera vez que llamé a Brian, pensó que quería hacerle chantaje a él.

—¿Y por qué pensó eso?

—Tu adopción no fue legal. Cuando vino al cementerio y vio a tus hermanas, no tuvo más remedio que creerme.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No lo sé. Yo quería conocerte y darte el dinero a ti, pero él se negó. Dijo que quería contártelo él y yo le creí. Le di el maletín pero le advertí sobre Eden y le dije que no se fiara de nadie. Tuvo que ser ella la que lo matara para conseguir el dinero; nadie más lo sabía.

—Jacob sí.

Kathy palideció aún más. Parecía al borde de las lágrimas.

—O sea que Eden lo corrompió después de todo —cerró los ojos y apoyó la cabeza en el sillón—. Lo siento, Alexis. Nunca debí contactar con tu padre.

Suspiró y empezó a toser de nuevo. Esa vez, cuando retiró el pañuelo, la joven vio un rastro de sangre en la tela blanca.

—Kathy, perdona pero necesitas atención médica.

—Sólo estoy cansada.

—Te estás muriendo —repuso Alexis con brusquedad.

No había otro modo. Aquella mujer estaba dispuesta a desangrarse por dentro allí sentada y Alexis no podía permitir que eso ocurriera. Se acuclilló enfrente de ella.

—Escúchame. Voy a llamar a Wyatt y te llevaremos al hospital...

—Pero la policía...

—No te van a detener ni a molestar, yo no lo permitiré. Te lo prometo.

—Pero mi madre...

Al parecer no sabía que su madre había muerto. Y la joven no podía decírselo en ese momento.

—Kathy, tu madre tampoco tiene nada que temer, te doy mi palabra de honor. No la procesarán. Antes me has pedido que confiara en ti, confía ahora tú en mí, por favor. No quiero que mueras. Eres muy importante para Hayley y Leigh... y para mí. Eres de la familia.

La mujer la miró con ojos llenos de dolor, pero en su expresión había alivio. Alexis se incorporó.

—Hayley, Leigh y yo nos ocuparemos de ti, ¿de acuerdo?

Kathy asintió con la cabeza y la joven no esperó a que cambiara de idea. Había bajado ya el primer tramo de escaleras cuando se dio cuenta de que no sabía cómo abrir la puerta oculta. Rezó para que funcionara igual que la de la habitación del archivador.

Con idea de ahorrar tiempo, se detuvo en el primer piso en lugar de bajar del todo, pero no pudo encontrar una salida en ninguno de los lados. Reprimió una oleada de pánico. Si no conseguía encontrarla sola, sólo tenía que subir y preguntar a Kathy.

Entonces oyó la voz apagada de Wyatt llamándola.

—¡Wyatt! ¡Estoy aquí!

Corrió a la pared que daba a las escaleras.

—¡Wyatt!

—¡Alexis! ¿Dónde estás?

—Aquí dentro. En la pared. No sé cómo salir.

—Sigue hablando.

—He encontrado a Kathy. Está muy enferma, Wyatt. Le han pegado. Creo que está sangrando por dentro.

—¡Gavin! ¡Bram! ¡A la habitación de Leigh!

Aunque sin duda estaba gritando, ella apenas lo oía.

—Alexis, ve a tu izquierda. La apertura tiene que estar en el armario.

La joven hizo lo que le decía.

—Háblame. Golpea la pared todo lo fuerte que puedas.

Alexis obedeció y entonces divisó el mecanismo.

—¡Wyatt, ya lo veo! Voy a ver si puedo...

El panel empezó a moverse y ella saltó hacia atrás. Wyatt ni siquiera esperó a que se abriera del todo. Entró y la abrazó con tal

fuerza que la dejó sin aliento.

—¿Estás bien? —preguntó con fiereza.

—Yo sí, pero Kathy está muy mal.

—¿Dónde?

Ella señaló las escaleras. Gavin, Hayley y Bram entraron uno por uno en el espacio estrecho.

—Arriba —les dijo sin preámbulos.

Leigh entró la última, cuando los demás ya desaparecían por la escalera.

—Wyatt me ha dicho que pidiera una ambulancia. Está en camino, pero tardará veinte minutos por lo menos; está con otro aviso.

—No sé si puede esperar —dijo Alexis—. Kathy está tosiendo sangre.

—¡Oh, no!

Cuando Leigh empezó a subir la escalera, Alexis vio que, por el otro lado, el mecanismo estaba oculto detrás de la puerta del armario de Leigh.

Se disponía a subir a su vez, cuando vio que Bram bajaba ya con una Kathy inmóvil en los brazos. Los demás lo seguían de cerca.

—La llevaremos en el coche patrulla —dijo Wyatt—. Será más rápido que esperar a la ambulancia. Puedo llamar por radio y avisarlos de que vamos.

Alexis se apartó para dejarlos pasar. Kathy tenía los ojos cerrados. Wyatt siguió dictando órdenes mientras corrían por el pasillo.

—Alexis, tendrás que quedarte aquí. No queremos tener que explicar por qué hay de pronto tres hermanas iguales.

—Yo me quedo con ella —dijo Gavin.

—Yo también —se ofreció Leigh.

Wyatt abrió la puerta para dejar pasar a Hayley y Bram, pero en vez de seguirlos inmediatamente, se volvió hacia Alexis.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—No te separes de Gavin y Leigh en ningún momento. Ni para ir al baño. Dame tu palabra.

Ella lo miró a los ojos.

— ¿Me creerías?

— Sí.

Alexis sintió que se le quitaba un peso de encima.

— Entonces te doy mi palabra.

— Iremos a casa de los Walken —dijo Gavin.

— Mejor aún. Ellos tienen sistema de alarma, ¿verdad?

— Sí.

— Conectadlo en cuanto entréis.

— La cuidaremos —prometió Gavin.

— Os llamaré en cuanto lleguemos al hospital —dijo Wyatt.

— De acuerdo.

Wyatt abrazó un instante a Alexis y la besó con fuerza.

— Hablaremos en cuanto vuelva.

A ella le latió con fuerza el corazón.

— Toma tu bolso —dijo Gavin a Leigh—. Nos vamos de aquí.

— Antes tenemos que recoger la cocina —protestó ella.

— ¡Nos vamos ya!

Alexis recordó el maletín.

— ¡No! ¡Espera! Tenemos que cerrar la puerta en el armario.

— Déjala.

— No podemos —bajó la voz hasta formar un susurro—. Kathy escondió el dinero arriba.

Gavin lanzó un juramento.

— Espera aquí con Leigh.

— Tenemos que ir a la cocina a buscar mi bolso —dijo esta última.

— De acuerdo, pero daos prisa.

Subió corriendo las escaleras y Alexis siguió a Leigh a la cocina. Pocos minutos después salían los tres de la casa y Gavin llevaba el maletín en la mano. Alexis habría jurado que la sombría mansión los observaba alejarse.

— ¿Qué voy a hacer con un sitio tan grande? —preguntó.

— Venderlo, donarlo a caridad, convertirlo en refugio de animales, lo que quieras —respondió Leigh.

— Pero vosotras os criasteis aquí —protestó Alexis.

— Sí, y tenemos recuerdos maravillosos de Heartskeep. Nuestra

madre adoraba esa casa y nuestro abuelo también. Lleva generaciones en la familia Hart, pero a mi ya no me importa. El apellido Hart murió con el abuelo y creo que el espíritu de Heartskeep también murió con él.

Alexis apenas pudo reprimir un escalofrío.

—Puede que tengas razón.

Leigh se volvió en el asiento a mirarla.

—Quizá puedas convertirlo en algo útil. Un retiro de artistas o algo así. Si no, te comerán los impuestos.

—O un refugio para mujeres maltratadas —dijo Alexis.

Gavin hizo una mueca.

—¿No crees que ser maltratada es ya bastante castigo? Heartskeep no es precisamente un lugar acogedor.

—No, pero puede llegar a serlo. Ya ha mejorado mucho sin las paredes oscuras.

—Tienes razón —asintió Leigh—. Las habitaciones son grandes y hay mucha intimidad. Cuando arreglen los laberintos y pongan flores en el jardín... —se interrumpió—. Pero no rosas. Prométeme que nunca plantarás rosas.

Alexis la miró un momento.

—Nada de rosas —asintió.

—Bien. Mamá tenía jardines hermosos llenos de flores de todo tipo. Y también puedes arreglar los establos y quizá traer caballos de montar.

—Leigh, todo eso requiere una planificación importante —la frenó Gavin.

—¿Y qué? Podemos hacerlo. Tú eres abogado, ¿no? Hayley es administradora de empresas, yo sé mucho de informática y Alexis es asistente social. Si eso es lo que quiere hacer con la casa, podemos ayudarla.

—No es que quiera ser aguafiestas —insistió Gavin—, pero en este momento tenemos problemas más importantes.

—¿Como intentar librarme de la cárcel? —preguntó Alexis.

## Capítulo 13

—Ahora no mires, pero tu tío acaba de entrar por la puerta —dijo Hayley a Wyatt.

La sala de urgencias estaba llena de gente, pero era difícil no ver al jefe de policía.

—Bien. Ahora vuelvo —dijo Wyatt.

—¿Bien? —preguntó Hayley a Bram—. ¿Cómo puede decir que bien?

Tal vez fueran las luces, pero Wyatt nunca había visto a su tío tan viejo y cansado como en aquel momento, aunque, cuando lo vio, enderezó los hombros e hizo una mueca.

—¿Ésa es ella? —preguntó, señalando a la pareja.

—No, ésa es Hayley.

—¿Sabes lo que haces, Wyatt?

—Intentar resolver nuestro caso.

Su tío guardó silencio un momento.

—Tengo la información que me pediste. A Brian Ryder le dispararon en su casa de Nueva Jersey, no en el piso de su hija. Había señales de violencia y habían registrado la casa. La teoría ahora es que escapó y fue a casa de su hija mientras el asesino registraba el piso de arriba. Saben que ella no tuvo nada que ver, pero quieren interrogarla y preguntarle por qué salió huyendo.

Wyatt asintió.

—¿Lois Ryder murió el mismo día que Amy Thomas?

Su tío asintió con un suspiro.

—Tu teoría se sostiene, pero no sé si podremos probarlo.

—No tenemos que probarlo, sólo saberlo. Amy Thomas fue a la ciudad a ver por sí misma si su tercera hija existía. Esperó a que Alexis saliera para el colegio y fue a la casa a hablar con la madre.

Después de eso, volvió a Heartskeep a enfrentarse a su esposo.

El jefe de policía asintió.

—Eso explicaría por qué Lois Ryder, que normalmente era una conductora prudente, iba tan deprisa a pesar de la lluvia cuando perdió el control de su coche. Y antes de que lo preguntes, estaba muy cerca de la oficina de su marido.

—Tenemos que encontrar a Eden Thomas —dijo Wyatt.

Le contó rápidamente lo que Kathy Walsh les había dicho de camino al hospital.

—Los estamos buscando a ella y a su hijo. ¿Qué más puedo hacer?

—Conseguirme un poco más de tiempo con Alexis. Creo que todo esto está a punto de terminar.

—No pides mucho, ¿verdad?

—Alguien desea ese dinero lo bastante para matar por él. No quiero que Alexis sea la próxima víctima.

Su tío dejó caer la mano al costado y achicó los ojos.

—Me parece que detecto un interés personal.

—Lo tengo —repuso Wyatt con sinceridad.

En lugar de la explosión que esperaba, su tío cerró los ojos un momento.

—Hace siete años, la desaparición de Amy Thomas me pareció un caso muy claro. No quise hurgar más. Creía que Marcus Thomas era un miembro respetado de la comunidad con dos hijas bocazas. Me equivoqué. Tengo una deuda con esas chicas y con su madre. Haz lo que puedas por pagarla. Te conseguiré todo el tiempo que pueda.

Suspiró pesadamente y miró a Hayley.

—Puedo empezar por pedir disculpas.

—No es necesario que lo hagas —dijo Wyatt.

—Sí, sí lo es.

—Ella no te dará las gracias.

—No, imagino que no.

Wyatt sintió un respeto nuevo por su tío. Se volvió y llamó a la pareja.

—¡Bram! ¿Vienes un minuto?

Bram se puso en pie y se acercó a él.

—¿Qué ocurre?

—Mi tío quiere hablar un momento con Hayley.

—¿Eso es buena idea?

—No, pero quiere hacerlo. No te preocupes. Hayley sabe defenderse sola.

—No es ella la que me preocupa —repuso Bram con sequedad.

La conversación no duró ni cinco minutos. Cuando el jefe de policía salía hacia la puerta, miró a Wyatt a los ojos y éste pudo ver que se sentía aliviado.

—¿Va todo bien? —preguntó Bram cuando se reunieron con Hayley.

—El jefe de policía ha venido a disculparse por no haber hecho más hace siete años —repuso ella, sorprendida—. ¿Te lo imaginas?

Bram le pasó un brazo por la cintura. Hayley miró a Wyatt.

—Ha dicho que sabía que eso no cambiaba nada, pero que quería que supiera que lo sentía —se apoyó en el costado de Bram y éste descansó la barbilla en su cabeza.

Wyatt se dio la vuelta. Se preguntó si la pareja sabría la suerte que tenían de conocer un vínculo así. No pudo evitar pensar que sólo sabía de una mujer que le hiciera sentir algo remotamente parecido y apenas la conocía. Pero deseaba hacerlo.

Por fuera, la mansión Walken parecía casi tan grande como Heartskeep. Y dentro había luz.

—¿Han vuelto George y Emily? —preguntó Leigh.

—No lo sé —contestó Gavin—. Pensaban quedarse con sus amigos hasta mañana. Quizá esté Nan.

—¿Quién es Nan? —preguntó Alexis.

—En teoría, la cocinera y ama de llaves —repuso Gavin—, pero en realidad gobierna la casa y a todos sus habitantes.

Leigh hizo ademán de abrir la puerta del coche.

—¡Espera! —exclamó Gavin.

Alexis miró ansiosamente la oscuridad.

—No veo coches —dijo en voz baja.

—¿No estarán en el garaje? —preguntó Leigh.

Gavin no contestó. Su cuerpo estaba tenso.

—Esto no me gusta —dijo.

—¿Quién nos va a buscar aquí? —preguntó Alexis, nerviosa.

—Cualquiera que te conozca. Llama a la casa. Veremos quién responde.

Leigh sacó el móvil de su bolso y marcó un número. Un minuto después movió la cabeza.

—No contestan —susurró.

Gavin puso el motor en marcha.

—Nos largamos.

—¿No puede ser que dejaran las luces preparadas para encenderse solas a ciertas horas? —preguntó Alexis.

Gavin vaciló un momento.

—Intenta hablar con Wyatt —dijo.

Leigh marcó otro número. Esperó un rato y negó con la cabeza.

—Wyatt, soy Leigh. ¿Puedes llamarnos cuando oigas este mensaje?

Dio el número de su móvil y a continuación oyeron un disparo. Gavin pisó el acelerador y salió corriendo por el camino.

—¿Nos han disparado a nosotros? —preguntó Leigh, alterada.

—Creo que era detrás de la casa. Llama a la policía. Diles lo del disparo y pídeles que investiguen, pero no les des tu nombre.

—¡George o Emily pueden estar heridos!

Gavin parecía sombrío.

—Lo sé.

Leigh informó del disparo y colgó rápidamente el teléfono.

—¿Adónde vamos?

—¿A casa de RJ? —sugirió Alexis, al ver que Gavin no contestaba de inmediato.

El la miró por el espejo retrovisor.

—¿Sabes llegar?

—Creo que sí.

—Su granja está en el bosque, ¿verdad?

—Sí.

Gavin negó con la cabeza.

—Demasiado aislado. Quiero gente alrededor. Estaremos más seguros en La Posada.

—Siento haberos traído estos problemas —musitó Alexis.

—No los has traído tú —protestó Leigh—. Ya estaban.

La Posada era un lugar rústico y amplio, rodeado de árboles. El aparcamiento estaba lleno.

—Quizá no ha sido tan buena idea después de todo —comentó Gavin, mientras esperaban a que saliera un coche para poder aparcar.

—Debe haber una fiesta de cumpleaños o algo así —dijo Leigh—. Pero estar rodeados de gente nos favorece, ¿no?

Gavin frunció el ceño.

—Depende. Alexis, ya que hiciste también el papel de Leigh, ¿crees que puedes hacerte pasar por Hayley un par de horas?

—Llevo su vestido, o sea que ya es un comienzo.

—Intentaré chivarte los nombres si se nos acerca alguien —le prometió Leigh.

—Voy a ver si podemos conseguir una habitación —dijo Gavin cuando salió del coche.

Revisó la zona con la mirada antes de decirles que podían salir.

—Esto va a incrementar mucho tu fama en el pueblo —le dijo Leigh.

—¿A qué te refieres?

—Una habitación, dos mujeres y nada de equipaje. No quiero imaginar lo que pensará la gente —se burló ella.

—Me da igual lo que piensen siempre que las dos estéis a salvo.

Leigh lo tomó del brazo.

—De gamberro del pueblo a héroe del condado. Has hecho un largo camino, ¿eh?

El musitó algo entre dientes y Leigh le sonrió. Alexis intentó reprimir una punzada de envidia. ¡Se los veía tan bien juntos!

No había habitaciones libres; una pareja celebraba su cincuenta aniversario de bodas y habían reservado casi todos los cuartos para sus invitados de fuera. Además de eso, en el restaurante había también tres fiestas de cumpleaños.

Gavin dio las gracias al conserje y le dijo que estarían en el bar por si alguien anulaba algo en el último momento.

Cuando echaban a andar hacia el bar, Leigh le tiró de la manga.

—Acabo de acordarme del maletín. ¿Debemos dejarlo en el coche?

Gavin lanzó un juramento. El bar estaba lleno de gente que esperaba sitio en el restaurante. La música no estaba alta, pero el lugar resultaba caliente y ruidoso.

—Veré si puedo encontrar una mesa y saldré por el maletín.

—No digas tonterías —Leigh miró a su alrededor—. Jamás conseguiremos una mesa con este jaleo.

—Si ofrecemos dinero suficiente, sí. Enseguida vuelvo.

—¿Va a pagarle a alguien por una mesa? —preguntó Alexis, al verlo desaparecer entre la multitud.

—Eso parece.

Gavin volvió casi enseguida. Dos chicos de edad universitaria les dejaron la mesa en cuando se acercaron los tres.

—Eh, a unas mujeres tan guapas se la habríamos dejado gratis —dijo uno de ellos con una sonrisa.

Alexis sonrió también.

—Podéis devolverle el dinero.

El joven se echó a reír, tomó su botella de cerveza y siguió a su amigo entre la multitud.

—Pásame el teléfono, Leigh —dijo Gavin—. Voy a intentar llamar a Wyatt otra vez.

—Aquí no podrás oír nada.

—Me lo llevaré al coche. Si viene la camarera antes que yo, pídemela una tónica.

Transcurrieron varios minutos antes de que apareciera una camarera. Leigh pidió por los tres. Alexis notó que la miraba un joven y apartó la vista con rapidez.

—Tenía que haber elegido otro vestido del armario de tu hermana.

Leigh sonrió comprensiva.

—Este atrae algunas miradas, sí.

—Muchas gracias; ahora me siento mejor.

Llegaron las bebidas, pero no Gavin. La multitud no daba señales de disminuir; si acaso, parecía ir en aumento.

Leigh tamborileó con los dedos en el mantel.

—Gavin tendría que haber vuelto ya.

—A lo mejor ha conseguido una habitación —sugirió Alexis, que cada vez se sentía también más aprensiva.

—Algo ocurre —musitó Leigh unos minutos después.

Alexis se mostró de acuerdo.

—Si nos movemos, no nos encontrará.

—Lo sé, pero no puedo seguir sentada aquí. Quédate tú y cuida de la mesa...

Alexis negó con la cabeza.

—No nos separaremos.

Leigh asintió después de un segundo.

—Tienes razón. Vamos.

Una pareja mayor que esperaba cerca ocupó inmediatamente su mesa. Alexis siguió a su hermana a través de la multitud.

Fuera había grupos pequeños de personas que charlaban o se movían por el aparcamiento, pero ni rastro de Gavin.

—Teníamos que haber esperado —comentó Alexis.

Leigh se puso tensa de pronto.

—Yo creo que no. ¿Ves ese coche de color crema? Creo que es de Eden.

Alexis sintió una punzada de miedo.

—¿Está aquí?

—Vamos a verlo.

—Esto no es buena idea —protestó Alexis cuando cruzaban el aparcamiento.

—No habrá nadie en el coche —señaló Leigh—. Sólo quiero asomarme. Puede que haya algo que nos diga dónde está.

Los asientos delanteros estaban vacíos, pero los de atrás no. Al principio Alexis creyó que se trataba de un montón de ropa, pero luego comprendió que la ropa estaba unida a un cuerpo y el cuerpo no se movía.

Leigh soltó un respingo y retrocedió rápidamente. Se miraron asustadas.

—¿Está muerta? —preguntó Alexis.

—No lo sé.

Tendió una mano hacia la puerta, pero Leigh negó con la cabeza

con violencia.

—Tenemos que encontrar a Gavin.

Leigh tenía razón. No querían despertar a Eden si sólo estaba dormida y, si estaba herida, o algo peor, necesitaría más ayuda de la que ellas podían darle.

Regresaron corriendo a La Posada.

Ahora casi nadie estaba fuera, pero el bar, en cambio, se hallaba aún más atestado. Alexis intentó seguir a Leigh entre la gente, pero una pareja mayor se interpuso entre ellas y tuvo que esperar.

Perdió de vista a Leigh menos de un minuto, pero fue suficiente para que un hombre alto y rubio interceptara a ésta.

—¡Jacob!

Él había tomado a Leigh del brazo y la llevaba hacia la salida de emergencia cerca del punto donde estaba su mesa de antes.

—¡Leigh!

Su hermana no la oyó con la gente. Parecía que lo acompañaba de buena gana. Alexis se esforzó por alcanzarlos.

—¡Leigh! ¡No! ¡Espera!

—¡Gavin está herido! —gritó Leigh por encima del hombro.

—Es un truco. ¡Suéltala, Jacob!

Él se volvió con una mueca.

—No es un truco, Hayley —le gritó—. He entrado aquí a buscar ayuda.

Leigh salió con Jacob. Alexis no tuvo más remedio que seguirlos a la noche cálida.

Una bombilla solitaria colocada encima de la puerta arrojaba un pequeño círculo de luz amarilla sobre el suelo. El resto de la zona estaba a oscuras.

Delante había una hilera de árboles y, a la derecha, uno de los bordes del aparcamiento. Tres contenedores metálicos tapaban la vista y formaban un muro negro.

Su hermana confiaba en Jacob, a pesar de lo que Alexis le había contado de él.

¿Y por qué no? A él lo había conocido toda la vida y a ella sólo unas horas.

Alexis inspeccionó el suelo con la vista. Algo metálico y oscuro atrajo su atención. Era un trozo de tubería y, cuando lo levantó, notó que pesaba bastante.

Siguió a los otros dos alrededor del muro de contenedores. Al otro lado había una figura tumbada en el suelo, que se movió cuando Leigh corrió hasta él con un grito de terror.

—¿Gavin?

—Cuando he llegado al aparcamiento, he visto que rodeaba el edificio —dijo Jacob—. Sabía que algo ocurría y por eso lo he seguido hasta aquí.

Alexis se detuvo a cierta distancia y sujetó la tubería con fuerza, disimulándola contra la falda.

—Gavin, soy Leigh. No intentes moverte. Vamos a pedir ayuda.

Buscó algo en el montón de escombros cerca del contenedor. Se levantó con una madera en la mano, que parecía un trozo de valla rota.

—¿Con qué lo has golpeado, Jacob? —preguntó con frialdad.

Jacob retrocedió un paso, sorprendido. Alexis también estaba sorprendida. Había subestimado a su hermana.

Gavin intentó sentarse. Alexis apartó la vista de él y se acercó a Jacob por detrás mientras su hermana avanzaba por delante.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —preguntó él; se giró a mirar a Alexis.

—¿Dónde está tu pistola? —preguntó ella.

—¿Qué pistola?

—La que le sacaste a Alexis —dijo Leigh.

La mano de él se movió hacia el bolsillo.

—¿Te refieres a ésta?

Leigh le golpeó el brazo antes de que pudiera sacar nada. Se oyó un crujido y la madera se partió en dos. Jacob gritó sorprendido.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loca?

Alexis le golpeó el antebrazo con la tubería con todas sus fuerzas. Wyatt había mencionado una herida previa, pero no había dicho en qué brazo. Jacob gritó de dolor y se agarró la zona golpeada.

—¡Es de juguete! —les gritó—. No es una pistola de verdad.

La puerta de la cocina se abrió detrás de Leigh.

—¡Llamen a la policía! ¡Pidan una ambulancia! —gritó ésta, sin volverse.

—Vuelve a tocar ese bolsillo y te doy en la cabeza —advirtió Alexis a Jacob—. ¿Qué le has hecho a Gavin?

—Yo no le he hecho nada, lo he encontrado así. ¿Pero qué os pasa a las dos?

—¡Policía! ¡Tire el arma!

Alexis no se volvió hacia la voz que hablaba detrás de ella.

—Lleva una pistola en el bolsillo —dijo sin moverse.

—¡Tire el arma! ¡Vamos! —ordenó la voz.

La joven soltó la tubería.

—Ustedes dos al suelo. Con las manos en la cabeza donde pueda verlas. Vamos.

Alexis empezó a obedecer, pero el hombre se acercó a ella.

—¡Usted no! ¡Usted quédese donde está!

La agarró del brazo y la acercó hacia su cuerpo, que olía a sudor rancio. Alexis vio que apuntaba a Leigh y sintió pánico. Un policía jamás actuaría así. No era policía.

—¡Que no se mueva nadie!

Gavin todavía intentaba levantarse. El falso policía movió la mano en su dirección y Alexis no se detuvo a pensar. Le pisó el pie con toda la fuerza de que fue capaz y golpeó la pistola con su brazo libre.

El arma se disparó con un ruido espantoso, pero Alexis ya se volvía para darle un rodillazo en sus partes.

Él bloqueó el golpe, que lo alcanzó en el muslo. La agarró por el pelo y le colocó el cañón caliente de la pistola debajo de la barbilla.

—Si te mueves otra vez, te mato aquí mismo, zorra.

El hedor fétido de su cuerpo casi la hizo vomitar.

—Al suelo o la mato. ¡Vamos!

Alexis podía haber intentado algo, pero no lo hizo. Aquél era el hombre que la había perseguido por la casa, el que había disparado a Wyatt. Y estaba más que dispuesto a apretar el gatillo; podía sentir la adrenalina recorriendo su cuerpo y no podía correr el riesgo de que disparara a los otros.

Tiró de ella hacia el aparcamiento y la joven se dejó llevar,

esperando una oportunidad.

—Perdone, ¿es usted el inspector Crossley?

Wyatt miró a la mujer joven que se acercaba a su silla.

—Sí.

—Tiene una llamada en el mostrador.

—Enseguida vuelvo —dijo a Hayley y Bram.

—Alguien ha llamado para informar de unos disparos en la propiedad de los Walken —dijo su tío sin preámbulos—. ¿No era allí donde llevaba Jarret a las otras hermanas?

—Voy para allá —dijo Wyatt. Corrió hacia Hayley y Bram—. Tengo que irme. Volveré a buscaros en cuanto pueda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bram.

—¿Es Leigh? —quiso saber Hayley.

—No lo sé. ¿Me prestas tu móvil?

Hayley lo sacó del bolso y se lo tendió.

—El número de Leigh está en la agenda —dijo—. Y el de Bram también.

—Gracias.

Wyatt corrió al coche patrulla, encendió los faros, puso la sirena y pisó el acelerador a fondo. Si le ocurría algo a Alexis, nunca se lo perdonaría.

Iba a toda velocidad por la carretera cuando la radio del coche cobró vida. Un agente había respondido ya a la llamada sobre la casa de los Walken. Habían registrado la mansión y no había nadie dentro, aunque sí sangre en el porche de atrás. Al parecer había habido un coche aparcado detrás. Su tío Nestor enviaba un coche patrulla a Heartskeep para que echara un vistazo. Wyatt prometió reunirse allí con ellos.

Acababa de devolver la radio a la frecuencia principal, cuando oyó que alguien llamaba para informar de problemas en La Posada. Wyatt llegaría allí en unos segundos. Un friega platos informaba de que había dos mujeres y un hombre mezclados en un altercado detrás del restaurante.

Wyatt respondió que acudiría él, pero solicitó refuerzos. Confió en no estar perdiendo el tiempo, pero tenía el presentimiento de que no

podía ignorar aquella llamada.

Un minuto después entraba en el aparcamiento, donde estuvo a punto de chocar con un coche que salía. Un joven con delantal blanco corrió hacia él.

—¡En la parte de atrás, cerca de las cocinas! —gritó—. Hay dos mujeres pegando...

El sonido de un disparo casi le paró el corazón. Salió del coche y pasó el micrófono al joven.

—Aprieta el botón y diles que un policía necesita ayuda. Que hay disparos.

Cruzó el aparcamiento corriendo y sacó la pistola por el camino. La Posada era el restaurante más popular en kilómetros y esa noche estaba más llena que de costumbre. En el aparcamiento había muchos coches y gente.

—¡Policía! —gritó sin dejar de correr—. ¡Despejen la zona!

Cuando se acercaba a la esquina del edificio más cercana al bar, salieron dos figuras. Reconoció enseguida a Alexis. El hombre que la sujetaba era de estatura mediana, rubio y delgado. Y apretaba el cañón de una pistola contra la garganta de ella.

## Capítulo 14

—¡Policía! —gritó Wyatt—. ¡Tire...!

El hombre movió la pistola y le disparó. Cuando se ponía a cubierto, Wyatt oyó cómo se clavaba la bala en el coche aparcado a su lado.

Alexis se giró de pronto y Wyatt no vio lo que hizo, pero el hombre soltó un aullido. En lugar de echar a correr, ella golpeó su rostro con la frente y le lanzó un puñetazo al plexo solar. La pistola del hombre se disparó al aire.

—¡Alexis, agáchate!

Ella se giró y se lanzó entre dos coches aparcados. De la nariz del hombre salía sangre. La apuntó con la pistola, pero Wyatt le disparó antes y el hombre se tambaleó. Alguien más salió de la oscuridad. Wyatt disparó al nuevo peligro y falló.

La segunda figura siguió avanzando. Se lanzó contra el pistolero y ambos cayeron al suelo. La pistola salió disparada y los dos desaparecieron detrás de un coche aparcado. Wyatt corrió hacia allí.

—¡Jacob! ¡Quiere la pistola! —gritó Alexis.

Corrió hacia los hombres que se debatían en el suelo y alejó de una patada la pistola de la mano extendida del hombre. Éste gritó de rabia y dolor, se quitó a Jacob de encima e intentó agarrarla por el tobillo. Jacob sacó una pistola del bolsillo del pantalón y Alexis dio una patada al hombre en la cara y se lanzó a por su arma. Jacob clavó su pistola en el cuello del hombre.

—¡No te muevas! —gritó.

Wyatt captó movimiento cerca de la esquina. Se volvió y apuntó con su arma a dos figuras más, hasta que vio que eran Leigh y Gavin, que se apoyaba en ella.

—¿Quién más hay ahí atrás? —preguntó.

—Nadie —repuso Alexis, corriendo hacia él.

—¡Policía estatal! —gritó una voz detrás de Wyatt—. ¡Tiren las armas!

Wyatt volvió la cabeza y vio a un hombre con traje y corbata que sostenía una pistola. Agradecido de contar con refuerzos, le hizo señas de que era policía y se volvió hacia Jacob, que estaba sentado a horcajadas sobre el otro hombre.

—Tira la pistola a tu izquierda y levántate despacio.

—Muy bien. De todos modos es de juguete.

—Necesito unas esposas —dijo Wyatt al otro policía.

—¿Sólo unas? —preguntó éste, observando la situación—. No llevo ninguna encima. Mi esposa y yo cenábamos tranquilamente cuando he oído el primer disparo. Me llamo Farnsworth.

—Me alegra que estuviera por aquí —dijo Wyatt—. ¿Quiere cubrirme mientras lo registro?

—Adelante. Mi esposa ha pedido refuerzos.

—Yo también —Wyatt miró a Jacob—. Quédate donde estás y deja las manos bien a la vista mientras arreglo esto.

—Eh, no es problema. Soy una estatua.

Alexis corrió hacia Leigh y Gavin.

—Gavin necesita una ambulancia —gritó.

Gavin murmuró algo inaudible.

—Ves doble —oyó que decía Leigh.

—Sois mellizas. Tengo que ver doble.

Wyatt, aliviado de oírle hablar con coherencia, centró su atención en el hombre que estaba en el suelo y había empezado a moverse.

—¡Quieto!

El hombre ignoró la orden y empezó a levantarse. Wyatt le colocó la rodilla en la parte baja de la espalda y él se retorció como un loco e intentó alcanzar el bolsillo del pantalón. Farnsworth y Jacob se lanzaron inmediatamente a echar una mano. El hombre, enloquecido, golpeaba ciegamente, pero entre los tres lo dominaron. Sangraba por la nariz y por el pecho, pero eso no lo frenaba.

Un policía uniformado apareció corriendo con unas esposas en la mano. Wyatt levantó la cabeza y se sorprendió de ver a su tío. Cuando

esposaron al hombre, encontraron una pistola pequeña en su pantalón y una navaja atada a la pierna.

Wyatt lo colocó boca arriba.

—Mario Silva.

—¡Vaya, qué casualidad! —exclamó Farnsworth.

Jacob dio un paso adelante.

—¿Dónde está mi madre, bastardo?

—Quédate donde estás, Jacob —le advirtió Wyatt.

—Le ha hecho algo a mi madre.

Wyatt movió la cabeza.

—No pienso repetirlo —dijo con su voz más autoritaria—. Quédate donde estás.

El chico obedeció. Alexis los miraba ansiosamente. Wyatt sabía que intentaba decirle algo, pero negó con la cabeza. La situación resultaba todavía demasiado explosiva para conversaciones.

No retrocedió hasta que llegó otro coche patrulla. Silva dejó de debatirse al fin y empezó a gemir de dolor.

—La ambulancia está en camino —dijo su tío—. He oído la llamada y he pensado que era el que más cerca estaba.

—Gracias por responder —a Wyatt le gustaba la idea de entregar todo aquello a otro—. Sigo intentando averiguar lo que ha ocurrido.

—Wyatt —dijo Alexis con urgencia—. Eden está en el asiento de atrás de su coche al otro lado del aparcamiento. No sé si está dormida, muerta o inconsciente.

—Vete —dijo su tío—. Ya nos ocupamos de esto.

Se oyeron sirenas en la distancia.

Wyatt corrió con Alexis, pero se detuvo a hablar con el policía que entraba en el aparcamiento.

—Empezad a controlar a la gente. Que no entre ni salga nadie. ¿Dónde? —preguntó a Alexis.

Ella señaló el coche.

—Espera aquí.

Corrió al vehículo y encontró las puertas cerradas. La mujer no se movía. Wyatt corrió a su coche patrulla y sacó una herramienta para forzar la puerta. Un coche de la policía estatal paró a su lado.

—Vamos a necesitar otra ambulancia —dijo Wyatt.

Corrió de nuevo al coche de Eden y abrió la puerta. En cuanto lo hizo, captó el olor cobrizo de la sangre. Eden estaba boca abajo y no se movió cuando le buscó el pulso en el cuello.

—¡Una ambulancia, deprisa! —gritó Wyatt.

—¿Está viva? —preguntó Alexis.

—Por el momento, sí.

Apartó a la joven para dejar paso al personal de la ambulancia.

—Hay otra víctima de disparo al otro lado del edificio —dijo.

Como ya no podía hacer más, se volvió hacia Alexis.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

El le levantó el rostro y le apartó el pelo de la frente.

—Te está saliendo un moratón.

—Teniendo en cuenta que le he roto la nariz y algunos huesos de la mano, supongo que estamos en paz —repuso ella con una sonrisa trémula.

Wyatt empezaba a abrazarla cuando ella levantó una pistola por el cañón.

—¿Te importa guardar esto? Las armas me ponen nerviosa.

Wyatt miró la pistola sorprendido. Había olvidado que ella había recogido el arma de Silva.

—¿Seguro que eres asistente social y no policía?

—Ajá. Nosotros tampoco aguantamos muchas tonterías a los gusanos, pero no solemos pegarles un tiro. Gracias por venir.

—No me lo habría perdido por nada —dijo él.

Abrió los brazos y Alexis se echó en ellos temblando y enterró la cabeza en su pecho.

Dos semanas más tarde, estaban todos reunidos en la biblioteca de Heartskeep. Amy Hart Thomas descansaba al fin en el cementerio familiar con vistas al río Hudson. Sólo un grupo reducido de invitados había asistido ese día al funeral doble, que se había aplazado hasta que Kathy saliera del hospital y pudiera estar presente en el entierro de Livia Walsh.

Las dos últimas semanas habían sido duras para todos. Wyatt

agradecía el apoyo que George y Emily Walken habían dado a las mujeres. Incluso habían acompañado a Alexis a Nueva Jersey para estar a su lado cuando enterró a Bryan Ryder junto a su adorada Lois.

Los Walken habían abierto su casa y su corazón a Alexis desde el primer momento. Y ella no había tardado en sentirse a gusto con ellos.

Wyatt observó el grupo, reacio a decirles lo que tenía que decir, consciente de que todos estaban hartos de muertes y funerales. Pero Hayley le brindó la ocasión perfecta.

—¿Por qué no ha vuelto Jacob a la casa? — preguntó—. Lo he visto hablando con RJ. ¿No sabe que no le echamos la culpa de lo que pasó?

Wyatt carraspeó y atrajo todas las miradas.

—Jacob tenía que volver al hospital. Eden ha entrado en coma esta mañana. Los médicos no creen que pase de hoy.

—¡Pero estaba mejorando! —protestó Leigh.

—Eso esperaban los médicos, aunque sabían que no estaba fuera de peligro. Dicen que a veces sucede esto.

Alexis le sostuvo la mirada.

—Has hablado con ella, ¿verdad?

—Ayer —dijo Wyatt—. Nos hizo una declaración. Como sabéis, Mario Silva le disparó cuando intentaba huir de él en la casa Walken. La había arrastrado hasta allí en busca del dinero. Creía que ella lo engañaba, no le cabía en la cabeza que Marcus hubiera muerto en la ruina.

—Debo decir que a nosotros también nos costó creerlo —intervino Gavin.

—Marcus estaba mezclado en todo tipo de actividades ilegales — asintió George Walken—. Si la mayor parte del dinero del chantaje procedía de Heartskeep, ¿qué fue del dinero que amasó él a lo largo de los años?

Wyatt se apoyó en el marco de la puerta y cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Buena pregunta. Nos llevará tiempo desenredar todo esto, pero esperamos encontrar muchas respuestas en el ordenador que

sacamos de su despacho. Sospechamos que tiene dinero en una cuenta suiza o en un banco de algún paraíso fiscal.

—A mí sólo me interesa la respuesta a una pregunta —dijo Hayley a todos en general—. ¿Mató Marcus a nuestra madre?

Wyatt frunció el ceño.

—Según Eden, su muerte fue un accidente.

—¡Tenía el cráneo aplastado! ¿Cómo puede ser eso un accidente? —preguntó Hayley.

—Eden insiste en que Amy tuvo un accidente de tráfico de camino aquí... parecido al que mató a Lois Ryder. Según ella, Amy no llevaba el cinturón y se golpeó la cabeza con la ventanilla al salirse de la carretera. Como no había nadie cerca y el coche funcionaba, consiguió llegar hasta aquí. Eden la vio aparcar delante, vio los golpes del coche y salió a ver qué había pasado. Dice que Amy la atacó verbalmente.

—Seguramente lo hizo —dijo Leigh.

Wyatt asintió.

—Dice que discutieron y que Amy intentó pegarle.

—No me lo creo —saltó Hayley al instante.

—Dice que la empujó para apartarla y que Amy se cayó. Su cabeza herida golpeó el espejo lateral del coche y, cuando Eden vio que no se levantaba, se dio cuenta de que estaba muerta.

—¿Tú qué opinas? —preguntó George con calma.

—La autopsia no lo descarta —repuso Wyatt cauteloso—. Pudo suceder así.

—¿Pero...? —intervino Bram.

Wyatt se frotó la mandíbula.

—Marcus y ella se tomaron muchas molestias para enterrar el cuerpo y librarse de la única prueba que podía corroborar su afirmación.

—¿Qué hicieron con el coche? —preguntó Emily Walken.

—Eden dice que lo escondieron en uno de los graneros hasta que todos se acostaron aquella noche. Luego ella siguió a Marcus hasta Nueva York y lo abandonaron en una zona pobre de la ciudad con las llaves en el motor y el bolso de Amy en el asiento del acompañante.

—Es un modo ingenioso de librarse de las pruebas —dijo Gavin—. Un coche caro como aquél valdría algo aunque sólo fuera en chatarra. Si aparecía el carné de conducir o alguna parte del coche, sería en la ciudad y todos pensarían que la habían matado allí.

Wyatt asintió.

—Por eso cuestiono su versión de la historia, pero me temo que nunca sabremos lo que ocurrió en realidad.

—¿Mataron ellos a Dennison? —preguntó Bram.

—Eden dice que no. Podríamos exhumar el cuerpo de Dennison, como pensabais. Quizá la autopsia indicaría algo, pero, aunque así fuera, no probaría quién cometió el crimen. Yo creo que deberíamos dejar las cosas así, pero la decisión es de Hayley y Leigh.

—No tiene mucho sentido —comentó Hayley con amargura—. Ya no queda nadie a quien castigar.

—Excepto Mario Silva —corrigió Wyatt—. Las balas que sacaron de los cuerpos de Brian Ryder y de Eden salieron de la pistola que robó después de fugarse de la cárcel.

—¿Mario Silva mató a Brian Ryder? —preguntó Emily.

—Sí.

—¿Y cómo llegó al apartamento de Alexis?

—Creemos que Brian Ryder se hizo el muerto después del primer disparo. Silva subió arriba a buscar el dinero y Brian aprovechó para llegar hasta su coche y conducir hasta el piso de Alexis.

—Tenía que haber ido al hospital —murmuró ésta.

—Habría dado igual —le dijo Wyatt con gentileza—. Creo que sabía que se moría y que tenía ya el maletín en el coche. Quería dártelo y advertirte antes de que Silva encontrara la dirección y fuera a por ti.

—Y también fue Silva el que os disparó a Alexis y a ti aquí en Heartskeep, ¿verdad? —preguntó Gavin.

—Sí.

—¿Pero cómo sabía que tenía que venir aquí? —preguntó Bram.

—Por Eden —repuso Wyatt—. Le tenía miedo. Cuando se enteró de que se había fugado, supo que aparecería antes o después.

—¿Por qué? —preguntó Hayley.

—Porque Mario era hermano de madre de Marcus.

—¿Qué! —exclamaron varias voces.

—Tenían la misma madre, pero no el mismo padre. El padre de Marcus murió y le dejó dinero en un fondo, pero sólo si lo usaba para estudiar medicina.

—¿Santo cielo! —susurró Emily.

—El padre de Mario no le dejó nada.

—¿Y Marcus se sentía responsable de él? —preguntó Leigh, sorprendida.

—No exactamente. Yo creo que Marcus le tenía miedo. Mario conoció a Eden a través de él. Se casaron, pero se divorciaron antes de que naciera Jacob. Eden insiste en que Marcus la mezcló en actividades ilegales. Yo creo que fue al contrario, pero no importa. Eran socios en el crimen y Mario se sentía con derecho a acudir a ellos en momentos de necesidad, o sea siempre que no estaba en la cárcel.

—¿Jacob lo sabía? —preguntó Leigh.

—Dice que no y no creo que mienta.

—Eden no valía mucho como persona —asintió Hayley—. Pero Jacob siempre dijo que era una buena madre.

—Aún no comprendo cómo ese Mario sabía lo del maletín —insistió Emily.

Wyatt se frotó la mandíbula con aire ausente.

—Eden le dijo que no tenía dinero, pero que sabía dónde podía encontrarlo. Hacía tiempo que sabía que chantajeaban a Marcus y siempre había sospechado de Kathy. Curiosamente, Marcus creía que era Jacob, a pesar de que Eden lo negaba.

—Nunca le gustó Jacob —comentó Hayley—. Pero, por otra parte, a Marcus no le gustaba nadie.

—Para responder a tu pregunta, Emily —siguió Wyatt—. Eden siguió a Livia Walsh una mañana por el laberinto y oyó que Marcus se negaba a pagarle. Descubrió dónde vivía Livia y se las arregló para encontrarse con ella en el pueblo.

—¿Pero por qué le iba a hablar ella a Eden del maletín? —inquirió Bram.

Kathy habló por primera vez.

—A mi madre no le gustaba Eden. Me la imagino pensando que el dinero estaba fuera de su alcance y presumiendo de que se lo había dado a la niña que le habían robado a Amy. Pensaría que era justicia poética y seguramente así se lo diría a Eden. Mamá era ya mayor y no tan cautelosa como debía haber sido.

—¿Y Eden envió a Mario detrás de Bryan Ryder? —intervino Leigh.

—Eso parece —contestó Wyatt—. Silva no habla.

George tomó la palabra.

—¿Quién era la gente que oyó Alexis en su apartamento? ¿Silva siguió a Brian allí?

—No. Alexis oyó a Jacob y Eden. Jacob descubrió lo que había hecho Eden y dice que fue a Nueva York a avisar a Brian pero llegó demasiado tarde. Vio a tu padre salir tambaleándose desde la casa hasta su coche. Silva apareció unos minutos más tarde con una pistola en la mano. Para entonces, el coche de Brian ya había doblado la esquina y el de Silva estaba aparcado en la acera de enfrente y mirando en dirección opuesta. En cuanto se alejó, Jacob entró en la casa. Dice que Silva había dejado la puerta abierta y que entró a ver si encontraba la dirección de Alexis.

—Sí, vamos —comentó Bram con incredulidad—. Seguro que buscaba el maletín.

—Él cuenta esa historia y no la cambia —declaró Wyatt—. Cuando encontró la dirección de Alexis, llamó a Eden y le dijo que iba para allá.

—Siento pena de Jacob —dijo Leigh.

Gavin soltó un juramento.

—Leigh tiene razón —intervino Hayley—. A su modo, intentaba protegernos a todos.

—Hayley, ese hombre amenazó a Alexis —le recordó Bram.

—Con una pistola de juguete —dijo Alexis.

—Dice que creía que, si conseguía el dinero y se lo daba a Eden, ella desaparecería, Silva se marcharía y todo se arreglaría. Que le enfermaba lo que habían hecho Eden y Marcus, pero no quería que ella fuera a la cárcel. No esperaba que su madre se presentara en tu

apartamento. Lo que vio allí le aterrizó pero sabía que tenía que encontraros al dinero y a ti.

—Y todo el mundo se dirigió a Heartskeep suponiendo que Alexis se presentaría aquí antes o después —dijo George.

—Todos menos nosotros —dijo Hayley—. Que estábamos por ahí persiguiendo sombras mientras intentaban matar a Alexis.

—Silva no buscaba a Alexis ni el dinero en Heartskeep —corrigió Wyatt—. Buscaba a Eden. Pensaba que había vuelto allí a esconderse.

—Me gustaría que alguien pudiera explicarme por qué mi madre se casó con ese bastardo —murmuró Hayley.

Wyatt captó la mirada de preocupación que intercambió George con su esposa. Emily le puso una mano en el brazo y asintió levemente con la cabeza.

—O por qué no se divorció de él —asintió Leigh.

—Por mi causa —repuso George—. Vuestro padre biológico no era Marcus, soy yo.

Alexis se quedó atónita. Vio las expresiones dolidas de sus hermanas y comprendió cómo se sentían.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Leigh.

—No puede ser —dijo Hayley—. No es posible.

Alexis miró al hombre al que había aprendido a apreciar hacía poco e intentó asimilar aquella sorpresa nueva. No conocía muy bien a Emily ni a él, pero la historia no encajaba con la relación que parecían tener.

—Es imposible —repitió Hayley.

—Hace veinticinco años, descubrí que no podía tener hijos —dijo Emily—. Y me derrumbé. George y yo pasamos un periodo muy malo. Al final me fui y le dije que iba a pedir el divorcio.

—¿Y tuviste una aventura con nuestra madre? —Hayley estaba temblando.

George movió la cabeza con aire miserable.

—No fue así. Amy era hija de mi mejor amigo; siempre había estado un poco enamorada de mí. Aunque resultaba halagador, para mí era como una sobrina. Una noche vino con un libro que yo le había pedido a Dennison. Había venido a pasar el fin de semana en

casa porque se había peleado con el doctor con el que salía.

—¿Marcus? —preguntó Leigh.

—Sí. Empezamos a hablar y yo la invité a entrar y tomar una copa.

—No quiero oír esto —declaró Hayley con voz ronca—. Tuviste una aventura de una noche con nuestra madre y ella se quedó embarazada y se casó con Marcus. Por eso a él no le importó vender a su hija. No éramos sus hijas.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Leigh.

—No lo sabía. Lo sospechaba, pero cuando le pregunté a Amy si erais hijas mías, ella lo negó.

—Yo tampoco lo sabía —dijo Emily—. Os parecéis tanto a vuestra madre que nunca busqué otras semejanzas. Hasta que el otro día hablasteis de tirar las paredes de Heartskeep y Hayley y yo repasamos fotos en las que estabais de pequeñas. Algo me llamó la atención. Comparé las fotos con las del álbum de George de pequeño y el parecido era increíble.

Tomó la mano de su esposo y la apretó ligeramente.

—Sabía que había pasado algo cuando me fui, pero cuando nos reconciliamos, decidí que era culpa mía y nunca hablamos de ello. Pero ahora tenía que saberlo —dijo Emily con aire de disculpa—. Así que busqué un laboratorio que hace análisis de ADN y les envié pelos de vuestros cepillos. Los resultados llegaron cuando estabais buscando a Alexis. Si queréis, puedo enseñaros el informe.

—Yo no quiero —declaró Hayley.

Emily estaba al borde de las lágrimas.

—Sé que esto es una sorpresa para todos. George no quería decíroslo, pero yo he creído que debíais saberlo. Vuestra madre se quedó con Marcus para protegernos a todos.

—¿Y arruinó su vida? ¡Qué estupidez! —gritó Hayley—. Crecimos pensando que esa abominación era nuestro padre.

Leigh parecía igual de alterada. Alexis no sabía bien lo que sentía. Se levantó y se acercó a Wyatt, lo que hizo que todos la miraran.

—En la última semana he descubierto que mi vida entera era una mentira —dijo—. No conocí a Marcus, pero lo odiaba por haberme vendido como un objeto no deseado. Y odiaba a Brian Ryder por

comprarme para su esposa. Ahora sé que me quería. Pero siempre faltó algo en nuestra relación y ahora comprendo por qué. Ahora comprendo muchas cosas.

Respiró hondo. Wyatt entrelazó los dedos con los suyos. Ella no lo miró, pero le apretó la mano para hacerle saber cuánto agradecía su apoyo.

—Comprendo vuestro dolor y amargura —dijo a sus hermanas—, pero yo ahora sólo siento alivio. Marcus no era nuestro padre biológico. Lo que nos hizo a todas no era personal. No vendió a su primogénita ni ignoró a sus otras hijas. No formábamos parte de él.

Miró a Hayley y luego a Leigh.

—¿De qué sirven las recriminaciones? Si no aceptamos lo que no podemos cambiar, jamás podremos seguir adelante. Yo no conocí a Amy, no tuve que tomar sus decisiones y no puedo ponerme en su lugar. Ni puedo ni quiero. Eso ocurrió hace veinticinco años. No la voy a juzgar ahora.

—Amy era como una hermana para mí —intervino Kathy—. Y ella fue la única que perdió con su decisión, pero puedo decir una cosa, habría sufrido más si hubiera destrozado a estas dos familias diciendo la verdad. Pensadlo bien. Hizo lo que le pareció mejor. Y deberíais pensar que hace una hora sólo os teníais a vosotras y ahora tenéis un padre y una madrastra que os han apoyado siempre aunque no supieran la verdad.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Alexis tiró de la mano de Wyatt y él la siguió al vestíbulo. La señora Norwich, la cocinera y ama de llaves contratada por Eden, se afanaba en la cocina. Alexis tenía planes para Heartskeep y, si todo iba bien, confiaba en que tanto ella como Kathy se quedaran a trabajar allí. Tiró de Wyatt hasta la puerta principal y tomó el sendero que daba la vuelta a la casa.

—¿Vamos a algún lugar concreto? —preguntó él.

—Al laberinto.

La empresa de jardinería contratada por Leigh había hecho un trabajo extraordinario para dejar el laberinto presentable para ese día. Quedaba aún mucho trabajo, pero, al igual que en la casa, ya se veía todo su potencial. Y para Alexis sería agradable tener algo

positivo en lo que concentrarse en medio de todo aquel dolor. Entró en el laberinto con Wyatt de la mano.

—No es que esté nervioso ni nada de eso, pero sabes dónde vamos, ¿verdad? —preguntó él—. Porque no me gustaría tener que dar vueltas durante una hora para encontrar la salida.

Ella sonrió.

—Sólo voy hasta la fuente. Desde allí se puede ver la casa, ahora que han recortado algunos setos.

—Bien.

Llegaron a la fuente y Wyatt le soltó la mano. Alexis se sentó en el banco que la rodeaba para poder meter los dedos en el agua fría. La humedad había bajado ese día y la temperatura era algo más baja. Y no se veía ni una nube en el cielo.

Wyatt se quitó la chaqueta del traje oscuro y la dejó en el banco. Hizo lo mismo con la corbata. Cuando se abrió el último botón de la camisa blanca vio que ella lo miraba con una sonrisa.

—¿Qué?

—Nada. Disfrutando de las vistas.

Él se sonrojó. Se sentó a su lado.

—Ahora no te pares.

—Pórtate bien.

—Ya lo hago. ¿No me he controlado de un modo admirable?

Alexis vio una chispa de deseo en los ojos de él. En las dos últimas semanas habían estado juntos casi constantemente. Ella no habría podido superar el funeral de su padre sin Wyatt a su lado. Pero siempre había habido también alguien más y él había mantenido una distancia emocional que la estaba volviendo loca.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¿No lo parece?

—Sí.

—Me alegro de que hayan terminado los funerales —reconoció ella—. Pero supongo que nos pasa a todos. Aunque supongo que ahora tendremos que acompañar a Jacob.

—Eres muy leal con alguien a quien ni siquiera conoces.

—Empezó a gustarme después de que le golpeara en el brazo con

la tubería de hierro.

Wyatt sonrió.

—Supuse que era así cuando te negaste a denunciarlo.

Le tocó la mejilla con la mano y se sintió recompensada al ver oscurecerse sus ojos.

—Todo irá bien, ¿sabes? Perdonarán a George y a su madre.

—¿Y tú?

Alexis dejó caer la mano en su regazo.

—No sé lo que siento en este momento. George y Emily me gustan. Son dos de las personas más amables y cariñosas que he conocido.

Se encogió de hombros.

—En el fondo supongo que, digan lo que digan los análisis, Brian Ryder siempre será mi padre.

Wyatt la miró con una ternura que le calentó el corazón.

—Creo que así es como debe ser, Alexis. No creo que George quisiera otra cosa. La transición va a ser más difícil para tus hermanas.

—Sí, pero siempre han querido a George y Emily, así que lo superarán. Todos lo haremos. Sólo necesitamos un poco de tiempo.

Se volvió bruscamente para poder apoyar la espalda en el pecho de él. Wyatt no tuvo más remedio que soportar su peso. A ella le gustaban las manos de él en su piel. De momento no quería pensar en nadie más, tenía otras cosas en la cabeza y estaba harta de jugar limpio.

—Es bonito —dijo.

—¿El qué?

—Estar aquí así.

Wyatt le besó la cabeza y ella pensó que hacían progresos.

—Sí, lo es.

Escucharon un momento el ruido del agua y el trino de los pájaros.

Alexis jugaba con el colgante de esmeralda que le habían dado sus hermanas de parte del abuelo al que no había conocido nunca. Se lo habían puesto ese día por primera vez y le parecía apropiado. Igual que le parecía apropiado estar allí con Wyatt. ¡Habían pasado tan poco tiempo a solas! Alexis sabía que, al menos en parte, había sido

por él. El peligro había pasado y retrocedía, enmascarando el deseo que sólo traslucía de modo ocasional.

—Por cierto —dijo él—. Kathy ya no tiene que preocuparse de Bernie Duquette. La policía de New Hampshire encontró la semana pasada su cuerpo en una carretera perdida.

Alexis se sentó de modo que pudiera mirarlo.

—Lo habían matado a golpes. En el pecho tenía un papel que decía: *Hay que pagar*. Eso confirma la teoría de que tenía deudas de juego.

—¿Se lo has dicho a Kathy?

—Sí. Parecía aliviada.

—Ya lo imagino. He decidido convertir Heartskeep en un refugio de mujeres. Ya le he preguntado a Kathy si quiere llevar el día a día de la casa. Y creo que le pediré a la señor Norwich que siga ocupándose de la cocina.

—Parece que lo has pensado bien.

—Oh, he pensado mucho. Principalmente en ti y en mí.

Notó que el cuerpo de él se ponía tenso.

—Alexis, has pasado mucho y..

—Un momento. Estás hablando con una asistente social, Wyatt. Apuesto a que he tenido más cursos de psicología que tú. No me enamoré de ti porque acudieras en mi rescate. Aunque lo hiciste bastante bien, recordarás que yo tampoco lo hacía tan mal. No necesito un héroe, necesito un compañero.

Wyatt la miraba a los ojos.

—Hayley me ha dicho que tendría que tomar la iniciativa con ese tema de la virginidad. Supongo que tomar la iniciativa es un rasgo de la familia Hart.

—¿Has hablado de eso con Hayley?

—Y con Leigh —admitió ella—. No tuve más remedio. Hayley dijo que tú no dejarás las vacilaciones si yo no hago algo. Por supuesto, ellas creían que era por tu tío, así que tuve que decirles que era el tema de la virginidad el que causaba problemas.

Wyatt cerró los ojos.

—Te lo has inventado —volvió a abrirlos—. Me tomas el pelo,

¿verdad?

Alexis se esforzó por no sonreír.

—Me sugirieron que tengamos la noche de bodas antes de la boda para quitárnoslo de en medio.

El brillo de los ojos de él la excitó sobremanera. Le tocó la camisa y él detuvo su mano, con expresión seria. Era evidente que elegía sus palabras con cuidado.

—Ser virgen te hace especial, Alexis. Es un gran regalo que ofrecer al hombre con el que te cases.

—Entonces supongo que tendrás que casarte conmigo, ¿eh?

El la tomó por los hombros y ella se apartó el pelo de la cara con un movimiento de cabeza y lo miró con calma, aunque el corazón le palpitaba con violencia.

—Alexis, sólo nos conocemos desde...

La joven le puso un dedo en los labios.

—No importa. No quiero meterte prisa.

Wyatt le bajó la mano.

—¿No?

—No. Lo he pensado bien. No me importa esperar hasta que estés preparado. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

Sonrió, pero no se decidió a mirarlo a los ojos. Tenía miedo de lo que podía ver. O peor, de lo que podía no ver.

—Este sitio es perfecto, ¿verdad? —preguntó.

—Ahora no puedo pensar —repuso él—. He dejado de hacerlo en el momento en que te has declarado. Porque te has declarado, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Eso te toca a ti. Yo simplemente quería decir que este sitio es muy romántico; quizá no ahora con tanta gente en la casa, pero podemos volver luego y traer una botella de vino o algo así.

Wyatt le levantó la barbilla y la miró a los ojos. Alexis sintió el corazón henchido de esperanza. Todo saldría bien.

—¿Tengo algo que decir en esto? —preguntó él.

—Por supuesto. Puedes decir «si quiero».

—Sí quiero —dijo Bram.

—Sí quiero —dijo Gavin.

—Sí quiero —le dijo Wyatt, con la esperanza de que Alexis pudiera ver todo el amor que sentía por ella.

Los seis intercambiaban sus votos de pie ante el ministro, delante, de la fuente brillante.

—Pueden besar a las novias —dijo el ministro.

Wyatt la besó en los labios y prolongó el beso un momento.

—Al fin —susurró ella contra su boca.

—Te quiero —dijo él.

—Lo sé.

Al volverse hacia los familiares y amigos, Alexis irradiaba felicidad. George sonreía desde la primera hilera de sillas, donde había ocupado su puesto como padre orgulloso de las novias. Emily, a su lado, se secaba los ojos y sonreía de placer.

La casa se elevaba detrás de ellos casi tranquila bajo el sol de aquella mañana de mayo como si ella también observara la escena con aprobación. Del interior del laberinto subió por los aires una paloma blanca y sobrevoló el grupo de la boda.

—¡Lucky! ¡Vuelve aquí!

Los invitados se dispersaron y el enorme perro soltó un ladrido y salió en persecución del pájaro. Wyatt se echó a reír y bajó la cabeza para saborear de nuevo los labios de su esposa.

—No está mal —suspiró ella cuando la soltó.

El inclinó la cabeza con el rostro delicado de ella entre las manos y olvidado de todo lo demás.

—Pienso hacerlo mejor que eso —prometió con suavidad.

El deseo, que entre ellos no estaba nunca lejos de la superficie, cobró vida en los ojos de ella, que sonrió con malicia.

—Confío en que sí. Hemos esperado mucho tiempo este día.

Wyatt lo sabía bien. Su cuerpo lo empujaba a perderse con ella en el laberinto, lejos de la multitud, y demostrarle lo maravillosa que sería su noche de bodas.

Lucky pasó entre ellos ladrando alegremente.

—Supongo que no te conformarás con un gato, ¿verdad? —preguntó Wyatt cuando George se acercó a abrazar a sus hijas y dar la

bienvenida a la familia a sus yernos.  
La risa de Alexis llenó el aire.

**Fin**